

Una segunda Oportunidad

Víctor Mestre Pérez



Capítulo 1

Sentía que los nudillos le ardían. El sospechoso, un pobre diablo que no daba su brazo a torcer, le miró a los ojos rogándole clemencia. Inquieto, se removió en su silla, maniatado. Cuando se acercó, el rostro del sospechoso, deforme por los golpes, se transformó en una máscara de terror.

—¡Nooggghrrr! —gritó el hombre de la silla.

—¿No, qué?! —alzó el puño derecho y le golpeó en la mandíbula. El crujido de los huesos rotos retumbó por la habitación—. ¿Acaso crees que nos gusta esto? ¿Estar perdiendo el tiempo, aquí, contigo? ¡Con lo sencillo que sería que nos dijese dónde está la cinta! ¿A qué esperas?

El hombre de la silla resolló y gimoteó.

—¡Lga bogcga! ¡Mig bogcga! ¡Mge hgas pagrtgidgo...! ¡Mgal... ngacgi...!

El hombre de los nudillos doloridos estiró el brazo, agarró del cuello al sospechoso y lo trajo hacia él.

—¡No será lo último que te parta como no hables!

En ese momento la puerta de la habitación se abrió y un hombre, con barba de varios días, entró.

—¿A qué estás esperando, corazón? —preguntó el recién llegado—. ¿Quién tiene la cinta?

—¡Vgicgente Rgubgio!

—¿Quién?! —preguntó el hombre de los nudillos doloridos, el que lo agarraba de la pechera.

—¡Vgicgente...!

—¡VOCALIZA, JODER!

—¡VICENGTE, VICENGTE! ¡VICENTE RUBIO!

El hombre soltó al sospechoso y este se desplomó sobre la silla. Al volverse, miró al hombre de la barba de varios días y preguntó.

—¿Es posible?

—¿Qué si es posible? ¡Por supuesto que es posible! ¡Ese cabrón me la tenía jurada! Ahora, toca ir a por él —el hombre de la barba de varios días sacó un cigarro del bolsillo, se lo llevó a la boca y lo encendió—. Suficiente por hoy. Puedes marcharte.

—¿No quieres que insista un poco más?

—No, no es necesario. Ya va siendo hora de que te despiertes.

—¿De qué me despierte?

<<¡PIIIIII- PIIIII- PIIIII- PIIIII!>>

—Eh.... joder...¿Qué...?

Al abrir los ojos legañosos, vio como la luz del amanecer entraba a través de las persianas de su cuarto. Una figura, baja y encorvada, se recortó contra la luz del amanecer.

—¡Gandul, levántate! ¡Llegarás tarde a ese trabajucho que tienes!

—¡Cállate, vieja!

—¿¡Cómo que vieja!?! —la figura se acercó hacia la mesa cogió el despertador y le golpeó en la cabeza.

—¡AUCH!

—¡A mí no me llames vieja, mamarracho!

—¡Ya voy, ya voy!

Mientras la mujer salía de la habitación, el hombre se incorporó y se puso las pantuflas. Caminó arrastrando los pies hasta el cuarto del baño y encendió la luz. El espejo que tenía enfrente le devolvió el reflejo. Vio un hombre de espalda ancha y brazos musculosos, pero también de tripa prominente y con una cicatriz en el bíceps derecho. El pelo, enmarañado y rizado, no lograba tapar una incipiente calva que comenzaba a extenderse por la coronilla. Al mirarse a los ojos, vio unas patas de gallo que parecían arañazos mal curados; y justo en medio, una nariz retorcida y a la que le colgaba un moco blanquecino. La barba de tres días apenas disimulaba una cara hinchada y redonda.

Se pasó las manos por la pancha y dijo.

—Bueno, no estoy tan mal. En cuanto haga unos pocos abdominales y me controle con el fiambre esto se irá solo.

<<Eso no te lo crees ni tú.>> pensó para sí.

—¡Aaachusshhh! —el moco voló hacia el espejo y este explotó contra el cristal, ensuciando todo el lavabo.

—¡Mierda! —tomó un papel del rollo de papel higiénico y limpió el cristal.

—¡Álvaro! ¿Qué estás haciendo? —preguntó la mujer enfadada—. ¡Todavía te tienes que hacer el bocadillo! ¡Baja que vas a llegar tarde!

—¡Voy!

Salió del lavabo y regresó a su cuarto. Emblemas de la policía nacional, junto a fotos suyas en el gimnasio del cuerpo, se apilaban sobre un escritorio frente a la ventana. Pasó junto a estas y se sentó en la cama. Abrió un cajón de la mesita de noche, sacó una cajita y volcó su contenido. Una llave atada a un cordel y un montoncito de polvo blanco cayeron sobre la mesita de noche.

<<¡Mierda! Recién empieza la semana y no me queda ni para una clencha>> pensó Álvaro. Tomó el pantalón de la silla que había junto al escritorio y del bolsillo sacó un billete de cinco euros. Lo hizo un canuto, se inclinó sobre la mesita de noche y esnifó el polvo blanco.

—Va a ser un semana muy dura —se levantó de la cama, se puso unos pantalones vaqueros, una camisa deshilachada, un chándal azul oscuro y salió de su cuarto.

Al entrar en la cocina vio a una mujer, de rostro arrugado, enjuta y rubia platino, fumando un cigarrillo, con una taza de café en la mano y mirando una pequeña televisión que colgaba de la pared.

—¿Cuando vas a dejar de trasnochar y buscarte un trabajo decente? —preguntó la mujer sin apartar la vista del televisor.

—¡No trasnocho madre! —Álvaro se dirigió a un estante y cogió una barra de pan. Sacó un cuchillo de un cajón y cortó la barra en dos—. ¡Es trabajo!

—¿Un trabajo? ¿Custodiar la puerta de ese tugurio? ¿Recoger las

mesas y limpiar la mierda de los demás?

—¿Qué quieres? ¡Si me pagasen más en el desguace no tendría que buscarme un trabajo los fines de semana! —Álvaro abrió la nevera, sacó una laminas de mortadela y las puso dentro de la rebana de pan. Cogió papel de aluminio de un tubo y envolvió el bocadillo—. ¡La cosa está jodida!

—¡No están jodidas! ¡Tú las jodiste! —la mujer se volvió hacia Álvaro y le señaló con el dedo—. ¡No estarías ahora fuera del cuerpo de policía de no haber sido por esa cabeza de chorlito que tienes!

—¡Mamá!

—¡Ni mamá ni hostias! ¡Lo único que tenías que hacer era obedecer las órdenes del subinspector! ¡Nada más!

—¡Pero si era lo que siempre hacía! Que si alterar pruebas, cambiar informes, apretar las tuercas a algún sospechoso (o incluso a algún compañero)... ¡Todo lo que me pedía lo hacía!

—¡Y vas y la tuviste que cagar con el tema del alijo! ¡Mira que eres cenutrio!

—¡Ya te lo he dicho! ¡El reparto del dinero por el alijo que colocamos no fue justo! ¡Me dieron menos de lo que te tocaba y tú lo sabes! ¡Y no me llames cenutrio!

—¿Y por eso tuviste que chivarte? ¿Para qué? ¿Para que acabaran cargándote el muerto a ti? ¿Ves como eres un completo cenutrio?

—¡No me llames así! —Álvaro salió de la cocina y se dirigió al recibidor.

—¡Y con los sacrificios que tuve que hacer por ti en mi etapa en la consellería de justicia para que ingresaras en el cuerpo! Nunca pensaste en eso, ¿verdad?

—¿Sacrificios? ¿Hablas de cuando te follaste al comisario para conseguir una copia del examen de acceso? —cogió las llaves de su coche, las llaves de casa y abrió la puerta que daba al descansillo.

—¡Por lo menos hice algo, bastardo desagradecido!

—¡No me rayes, madre! ¡Me voy a currar que llego tarde! —y sin esperar replica alguna, cerró la puerta tras de sí y descendió las escaleras hasta llegar al portal que daba a la calle. Caminó entre la hilera de coches mal aparcados y, tras un contenedor de basura abollado, vio un viejo y

destartalado Ford Orion. Abrió la puerta, entró y metió la llave en el contacto. Tras expulsar una nube de humo negro por el tubo de escape, el coche se puso en marcha. Condujo por la calle y, al llegar al final, giró a la izquierda y se incorporó a una avenida llena de coches.

—¡Mira que me revienta que me trate como una mierda y que me recuerde que ya no estoy en el cuerpo en todo momento! ¡JODER! —gritó Álvaro para sí. <<Pero en el fondo, tiene razón. La culpa... es solo tuya>> pensó. <<No fui ninguna joya, lo admito, pero yo no fui el único garbanzo negro en el cuerpo. ¡Solo fui, lo que se dice, el brazo ejecutor! ¡El que se encargaba del trabajo sucio! ¡Y todos se beneficiaron de ello! ¡Y no solo eso, si no que me la quisieron meter doblada!>>

Álvaro vio un cartel que indicaba la salida de pueblo y tomo la salida. Los edificios de dos plantas quedaron atrás y condujo por un área de servicio. Finalmente, llegó a una sinuosa carretera secundaria y pasó junto a las direcciones que indicaban un polígono industrial. Edificios grises, grandes párquines abarrotados de camiones y concurrenciosos almacenes se extendían por el polígono. Al final, poco antes de llegar a una rotonda, vio un grupo de chicas con pantalones cortos. Algunas de pie y otras sentadas en sillas plegables. La mayoría distraídas, mirando sus móviles y conversando entre sí. Una morena, de tez pálida y a la que se le marcaba las costillas, levantó el brazo y le saludó.

—Demasiado pronto para empezar con los vicios —dijo Álvaro para sí.

En una de las salidas de la rotonda, Álvaro vio un cartel que ponía "DESGUACE". Giró el volante y tomó la salida. Al cabo de cinco minutos de conducción, llegó a un recinto vallado. Aparcó el Ford Orion junto a una furgoneta roja y caminó hacia la puerta vallada. En ese momento, la puerta de la furgoneta se abrió y un hombre bajó de ella alterado. Era alto y musculoso, de tez morena y con el pelo engominado. Vestía un chándal Luanvi salpicado de grasa de motor seca.

—¡Luís te está buscando! —anunció el hombre—. ¡Parece cabreado!

—¿Cabreado por qué?

—¡Por la que montaste la semana pasada!

—¿La que monté la semana pasada? ¿De qué coño estás hablando, Juan?

Los dos cruzaron la puerta de la valla y caminaron en paralelo a

una fila de coches desvencijados.

—¡Joder macho! ¡Qué poca memoria tienes!

—¿Pero de qué coño estás hablando? Por cierto, ¿tienes un piti?

—¿Ya empezamos pidiendo de buena mañana? —Juan le tendió un cigarro a Álvaro y este se lo llevo a los labios.

—¡Gracias tío! ¡Lo necesitaba para empezar la semana con fuerzas! —sacó un mechero del bolsillo y lo encendió. Tras darle una calada, preguntó—. ¿Qué era lo que estabas diciendo de que Luís estaba enfadado por no-sé-qué-motivo?

—¡Porque eres un gilipollas y tienes el cerebro del tamaño de una almendra, subnormal! —dijo una voz a su espaldas. Cuando Álvaro y Juan se dieron la vuelta, vieron como un hombre bajo, gordo y repeinado hacia un lado, bajaba cojeando las escaleras, ayudado por un bastón, de un contenedor industrial que era usado como oficina. Sus mofletes y papada temblaban espasmódicamente, con cada frase que escupía—. ¿Qué hiciste con los faros, las llantas, los espejos retrovisores y todo lo demás, de la entrega de la semana pasada?

—¿La entrega de la semana pasada? —preguntó Álvaro confundido.

—¡La del Lamborghini, imbécil! —gritó el hombre del bastón a medida que se acercaba.

—¡Lo dejé en el cajón que me dijiste, Luís! ¡Junto a los contenedores rojos de los neumáticos!

—¡Y una mierda! ¡Ahí no está! —afirmó el hombre. Al llegar frente a Álvaro y Juan se detuvo y miró al primero con desaprobación—. ¿Eres capaz de imaginar lo mal que quedé ante Radimir cuando le entregué el cajón y este, al abrirlo, comprobó que no era la mercancía que me había pedido? ¡Me hiciste quedar como un gilipollas!

—¿No estaba en ese cajón? —preguntó Álvaro desconcertado.

—¡Claro que no, subnormal! —sentenció Luís. Levantó el bastón y golpeó a Álvaro en el pecho—. ¡Y todo esto por tu culpa!

—¡Lo siento!

—¡Tu qué vas a sentir!

—¡Ya me hago cargo! ¡Ahora mismo me pongo a buscarlo!

—¡Ya estás perdiendo el culo!

Álvaro le dio una última calada al cigarro y lo tiró al suelo. Se volvió con celeridad y se perdió tras una pila de pales de madera. Luís se volvió hacia Juan y dijo.

—¿Y tú qué coño estás haciendo tocándote los huevos? ¡Ve y ayúdale!

—¡Ya-mismo! —Juan asintió, hizo un saludo militar y corrió tras Álvaro.

Tras dejar atrás una columna de coches oxidados y desvencijados, encontró a Álvaro en medio de una gran explanada, junto a una montaña de neumáticos usados, rebuscando en el interior de varios cajoneras de metal.

—Luís me ha mandado a que te eche un cable.

—Ese cajón ya lo he revisado. Pilla el otro.

—¡A la orden!

—Menuda mierda.

—Sí, la verdad es que sí. No es la mejor forma de empezar la semana. ¿Donde coño dejaste la mercancía de Radimir?

—¡Y yo que sé! —contestó Álvaro alterado—. ¡En alguno de estos cajones, supongo!

—Tío, te veo bastante mal. ¿Qué es lo que te pasa?

—¿A mí? ¡Nada, nada en absoluto! —Álvaro se volvió y dio una patada a tapacubos que había en el suelo—. ¡Que mi madre tiene razón y no sabes cuánto me jode!

—¡De qué estás hablando?

—¡Pues qué estoy viviendo una vida de mierda desde que me expulsaron del cuerpo! ¡Porque el gilipollas del subinspector Narvaez me jodió con el tema del alijo de drogas!

—Bueno, porque te chivaste de los sobornos y la alteración de las

pruebas.

—¡Si no me la hubiera pegado y me hubiera pagado lo acordado yo no me hubiera ido e la lengua!

—¿Y qué esperabas? ¿Que se quedara sin hacer nada? Conociéndolo como lo conocías, era un tío que no te la iba a dejar pasar. Además, tú estabas tan pringado como él, y sabiendo la de contactos que tenía, difícilmente le ibas a ganar el pulso.

—Menuda mierda...

—Jugaste mal tus cartas.

—Ya, ya...

—No pensaste con claridad. ¿Y sabes por qué? —Juan se acercó a Álvaro, levantó la mano y le pellizcó con el dedo índice en la nariz—. Porque dejaste que tu tocha te controlase.

—¡Vete a cagar!

—Tío, te lo digo en serio. Te metes demasiada mierda. Deberías relajarte un poco.

—¡Mira quién habla! ¡El que solo se toma batidos de "proteínas" para ir al gimnasio!

—¡Sí, sí! ¡Lo que tu digas! ¡Pero yo no deajo que controlen mi vida!

—¡Eso no te lo crees ni tú!

—¡JA, JA, JA!

—Por cierto, ya que estamos hablando de estas cosas —Álvaro miró a un lado y luego a otro y, en voz baja, preguntó—, ¿no sabrás de alguien que tenga un poco de mandanga, para empezar bien la semana?

—¡Ves como tu tocha te controla! ¡JA, JA, JA!

—¿¡Conoces a alguien que me pueda pasar o no!?

—Sí, sí, sí, conozco a alguien. Tranquilo tío, solo me estaba quedando contigo.

—¿Cuándo podrías hablar con él? —preguntó Álvaro. Juan sacó un

móvil del bolsillo del pantalón y revisó la agenda.

—Ahora después en el esmorzar.

—Perfecto. No sabes con que bajón me he despertado esta mañana.

—Tú tranqui. Le diré que te haga precio de amiguete.

—De amiguete... claro.

—¡Por supuesto que sí! Por cierto, hablando de mandanga. ¿Tienes todavía el móvil de aquel compañero tuyo de patrulla que pasaba Dianabol? ¿Rodrigo tal vez?

—¡Mira, tú! ¡El que decía que solo tomaba batidos de proteínas!

—¡Es para un amigo!

—Sí, todavía tengo su móvil.

—¿Podrías pedirle un bote de cien capsulas? Odio las inyecciones.

—¿Odias?

—Bueno, quiero decir que "odia" las inyecciones. Tú ya me entiendes.

—Si, claro. Será mejor que busquemos las piezas de Radimir antes de que Luís nos pille rascándonos los huevos.

—¡A la orden!

Capítulo 2

El viento gélido hizo que los nudillos volvían a arderle. Álvaro se masajeó las manos (protegidas por un par de guantes sin dedos), se las llevó a la boca y sopló. Apenas consiguió que estas se calentaran.

—Menuda mierda de noche —dijo un hombre mayor, de baja estatura, barba canosa y de mirada torva, que guardaba la puerta de un local junto a Álvaro

—Lo que me jode es el frio —dijo Álvaro. Levantó la vista y vio un cielo despejado, lleno de estrellas y con la luna llena resplandeciendo sobre sus cabezas—. Por lo menos, es una noche bonita.

—Sí, bonita... claro. Pero sigue siendo una mierda de noche.

—¿Mmm?

—¡Apenas ha entrado gente al local!

—Ya, bueno... por lo menos no llueve.

—¡Encima! ¡Solo faltaba eso!

—¿A que ahora no te parece tan mala?

—¡Menudo filosofo estás hecho! Lo que me asombra es que un chico tan listo como tú, hayas acabado aquí, trabajando de segurata en este tugurio los fines de semana.

—Bueno. A veces, las cosas se tuercen —Álvaro se sorbió un moco que le caía de la nariz y se lo limpió con el dorso enguantado de la mano derecha.

—Sí, cierto. Sobre todo cuando a uno le echan del cuerpo.

—¡Jódete, viejo! —Álvaro se volvió hacia el hombre y le agarró de la solapa.

—¡Ey, ey, ey! ¡No te pongas así!

—¡Todavía te llevarás una hostia!

—¡Calma, calma!

—Sí, será lo mejor —Álvaro soltó al hombre y se frotó las manos

nervioso. Se volvió hacia la puerta del local y dijo—. ¡Voy a mear!

—No tardes. Que no haya apenas gente no significa que no estemos trabajando.

—Descuida... subnormal —dijo Álvaro tras abrir la puerta y entrar en el local.

El Standbye era de los pocos pubs que poseía licencia para servir bebidas más allá de las tres de la noche en Villaserra. Sin embargo, esa noche, apenas tenía clientes. Álvaro pasó junto a la barra y se dirigió al cuarto de baño. Echó el pestillo, metió la mano en el bolsillo y sacó un pequeña bolsa de plástico. Volcó medio gramo sobre la cisterna del váter, enrolló un billete de cinco euros, se lo llevó a la nariz y esnifó la línea blanca que destacaba sobre la mancha de moho. El ardor de los nudillos fue acompañado por el ardor del tabique nasal.

—¡Menuda mierda de noche, joder! —bramó Álvaro.

Pasó el dedo índice sobre los restos de coca y se los pasó por la boca. Animado, levantó la tapa del váter y echó un meada. Al salir del cuarto de baño, una pareja de roqueros, borrachos, tambaleantes y que cargaban con varias jarras de medio litro, casi chocaron con Álvaro.

—¡Yeh! —rugió Álvaro—. ¡Un poco más de cuidado!

—¡Perdón, tío! ¡No te había visto!

—Sí, cierto —aportó el otro hombre, también con las manos cargando otras dos jarras de cerveza—. ¡Sorry, man!

Los dos hombres, sin esperar replica por parte de Álvaro, continuaron su marcha y se sentaron en una mesa rectangular frente a un poster de Los Porretas, resguardados tras una pilar maestro.

—Gilipollas —sentenció Álvaro en voz baja.

—¡Ey! ¿Qué tal?

La voz hizo que Álvaro se volviera y mirase hacia la barra. Susana, un chica regordeta y de pelo electrificado, le saludó con la mano.

—¡Ey! —saludó Álvaro—. ¿Cómo va?

—Bien... bueno, hoy apenas hay gente, pero ya sabes... es una forma de hablar.

—Ya...

—¿Qué tal ahí fuera?

—¿Fuera? Pues... la verdad, una mierda. No hemos visto pasar a casi nadie y hace un frío que pela.

—Ya, lastima...

—Oye, ¿me pones un quinto?

—¿No se molestará Eusebio, quedándose solo ahí fuera?

—¡Naaa! ¡Me ha dicho que él me cubre un rato!

—¡Ups! De acuerdo entonces.

Susana se agachó detrás de la barra y de una nevera sacó un botellín de quinto. Lo abrió con un abrebotellas y cogió un vaso frío del congelador. Álvaro levantó la mano y dijo.

—No hace falta el vaso. Me lo beberé directamente.

—Pues aquí está —la chica le tendió la botella y Álvaro la cogió. Se la llevó a los labios y de un solo trago se la bebió entera. Susana le miró con curiosidad y le preguntó—. ¿Te pongo otra?

—No, no, con una es suficiente.

—¿Seguro?

—Eh... ¡Venga, va! Ponme otra. ¡Un tercio mejor!

La chica rió y le sirvió un tercio.

—¿Qué tal la semana en el curro?

—¿En el desguace? Pues la semana ha ido... de puta pena.

—¿En serio? ¿Qué ha pasado?

—La semana anterior, Luís me pidió que empaquetara unas cosas para Radimir, ya que se pasaría a principios de esta. Pues hice lo que me pidió, pero se me olvidó donde había dejado la entrega y perdimos todo la mañana del lunes buscándola.

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué cabeza!

—¡Pues el martes no fue mucho mejor! Tuvimos que hacer inventario, y Luís estaba convencido de que tenía una determinada cantidad de discos de freno y zapatas y nos decía que las habíamos contado mal. ¡Otro marrón más!

—¿Y qué paso?

—Pues que Luís tenía razón. Se nos pasó contar un cajón que había tras el contenedor que usamos para ir al baño.

—¡Chico! ¡Mira que sois descuidados! ¡Ja, ja, ja! ¡Vas a tener que ir al médico!

—Sí, supongo que sí —dijo Álvaro resignado, antes de llevarse el tercio a los labios y darle un trago.

—¿Y el resto de semana bien?

—¿El resto? Sí, bueno no. Gritos, discusiones, malos rollos continuos... lo de siempre, semana tras semana —un moco le cayó por la nariz y Álvaro lo sorbió para dentro—. Estoy harto de esta mierda. Quiero decir, ¿por qué las cosas me han tenido que ir tan mal? No soy mala persona. O por lo menos, no tan mala persona como otros bastardos que tienen una vida de puta madre.

—¡Oh! ¡Menudo razonamiento! ¡Ji, ji, ji!

—Para que me voy a engañar. La cagué con el subinspector Narváez. No debí haberme enfrentado a él —Álvaro agarró el tercio y bebió de nuevo.

—¿No puedes encontrar otra cosa? Otro curro mejor, quiero decir.

—¿Otra curro mejor? ¿Quién querría contratar a un ex-madero que ha pasado cuatro años en la trena por posesión de drogas?

—¿Pero no fueron ellos quienes te pusieron el paquete en la taquilla?

—¡Si, fueron ellos, pero no pude demostrarlo!

—Cabrones.

—Sí, eso pienso yo. Cabrones. Cambiando de tema, ¿qué tal tu

semana? ¿Qué tal las clases?

—Bien. Apenas llevamos unas pocas semanas de clase, pero bien. Este segundo año me lo tomaré más en serio. Si no, perderé la beca.

—¿Ya has hecho alguna practica operando a algún pobre infeliz a corazón abierto?

—¡No hombre! ¡Estudió enfermería! ¡No medicina!

—¡Estaba de broma! —Álvaro le dio un último trago al tercio, se volvió y observó la clientela. De las doce mesas que había en el pub, solamente habían dos llenas. En una, la pareja de roqueros que se había cruzado antes y que estaban ocultos tras un pilar maestro. En la otra, un grupo de chavales alrededor de un juego de mesa. <<¿Ciudadela? ¿Qué mierda es esa?>> le pareció leer Álvaro en la caja del juego.

—No lo entiendo. ¿Cómo es que hay tan poca gente?

—¿Mmm? Bueno, el negocio sube y baja, es lo normal. A parte, no esperes que la gente se gaste el dinero aquí pudiendo ir al Blueye. Ese sitio sí que mola, no como este tugurio.

—Bueno, sí, pero siendo el Blueye y este sitio, los únicos locales que sirven más allá de las tres de la madrugada en el pueblo, supongo que tendríamos que tener algo más de clientela, ¿no?

—Mucha gente, cuando el Blueye está petado, prefiere bajar a Valencia antes que venir aquí. Esa es la verdad.

—Pues Ximo va a tener que ponerse las pilas si quiere que esto remonte. Hablando de Ximo. ¿Dónde coño está?

—Me dijo que hoy se iba a quedar en casa, diseñando flyers y posters para promocionar la gran fiesta de Halloween que vamos a celebrar en el garito, de aquí a dos semanas. Me ha dicho que quiere pasarse mañana por la copistería y aprovechar el fin de semana para empapelar el pueblo y los que hay alrededor. Creo que me dijo que colocaría carteles por Betera, La Pobla y en La Eliana.

—¿De aquí a dos semanas ya es Halloween?

—¡Claro! ¿En qué mundo vives?

—¿Tendremos refuerzos en la puerta?

—Vendrá un primo de Ximo y os hará compañía a ti y a Eusebio.

—Algo es algo.

—Oye, en cuanto a lo que te pasó cuando estabas en el cuerpo, yo sé que todo aquello fue una trampa. Una encerrona —Susana extendió su brazo sobre la barra y sin apenas disimularlo, le tocó la mano que agarraba el tercio—. Quiero que sepas que yo te creo.

—Eh... gracias.

—Sé que eres buen tío. Sé calar a las personas.

<<¿Buena persona? ¿Considerará ser buena persona a alguien que se dedicaba a dar palizas a testigos protegidos, sacar a golpes la localización de alijos de droga o dinero, dar protección a proxenetas o falsear pruebas de juicios contra la corrupción? Mejor será que me guarde toda esa mierda para mí>> pensó Álvaro.

—¡Álvaro, pedazo de cabrón! —Eusebio, que había entrado en el local y estaba en la puerta, le miró fijamente y con una vena del cuello hinchada como tubería—. ¿Qué haces ahí perdiendo el tiempo? ¡¿Ya has ido a mear?!

—¡Sí, Eusebio, sí! ¡Ya he terminado! —Álvaro soltó la botella, apartó la mano de la de Susana, se dio la vuelta y caminó hasta la puerta—. ¡Voy, voy! ¡No te pongas nervioso!

—¡Ya estás tardando!

Álvaro notó un cosquilleo en sus fosas nasales. <<Ya estamos otra vez con el picor de tocha >> pensó Álvaro.

—Dame un segundo que vaya un momento al baño ¡Tengo que sonarme los mocos! —Álvaro se dio la vuelta y, sin prestar atención a las quejas de Eusebio, regresó de vuelta al cuarto de baño.

—Gilipollas —dijo para sí Eusebio.

Capítulo 3

Un nubarrón negro dio la bienvenida a la semana siguiente en el desguace, y este fue acompañado por una lluvia torrencial. Lluvia, que amainó a lo largo de la semana. Sin embargo, lo que tardó un poco más en desaparecer, fueron los enormes charcos de agua estancada y los largos tramos de terreno que se habían convertido en un completo barrizal.

—Menuda semana de mierda —se quejó Álvaro.

—¿Qué dices?! —preguntó Juan desde la cabina de la carretilla elevadora—. ¡Con este follón no te oigo nada!

—¡Que menuda mierda de semana!

—¿QUÉ?!

—¡QUE MENUDA MIER... da igual! ¡Tú concéntrate en conducir!

—¡Claro que conduzco! ¿No te ha dado cuenta de ello o qué?

Luís le había informado que un contacto suyo les iba a traer un cargamento con piezas de repuesto de marcas de lujo, y que iba a necesitar que hicieran espacio en el desguace.

<<Que sea fácil llegar allí y guardar la mercancía, pero que no llame mucho la atención. Buscáis un sitio más o menos de fácil acceso, pero que no esté muy a la vista. Por si hay visitas inesperadas>> les indicó Luís al principio de la jornada.

El lugar señalado era un sitio que había entre dos columnas de coches de la marca Citroen. Algunos convertidos en chatarra por mano del hombre y otros por el inexorable paso del tiempo. Pero antes, había que hacer hueco, y para ello debían sacar pales y pales llenos hasta los topes de viejos asientos, volantes y espejos retrovisores.

Juan, que era quién conducía la carretilla elevadora, se metió en un bache de agua estancada y la maquina cabeceó hacia la izquierda.

—¡Joder! —maldijo nervioso.

—¡Ten más cuidado, hombre! —gritó Álvaro—. ¿Es que no has visto el hoyo?

—¡Qué voy a ver desde aquí! Además, ¿no estás tú para guiarme?

—¡Ves con cuidado! ¿Vale? ¡Con calma!

Álvaro se colocó en un lateral y, levantando los brazos y señalando el hueco, guió a Juan.

—¡Entra! ¡Entra! ¡Entra! ¡Un poco más! ¡Baja las palas! ¡Ahí, ahí!

—¿Voy bien?

—¡Sí, sí! ¡Sigue!

—¿Han entrado sí?

Álvaro se hizo a un lado y se fijó en uno de los huecos de los pales.

—¡Sí! ¡Lo tienes! ¡Tira para atrás!

Juan cambió de marcha y pisó el acelerador. Giró el volante y maniobró para atrás. Las ruedas de la carretilla rozaron el bache de agua estancada.

—¡Uff! ¡Ha faltado poco! ¿Para donde lo llevo? —preguntó Juan.

—Junto al contenedor que usamos como retrete. Allí hay sitio.

—¡Marchando!

—Como no le pida las llaves de la otra máquina a Luís hoy no acabamos con esta mierda —se dijo Álvaro mientras veía marchar a Juan en la carretilla. Caminó de regreso a la gran explanada que había en la entrada del desguace y se dirigió hacia al contenedor donde Luís tenía su oficina. Al entrar vio a Luís, sentado en su mesa y hablando con tres desconocidos. El primero era un hombre mayor, sentado frente a Luís. Bajo, regordete, calvo y con un bigote negro como el betún. El segundo era un hombre de mediana edad, que permanecía de pie junto al primero, y con los brazos entrecruzados. De complexión atlética, pelo corto, afeitado y trajeado. Por último, sentada en el sofá de cuero que había al fondo, había una mujer joven, de pelo corto, rubio platino, y que vestía un vestido corto y ceñido. A un lado tenía un bolso y al otro un abrigo. El aroma a lilas de su perfume le acarició las fosas nasales.

—¿Y dices que podrías conseguirme uno? —preguntó el hombre del bigote oscuro a Luís.

—¿El Mitsubishi 3000GT? Sí, podría conseguirlo.

—¡Eso suena de fabula!

—Conozco a alguien que tiene ese coche. Habría que cambiarle algunas piezas para ponerlo a punto, pero creo que se podría hacerse. Tenemos algunos repuestos por aquí, así que, no creo que haya problema.

—¿Has oído eso? —preguntó el hombre del bigote al hombre que permanecía de pie a su lado—. ¡Que no habría problema!

—Eso es una magnífica noticia, señor —respondió el hombre trajeado.

—¡Magnífica, no! ¡Es de puta madre! —se volvió hacía la chica joven e insistió—. ¡De puta madre, Lydia!

—Claro que sí, amor —dijo la chica, abstraída en la pantalla de su móvil.

—Perdón —Álvaro interrumpió la conversación y entró en el despacho. Pasó junto al sofá y miró a la chica de arriba a abajo. Ella le sostuvo la mirada sin pestañear y se humedeció los labios con la lengua. Álvaro sintió que los calzoncillos le apretaban. Al llegar junto a la mesa, miró al hombre del bigote, luego al joven trajeado y por último a Luís—. Juan está moviendo los cajones con la carretilla pero va a tardar toda una vida en moverlas. Necesito coger las llaves de la otra máquina para ayudarle.

—¿No ves que estoy ocupado ahora? ¡Bah! ¡Al lado de la puerta, en el armarito que hay en la pared están las llaves de la otra máquina! ¡Ves y cógelas!

Álvaro se dirigió al armarito y cogió las llaves.

—¿Este es uno de tus chicos? —preguntó el hombre del bigote.

—Sí, uno de ellos. No tienen muchas luces pero es lo que hay.

<<Cabron>> pensó Álvaro.

—¿Para qué quieres que tengan muchas luces? ¿Sabe hacer su trabajo? ¡Pues ya es más que suficiente! —el hombre del bigote se dirigió a Álvaro y preguntó—. Tú no has trabajado siempre de esto, ¿verdad? ¿A qué te dedicabas antes?

—Era policía —dijo Álvaro con amargura.

—¡Lo sabía! ¡Esa forma de moverse es típica de un madero! ¡Y la capacidad de tragar con las gilipolleces del jefe, también!

—¡No son gilipolleces! —rió Luís—. ¡Era una mera crítica constructiva!

—¿Y cómo acabó aquí un agente de la ley? —preguntó el hombre trajeado.

—Discrepancias con mis superiores —dijo Álvaro secamente.

—¡Carmelo, déjalo en paz! —dijo la chica desde el sofá. Se volvió hacia Álvaro y dijo—. ¡Se siente superior chinchando a la gente! ¡No le hagas caso!

—¡Lydia siempre tan conciliadora! —dijo el hombre del bigote.

—Tranquila, no me ha molestado —mintió Álvaro.

El hombre del bigote se inclinó sobre la mesa y le dijo a Luís.

—A propósito. ¿Has encontrado el coche adecuado para, ya sabes... el trabajito?

—Sí, tenemos un coche al que le hemos hecho un doble fondo, sí. Vamos a verlo —Luís cogió el bastón que tenía detrás suyo y se incorporó. Miró a Álvaro y dijo—. Bueno, ya tienes las llaves de la máquina. ¿A qué coño estás esperando?

—Voy. Que les vaya bien —Álvaro inclinó la cabeza y salió de la oficina. Caminó hacia un cobertizo donde guardaban las herramientas y subió a la elevadora que había allí. Metió la llave, encendió el motor y salió del cobertizo. Cuando llegó frente a la oficina de Luís vio a este y a los dos hombres dirigirse hacia la compactadora.

—Con que el trabajito del coche con doble fondo era para este tipo, ¿eh? —se preguntó Álvaro.

—¡Tío! ¿Qué haces con otra elevadora?

Álvaro se volvió y vio a Juan montado en su máquina, con las palas subidas y cargando un pale.

—He ido a por las llaves de la elevadora para echarte un cable.

—¿Un cable?

—¡Si te dejas a ti hacerte cargo de todo nos van a dar las uvas y no habremos terminado!

—¿Tan poca fe tienes en mí?

—¡Ninguna!

—¡Capullo!

—¡Venga! ¡No perdamos más el tiempo!

Álvaro pisó el acelerador y la elevadora se puso en marcha. Juan le siguió y ambos volvieron donde los pales repletos de asientos, volantes y espejos retrovisores se amontonaban. Durante media hora, Álvaro y Juan se repartieron los diferentes pales para ir sacándolos del hueco. Una vez los tuvieron recolocados junto al contenedor del retrete, fueron donde estaban los pales de los recambios de coches de lujo y los llevaron y guardaron en el hueco libre, entre las dos columnas de coches Citroen convertidos en chatarra. Al cabo de un cuarto de hora, concluyeron la faena.

Juan saltó de su elevadora y Álvaro le siguió.

—Pensé que no íbamos a terminar nunca —dijo Juan.

—Menos mal que estaba yo para sacarte del entuerto —dijo Álvaro.

—¡Mira, tú! ¡El gallito! —Juan miró su reloj y se dirigió hacia el contenedor que usaban como vestuario.

—¿Dónde vas? —preguntó Álvaro.

—¡Estoy hambriento! Voy a darle un cate al bocata que tengo en la taquilla.

—Dame un piti.

—¡Joder, siempre igual! —Juan le dio un cigarro y Álvaro se lo llevó a los labios y lo encendió—. Por cierto, dale las gracias a Rodrigo por el Dianabol.

—Se las daré de tu parte, sí.

—Y dile también que tengo un amigo que también está interesado y que si tiene más material, podría pasarle el número para que también le

vendiese.

—Ya veremos. Tampoco le interesa que se corra la voz de que trapichea con esas historias.

—De acuerdo. ¿Vienes a jalar?

—Voy a dejar la elevadora que pillé en el cobertizo y las llaves en el despacho de Luís.

—¿En el cobertizo? ¿Por qué no pillaste la otra, la que está guardada entre las pilas de cajas de tubos de escape y las llantas de recambio?

—Esa máquina está encajonada y es muy difícil de sacar. Y con la faena que teníamos no valía la pena perder el tiempo.

—iTú sabrás! Oye, el otro día, hablando con Pepe (el chaval que viene los miércoles), me comentó algo de unos contenedores verdes con un candado en la puerta. ¿Tú sabes que hay dentro?

—Ni idea. Eso debe ser cosa de Luís.

—¿Seguro? Pepe me dijo que te vio en varias ocasiones cerca del contenedor, como comprobando que el candado estuviera en su sitio... ¿No tendrás un alijo de droga ahí dentro que no quieres compartir conmigo, verdad?

—¿Un alijo de drogas? ¡Qué va! Lo único que guardo ahí son unas cuantas armas que me agencié antes de que me expulsaran del cuerpo.

—¿En serio?

—¡Qué va! ¡Me estaba cachondeando de ti!

—Sí, ya... seguro. Bueno, yo me voy a jalar. Acércate cuando termines.

—Entendido.

Juan asintió con la cabeza y marchó hacia los vestuarios. Álvaro llevó la elevadora al cobertizo y tras aparcarla, caminó hacia la oficina de Luís. Al entrar, vio a la chica joven, sola, sentada en el sofá y distraída con el móvil. Dejó las llaves en el armarito que había en la pared y miró a la joven con curiosidad.

—¿Dónde están los demás?

—¿Eh? ¡Hola! Fueron a ver el coche que le encargó mi marido a Luís para el trabajito y al final se han enredado viendo otros coches que tenéis por aquí. ¡Nunca tiene suficiente!

—¿Tú marido? —preguntó Álvaro.

—¿Héctor? Bueno, es una forma de hablar. Por ahora, solo somos novios.

—Vaya. ¿Desde hace mucho?

—Esa pregunta es muy personal. ¿No te parece?

—Eh.. lo siento, no quería molestar —dijo Álvaro incomodo.

—¡Ja, ja, ja! ¡Relájate! ¡Te estaba tomando el pelo! Llevamos un tiempo ya. Cerca de dos años casi.

—Vaya.

—Pues sí —la chica guardó el móvil en su pequeño bolso—. Me llamo Lydia.

—Yo Álvaro.

—¡Álvaro! ¡Qué nombre tan... masculino! —Lydia cambió de posición las piernas cruzadas y por un instante, Álvaro vio su tanga, poco más grueso que un hilo dental.

—Un nombre como cualquier otro —dijo Álvaro sin apartar la mirada de la entrepierna de la chica.

—¡Jí, ji, ji! —Lydia sacó un cigarro del bolso y preguntó—. ¿Tienes fuego?

—Sí —Álvaro se metió la mano en el bolsillo y sacó un mechero. Se lo tendió a Lydia y ella se encendió el cigarro.

—Gracias —alargó el brazo y le devolvió el mechero—. ¿Entonces fuiste policía?

—Sí, hace tiempo.

—¿Local o nacional?

—Nacional.

—¿Y lo dejaste porque discrepaste con tus superiores?

—¿Mmm?

—Bueno, fue lo que dijiste antes.

—Sí, más o menos. Me echaron, mejor dicho.

—Bueno, en cualquier caso, hay que tener valor para mantener una opinión personal y discrepar con el mando... ya fuera una buena o mala opinión —Lydia le dio una calada al cigarro y expulsó un anillo de humo por la boca.

—Es una forma de verlo.

—¿Y en qué consistía tu día a día?

—Hacer rondas nocturnas, patrullar, intervenir cuando hubiera algún delito... lo típico —<<Apretar las tuercas a testigos no favorables, confiscar alijos de drogas y luego no anotarlos en los informes, cubrir las facturas de puticlubs de los diputados provinciales... lo típico>> pensó Álvaro para sí.

—Vaya. Siempre me había imaginado el trabajo de la policía como algo más emocionante, más... peligroso.

—Bueno, no siempre.

—¿Alguna anécdota emocionante que rememorar?

—Mmm.... quizá.

—Te gusta hacerte el interesante, ¿verdad?

—No, no, nada de eso. Me encantaría poder hablarte de mis historias de cuando estaba en el cuerpo pero voy un poco apurado de tiempo ahora y no va a poder ser. Si quieres, te puedo hacer un hueco el sábado y te cuento alguna batallita. Vente al Standbye.

—¿Es un pub?

—Sí. Está aquí, en Villaserra. Trabajo los fines de semana, pero si vienes pronto te puedo invitar a algo.

—¿De qué trabajas?

—De portero y seguridad.

—¡Ja, ja, ja! ¡Obvio!

—¡Ay! ¡Se me da bien!

—¿Los fines de semana?

—Sí. Viernes, sábado y domingo.

—Mmm...

En ese momento, la puerta se abrió y el hombre del traje entró en la oficina.

—Lydia, Héctor ya ha acabado y se dirige al coche. Nos vamos.

—Perdón. ¿Luís está con él? —preguntó Álvaro.

—Sí, sí, está con él. Le está comentando un tema de los coches que tenéis antes de despedirse —dijo el hombre del traje. Se volvió hacia Lydia y dijo—. Te espero fuera.

El hombre salió y dejó la puerta abierta. La chica se levantó del sofá, se puso el abrigo y dijo.

—Una charla muy amena, Álvaro. Has despertado mi curiosidad. Quizás, si encuentro un hueco, me pase por tu pub y me deje invitar a algo.

—Espero verte por allí. Si vienes, ven pronto.

—Lo pensaré. Cuídate.

—Hasta ahora.

La chica le tendió la mano y Álvaro se la estrechó con delicadeza. Álvaro fue incapaz de apartar la vista del cuerpo de Lydia, mientras la chica caminaba hacia la salida del desguace, acompañado por el hombre del traje.

—Menuda perra...

Capítulo 4

Álvaro empujó con cuidado el gramo de coca de un lado para el otro, con la tarjeta de crédito caducada que llevaba siempre encima, hasta lograr crear una raya perfectamente recta. Guardó la tarjeta en su billetera, sacó un billete de cinco, lo enrolló y se lo llevó a la nariz. En un acto reflejo, se volvió para atrás y echó un vistazo. <<iMenuda tontería!>> pensó. Se agachó sobre el bidé y esnifó la raya. Sintió un picor dentro de la nariz y como la sangre le corría por está. Descendió por los labios y notó un sabor ferroso.

—¡Joder! —de un manotazo, Álvaro limpio los restos del bidé y se incorporó. Tomó un trozo de papel higiénico, hizo una pequeña pelotita y se la metió en la nariz. Salió del aseo y se miró en el espejo del baño—. Espero que esto aguante.

Abrió el grifo, se limpió las manos y luego se enjuagó la cara.

—¡Volvamos al curro!

Más animado, agarró el manillar de la puerta y salió del baño de hombres.

El ambiente en el Standbye estaba animado. Desde hacía casi un mes, coincidiendo con las fiestas del pueblo a mediados de septiembre, que el local no estaba tan lleno. <<Parece que los flyers y los carteles han funcionado>> pensó Álvaro. La decoración con temática de Halloween inundaba todos los rincones del pub. Las calabazas, las calaveras, las telarañas, los esqueletos... Y la clientela no desentonaba en absoluto. Disfraces de enfermeras, frailes, guardias civiles, superhéroes, piratas... Allá donde mirase, Álvaro veía a alguien disfrazado. Cosa que le preocupaba. <<Este sitio está muy petado. Creo que Ximo se ha pasado con la publicidad>> pensó Álvaro.

A empujones, se hizo hueco hasta llegar a la barra.

Susana, ayudada por otra camarera un poco más joven, servían a los clientes.

—¡Hola! —saludó Susana a Álvaro.

—¡Ey!

—Mucha gente, ¿no? —preguntó Susana mientras servía media docena de chupitos.

—Sí, demasiada. Creo que Ximo se ha pasado con los flyers.

—Es posible. Aun así, lo prefiero. ¡Mejor esto que el ambiente que había hace dos semanas!

—Espero que no haya ningún follón.

—Bueno, para eso estás tú.

—Lo tengo presente.

Álvaro se alejó de la barra y de camino a la puerta de salida, pasó junto a un baffle que escupía música electrónica. Fuera, vio una cola de gente que daba la vuelta a la manzana. Miró el reloj y vio que era la una y media de la mañana.

—¡Álvaro! —gritó Eusebio. Estaba junto a la puerta, con la espalda apoyada contra la pared. A su lado, había un chico joven, en la veintena. Era delgado, tenía el pelo largo, recogido bajo un gorro de lana negro y vestía con una cazadora de plástico. Miguel, el primo de Ximo.

—¿Pero cómo es que está tan petado? —preguntó Álvaro—. ¡Los flyers y los carteles no pueden haber atraído tanta gente!

—Ximo ha traído un dj de Valencia. Uno bastante bueno —dijo Eusebio.

—¿En serio?

—Sí. Pincha también en Nylon y en La 3 Club —intervino Miguel.

—¿De veras? ¿Y de dónde coño ha sacado Ximo el dinero para pagarle?

—¡Con la mierda que nos paga no me extraña que tenga dinero para otros menesteres! —dijo Eusebio.

Álvaro tomó a Eusebio del brazo y lo llevó aparte. Hizo un gesto a Miguel y este aguardó junto a la puerta del local.

—¿Cómo ves al chaval? —preguntó Álvaro.

—¿Miguel? ¡Nunca había visto un chaval tan empanado! ¡Casi se le cuela un grupo de chavales sin pagar!

—Estate con un ojo.

—¡A mi edad, haciendo de canguro! ¡Hay que joderse!

—Oye, somos cuatro y tenemos estos flyers con descuento —le dijo una chica que llevaba la voz cantante de un grupo de veinteañeras a Miguel—. ¿Nos dejas pasar?

—Sí, sí, claro.

—Espera un momento, déjame verlo —dijo Eusebio. Tomó los flyers y los revisó—. Lo siento chicas, estos flyers no son de este local, ni son para este finde.

—¿Ah, no? ¡Qué despiste! ¡Sorry! —dijo la chica que encabezaba el grupo antes de dar la vuelta y marcharse.

—¡Miguel! ¡Mentecato! —gritó Eusebio—. ¡Casi te la cuelan! ¡Espabila!

—¡Lo siento! ¡Culpa-mía!

—¡Claro que es tu culpa, gilipollas!

—¡Ey! ¿Esta fila marcha o no marcha?

Álvaro se hizo a un lado y recorrió la fila buscando quién había hecho la pregunta. Vio a un hombre de cabeza rapada, cercano a la cuarentena, vistiendo un polo de Scottish Clan y con pantalones vaqueros negros. A su lado, vio a dos hombres más. El primero un hombre grande y fuerte, pero de mirada perdida y que vestía un chándal de W2P y unos vaqueros. El segundo, de la misma edad que el primero, bajo, regordete y calvo, vestía un chándal de Kappa y llevaba una riñonera apenas visible bajo la pancha.

—Perdón, ¿decías algo? —preguntó Álvaro.

—Preguntaba si la fila marcha o no marcha —dijo el hombre de cabeza rapada.

—¡Sí! ¡Aquí fuera se nos van a congelar los huevos! ¿Por qué tanta cola? —preguntó el hombre de la riñonera.

—El pub está muy concurrido —dijo Álvaro—. Hasta que no se vacíe un poco no podemos dejar pasar a nadie más.

—¡Menuda mierda! —dijo el joven del chándal de W2P.

—Oye, ¿no podrías dejarnos pasar? —preguntó el hombre de

cabeza rapada —. ¡Estar aquí fuera es una mierda!

—Hasta que no salga gente no podemos dejar entrar a nadie.

—¡Venga no seas mierdas! —dijo el hombre del chándal de Kappa—. ¡Venga, si nos dejas pasar, te invitamos a unas rayitas! ¡O Keta si te apetece!

—Lo siento caballero, yo de esas cosas paso —mintió Álvaro.

—No te hagas el remolón —intervino el de la cabeza rapada—. ¡Tú te haces, no digas que no, payaso!

El cuello de Álvaro se puso tenso y se hinchó.

—¿Cómo me has llamado?

—Venga, que se te nota. Tienes restos de sangre seca bajo la tocha.

—¡Claro que sí! —dijo el hombre del chándal de Kappa—. ¡Ja, ja, ja!

Álvaro sintió la risa como si un martillo le golpeará las sienas. Alargó el brazo rápidamente, cogió de la pechera al hombre de cabeza rapada, y con la mano libre le golpeó repetidamente en la cara. La sangre salpicó el suelo y un diente voló por el aire. Los otros dos intervinieron para separarlos, pero Álvaro no soltaba a su presa. Eusebio vio la pelea y, abriéndose paso a empujones, llegó hasta ellos. Agarró a Álvaro del brazo y tiró con todas sus fuerzas.

—¡Suéltalo, suéltalo! ¡Soy Eusebio, Eusebio!

—¡Este payaso se ha pasado de la raya! —dijo Álvaro mientras era sujetado por Eusebio—. ¡Tú, el que tiene cara de memo y el gordo os quedáis sin entrar! ¡Ya estáis tardando en piraros de aquí, gilipollas!

—¡Ostia como duele! —se quejó el hombre de la cabeza rapada mientras se llevaba una mano a la boca y era agarrado por los otros dos.

—¡Nos vamos porque queremos, gilipollas! —dijo el hombre del chándal Kappa—. ¡Ni que este tugurio fuera el único pub del pueblo!

—¡Como te pille por banda te rajo! —dijo el hombre de la cabeza rapada.

—¿Me has amenazado, maricón? —Álvaro se desembarazó de

Eusebio y caminó hacía el hombre de la cabeza rapada.

—Manolo, relaja la raja, ¿vale? —le dijo el hombre del chándal Kappa al de la cabeza rapada.

El hombre de la cabeza rapada le lanzó una mirada asesina a Álvaro como despedida, antes de que este y sus amigos se dieran la vuelta y desaparecieran al doblar la esquina.

—Subnormales —sentenció Álvaro—. Voy un momento dentro a limpiarme la sangre.

—Sí será lo mejor. Y haz el favor de relajarte. ¿Vale?

—Sí, descuida. Vigila que no vuelvan.

—Eso haré.

Álvaro asintió con la cabeza y se dirigió a la puerta de entrada. Miguel, al ver sangre en sus manos, preguntó.

—¿Qué ha pasado?

—Nada, un par de gilipollas. Voy un momento dentro a lavarme.

Álvaro entró y se abrió paso entre los clientes hasta llegar al aseo. Pero cuando fue a entrar al baño, la puerta estaba cerrada.

—¡Mierda! ¡Lo están usando!

Álvaro, nervioso, miró a un lado y a otro. <<¡Bah! No creo que me vean>>. Se llevó la mano al bolsillo, sacó una bolsita de plástico, extendió la mano izquierda, vertió parte del contenido sobre el dorso de la mano y se la acercó a la cara. Posó su nariz sobre su mano y esnifó. Sintió frío en los dientes y un sabor amargo en la boca. Se guardó la bolsa en el bolsillo del pantalón, se lavó la cara y las manos y volvió al pub.

Nada más salir del aseo, se encontró con Ximo. Llevaba el pelo de color rubio platino, repeinado hacía atrás, y vestía con unos pantalones vaqueros, camisa blanca y chaleco gris.

—¡Álvaro! ¿Cómo va por ahí fuera?

—Demasiada gente. Te pasaste imprimiendo propaganda.

—¡Para una vez que está lleno no te quejes! El dj acaba de llegar. Está fuera. Sal por la puerta trasera y ayúdale a meter las cajas con los

vinilos.

—Voy.

Álvaro caminó junto a la barra y, abriéndose paso entre hechiceros y cheerleaders disfrazadas, llegó a la puerta trasera. Al abrirla, salió a un callejón oscuro, apenas iluminado por una luz que colgaba sobre la puerta. Cerca de un contenedor de basura, vio a un chico de pelo rizado y que vestía un chándal negro. Estaba cerrando la puerta del conductor de un viejo Megane.

—¿Eres el dj? —preguntó Álvaro.

—Sí, exacto —camino hacia el maletero y lo abrió—. ¿Podrías ayudarme a cargar esto?

Álvaro se acercó al coche y el dj le señaló dos cajas llenas de vinilos. Las agarró entre los brazos y entraron al pub por la puerta trasera. Al llegar a la barra, Ximo les hizo un gesto.

—¡Muy buenas! —se presentó el dj.

—¡Hola! ¿Qué tal?

—Bien, bien. ¿Dónde me colocó?

—La cabina del dj está junto a la tarima que hay en el fondo, frente al pilar maestro.

El dj se volvió hacia la dirección señalada y asintió.

—Vale, lo veo.

—¿Quieres que te ponga algo?

—Quizá luego me pase.

El dj hizo un gesto para que le siguiera y Álvaro le acompañó hasta la cabina. Dejó las cajas de los vinilos sobre una mesa que había en un lateral y regresó junto a la barra.

—Me voy para afuera —anunció Álvaro.

—¿Todo bien? —preguntó Ximo.

—Sí, todo bien. Había unos macarras fuera pero ya les hemos

dicho que se largaran.

—Bien, bien.

Álvaro salió por la puerta principal y vio que Eusebio no estaba.

—¿Dónde coño se ha metido?

—Me ha dicho que se iba un momento a mear tras los contenedores —dijo Miguel.

—¿Tras los contenedores?

—Sí, los que están al doblar la esquina, no los que hay tras la finca. Dijo que no quería entrar. Que los aseos siempre están llenos cuando tiene ganas.

—¡Qué tío más impaciente!

—Por cierto, había tres tíos que decían ser colegas tuyos y que querían saludarte. Ahora están dentro.

—¿Colegas míos?

—Sí. Uno hablaba como si tuviera la nariz congestionada.

—¿Congestionada?

—Sí. Llevaba un polo de Scottish Clan. ¿Te suena?

—¡Joder! ¡Esos tres tíos no son colegas míos! ¡Mierda!

Por el rabillo del ojo le pareció ver un rostro familiar. Vio en la cola a un hombre joven, bien parecido y que vestía con estilo. Su cara le sonaba de algo pero no recordaba en ese momento dónde lo había visto antes.

—¡Fiesta, fiesta, fiesta! ¡Arriba esa peña que esto parece un funeral! —gritó una voz desde el interior del Standbye.

—¡Estamos aquí para armarla! —dijo otra voz, pocos segundos después de la primera.

—¡Mierda! —se quejó Álvaro. Rápidamente, regresó al interior del pub. En medio de la pista, vio al hombre de la cabeza rapada junto al del chándal de Kappa bailando y molestando al resto de clientes.

—¡Vosotros, largaos! —gritó Álvaro

—¡Jódete! —dijo el hombre de la cabeza rapada.

—¡Me cago en...! —Álvaro se abrió paso entre la clientela y se abalanzó sobre ellos.

Alguien tiró de él y le dio un puñetazo en el rostro. Álvaro perdió el equilibrio y cayó al suelo. Una patada voló para su estomago, pero la bloqueó cruzando los brazos. Alzó la vista y vio al hombre del chándal de W2P. Rápidamente, levantó el brazo, le golpeó con el codo en la espinilla y se levantó del suelo. Roto de dolor, el hombre el chándal de W2P brincó sobre su pierna buena mientras se agarraba la que había recibido el golpe.

—¡Te vamos a matar! —dijo el hombre del chanda de Kappa. Sacó un navaja de la riñonera y saltó sobre Álvaro. Este se hizo a un lado, tiró de la mano que agarraba la naja y retorció la muñeca. El hombre del chándal Kappa soltó la navaja y Álvaro, inmediatamente, le golpeó con el canto de la mano en el cuello.

—¡Cogh-cogh! —cayó de rodillas y se llevó las manos al cuello—
¡No puedo respirar!

El hombre del pelo rapado se volvió hacia una mesa y cogió una botella de tercio. Levantó el brazo y golpeó a Álvaro con la botella en la cabeza. El culo se rompió y los cristales cortaron la frente de Álvaro. La sangre brotó del tajo.

—¡Esto por partirme la tocha, chupapollas! —amenazó el hombre de la cabeza rapada antes de lanzar un derechazo contra Álvaro. Este se hizo a un lado, esquivó el golpe y lo agarró de la espalda. Lo empujó hacia adelante y le dio un rodillazo en el estomago. Tras tres puñetazos en la cara, el hombre de la cabeza rapada cayó al suelo mareado.

—¡Payaso, recoge a los mierdas de tus amigos y piraos de aquí!
—dijo Álvaro mientras se llevaba la mano al tajo de la frente para contener la sangre.

El hombre de la cabeza rapada se estiró sobre el suelo e intentó agarrar la navaja que había soltado su amigo. Álvaro caminó hacia él y le pisó la mano.

—¡Arggghhh!

—Ni se te ocurra.

—¡Vale, vale, vale!

Álvaro retiró el pie y el hombre de la cabeza rapada fue ayudado por sus amigos a incorporarse. Los tres se alejaron del centro de la pista y salieron del Standbye.

Ximo se abrió paso entre los clientes y tomó a Álvaro del brazo.

—¿Qué ha pasado?

—Los liantes de antes, que se habían colado y estaban armando follón.

—¿Se han colado?

—Eusebio se había ido a echar una meada y Miguel, que no estaba enterado, les dejó pasar.

—¡Joder con mi primo! —Ximo se fijó en el tajo que Álvaro tenía en la cabeza y preguntó—. ¿Cómo te has hecho eso?

—Me rompieron una botella en la cabeza y me corté con un cristal.

—¡Joder! Voy a buscar a Eusebio y decirle que esté pendiente de la peña que entra por la puerta. ¡Tú ves y dile a Susana que te mire la herida!

—Sí, será lo mejor.

Ximo acompañó a Álvaro hasta la barra e hizo un gesto con la mano. Una camarera cobró la cuenta de un cliente y se dirigió al dueño del Standbye.

—Busca a Susana y dile que traiga el botiquín —dijo Ximo.

—Enseguida.

En el momento en que la camarera se marchó un cliente pasó junto a Álvaro. Al fijarse, vio que era el hombre que había visto antes, el que le resultaba familiar.

<<¿Dónde he visto esa cara antes?>> se preguntó Álvaro.

Capítulo 5

La pausa para el almuerzo cayó para Álvaro y para Juan como maná del cielo. Ambos, cansados y abatidos tras una pesada jornada de trabajo despiezando varios utilitarios, se sentaron sobre el capó de un viejo Alfa Romeo, con ganas de hincarle el diente a sus bocadillos: Tortilla de patatas para Álvaro y calamares el de Juan. Sin embargo, el ambiente estaba tenso. Álvaro estaba esquivo y desde que ambos llegaron al desguace de buena mañana, apenas habían cruzado palabra alguna. Había algo en la mirada de Álvaro que decía "No preguntes". Pero Juan no estaba dispuesto a dejar pasar la oportunidad, ahora que tenían un momento, para hacer la gran pregunta.

—¿Qué coño te ha pasado en la cara?

—He tenido lio este fide.

—¿Movidito? ¡Para venir con media frente vendada el lio debe haber sido curioso!

—¡No tengo media frente vendada! ¡Es solo una gasa sujeta por unas tiritas!

—Sí, sí, lo que tu digas. Venga, cuenta, cuenta.

—¡Fue durante la noche que hicimos la sesión especial de Halloween!

—Álvaro se llevó la mano a la frente y se frotó por encima de la gasa—. ¡Vinieron tres payasos con ganas de gresca!

—¿Tres payasos? ¿Con tantos años trabajando en el cuerpo y tu descripción de los sospechosos se limita a "tres payasos"?

—¡Jódete!

—¡Ja, ja, ja! ¡No te piques!

—Eran tres garrulos. Cuarentones, casi cincuentones. Parecían sacados de la década de los noventa con sus pintas de poligoneros chungos. Pura fachada.

—Sí, sí, pura fachada, pero bien que te dejaron la cara como un adefesio.

—¡Me dieron un botellazo en la frente! ¡Me pillaron desprevenido! ¿¡Qué quieres!? Ya me gustaría haberte visto a ti en mi situación.

Juan levantó los brazos y presumió de bíceps.

—¡Mira! Acero para barcos. Con estos dos angelitos me los hubiera ventilado de un guantazo a cada uno.

—Eso no te lo crees ni tú.

—¡Álvaro! ¿Puedes venir? —preguntó un chico de tez morena y pelo ensortijado—. Me ha dicho Luís que vayas a su oficina.

—Enseguida, Pepe —dijo Álvaro. Dio un último mordisco a su bocadillo y lo dejó sobre el capó del Alfa Romeo—. Veamos que mierda de faena me manda ahora.

Álvaro dejó a Juan comiéndose el bocadillo a solas y fue a la oficina de Luís. Cuando entró, vio a Luís tras la mesa de trabajo. Pero no estaba solo. Junto a él estaban también el hombre mayor y de bigote tupido, sentado en una silla. A su lado, de pie, el hombre de pelo corto y trajeado. Y por último, sentada sobre el pico de la mesa, vestida con un traje negro ajustado y con las piernas cruzadas, la joven del pelo corto y de color rubio platino, Lydia.

—¡Álvaro, pasa! —dijo Luís.

—¿Cierro la puerta? —preguntó Álvaro.

—Sí, sí. Toma asiento.

—Prefiero estar de pie.

—Como veas.

—¡Me gusta! —dijo el hombre del bigote—. ¡Es un tipo formal!

—Sí... formal —corroboró Luís—. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando para mí, Álvaro?

—Desde que salí de la cárcel. Hace casi dos años.

—¿Y te gusta el curro?

—Sí, claro —mintió Álvaro.

—¿Sí, claro? —preguntó el hombre del bigote tupido.

—Bueno, no está mal —añadió Álvaro—. Dados mis antecedentes, es lo

mejor a lo que he podido acceder.

—Ya —dijo Luís. Se volvió hacía el hombre del bigote tupido y dijo—. Este hombre es Héctor Hidalgo, hombre de negocios y cliente mío. El hombre que está a su lado es Carmelo Molina, su contable y su mano derecha. Y ella es Lydia, la amante de Héctor.

—Amante no, mujer —dijo la chica riendo.

—¡Qué pesadita con lo de mujer! —se quejó burlón Héctor.

—¿Solo Lydia? —preguntó Álvaro.

—No te hace falta saber más de mí —dijo la chica.

—¡Lydia, deja de marear! —dijo Héctor—. ¡Vayamos al meollo de la cuestión!

—De acuerdo —dijo Álvaro—. ¿De qué se trata?

—Héctor, como empresario, se dedica a la compra-venta de vehículos de importación, alquiler de bajos, dirige restaurantes, discotecas, pubs...
—dijo Luís.

—Lo que se dice ser un empresario de éxito —dijo Héctor—. ¡Un tío hecho así mismo!

—Pero también tiene otros negocios fuera de... la legalidad —continuó Luís.

—Los que de verdad me dan el parné —dijo Héctor—. Mira, hablemos sin rodeos. Los trapicheos, las apuestas ilegales y los negocios turbios son mi pan de cada día. Los restaurantes, los pubs, las discotecas, los alquileres... todo eso es simplemente para lavar el dinero. Te cuento todo esto porque sé que tú eres tan turbio y estás tan corrompido como yo.

—¿Perdón?

—Sé que trabajaste para el subinspector Narváez, que fuiste su brazo ejecutor en sus negocios turbios, que te la jugaron y que tuviste mala suerte al enfrentarte a él. Necesito a alguien que sepa doblegar a quien me rete, a quien me tome el pelo y a quien intente jugármela.

—¿Y cómo sabe usted todo eso?

—En Valencia nos conocemos todos —dijo Héctor antes de sacar una

pitillera de plata, un cigarro y encenderlo—. Esas cosas se saben.

—Bueno, de eso hace ya bastante tiempo —dijo Álvaro—. No sé si sería capaz de...

—¿Curtirle el lomo a alguien tozudo y que no da su brazo a torcer?
—preguntó Carmelo, interviniendo por primera vez en la conversación.

—Sí, eso es.

—No seas modesto, Álvaro. Sé que eres la persona indicada para el puesto. El otro día te vi haciendo frente a tres tipos tú solo y sin despeinarte —Carmelo se volvió hacia Héctor y dijo—. Se los ventiló en un visto y no visto.

—¿Estabas en el Standbye durante la fiesta de Halloween? —preguntó Álvaro.

—Sí. No iba vestido para la ocasión, pero sí.

—¿Y cómo sabías que trabajo allí?

—Se lo dije yo —intervino Lydia—. Me hubiera gustado haber acudido a tu pub, pero tenía un compromiso. Sorry.

—¿Me estabais... evaluando?

—No necesariamente —dijo Carmelo—. Pasé por allí y dio la casualidad de que te estabas encargando de esos desgraciados.

—¿Y bien?

—Quedé gratamente impresionado —dijo Carmelo.

—Sí, te portaste como un campeón —dijo Héctor—. ¿Entonces qué? ¿Estarías interesado en trabajar para mí? ¿Te interesa poner tus puños a mi servicio?

Álvaro se volvió hacia Luís y preguntó.

—¿Tú qué dices?

—Bueno, es uno de mis mejores clientes, tanto en cuanto a cosas legales... como otras no tanto. Si lo que me preguntas es si puedes confiar en él, la respuesta es sí. ¡Aunque claro, estando él delante tampoco te voy a decir lo contrario! —bromeó Luís.

—¡Cabronazo! —rió Héctor.

—Bueno, como ya sabéis, también trabajo como seguridad en el Standbye —dijo Álvaro—. No podría de...

—¿De verdad quieres esta vida? —preguntó Lydia—. ¿Matarte todos los días por una miseria de sueldo? ¡Porque seguro que Luís no te pagara mucho!

—¿Y ahora por qué te metes conmigo? —preguntó jocosamente Luís.

—Y en ese pub, pues... —continuó Lydia.

—Bueno, me permite vivir con dignidad —dijo Álvaro.

—¡Di más bien subsistir! —dijo Héctor.

—¿Y cuánto me pagaríais? —preguntó Álvaro.

—Para empezar, mil quinientos a la semana.

<<Putamadre>> pensó Álvaro asombrado.

—Álvaro, mírame —dijo Lydia. Álvaro se volvió hacia la chica y esta preguntó—. ¿No crees que te mereces algo mejor?

<<Sí, lo merezco>> pensó Álvaro.

—De acuerdo. ¿Qué queréis que haga?

Capítulo 6

Álvaro revisó de arriba a abajo el armario de su habitación, buscando algo adecuado para su primera noche de trabajo para Héctor. <<Ponte algo con estilo. Que te haga parecer guapo, pero sin que parezcas un maricón>> le dijo Héctor tras aceptar trabajar para él. Tras un arduo proceso de búsqueda y selección, unas botas oscuras, un pantalón vaquero negro, un jersey veis de cuello alto y una chupa de cuero rojiza fueron su elección. Al mirarse en el espejo, descubrió con horror que el jersey había encogido. La curvatura de la pancha asomaba alegremente por debajo del jersey.

—¡Joder! —se quejó Álvaro espantado al mismo tiempo que estiraba el jersey y la tela cedía.

—¿De qué te extrañas?! ¡Desde que te tiraron del cuerpo has cogido peso! —le espetó su madre, que vio a su hijo probándose la ropa—. ¡Te has puesto como un cachalote!

—¡Gilipolleces!

—¿Gilipolleces? ¡Lo que tú digas! —dijo la madre de Álvaro—. A todo esto, ¿dónde demonios vas?

—Hoy empiezo nuevo curro, madre.

—¿Nuevo? No me habías dicho nada.

—Pues te lo digo ahora —Álvaro salió de su habitación y se dirigió al recibidor.

—¿De qué se trata?

—Mmmm... Seguridad privada —mintió Álvaro.

—¿Quieres decir segurata? ¿Cómo tu trabajo en ese pub al que ibas? ¡Pues menudo cambio!

—No, madre. Seguridad privada —Álvaro caminó hacía un repisa y de un cenicero cogió las llaves del Ford Orion—. Parecido a guardaespaldas.

—¿En serio? ¿Para algún político que yo conozca?

—No lo creo.

—¿Cómo conseguiste el trabajo?

—Luís me lo presentó.

—¿Luís el cojo? ¡Puff! ¡Mal asunto!

—Bueno, eso ya se verá esta noche —Álvaro se dirigió a la puerta de salida y tomó el manillar con la mano derecha—. Te quiero mama. No me esperes despierto.

—¡Ten cuidado con lo que hagas esta noche!

Álvaro subió a su viejo y destartado Ford Orion, salió del pueblo y tomó la autovía de Ademuz en dirección Valencia. Condujo distraído, en piloto automático, ensimismado en sus pensamientos, pensando que esta podría ser su gran oportunidad para salir a flote de la situación en que se encontraba. Dejó atrás el centro comercial de Heron City y subiendo una cuesta, pasó por debajo de un gran cartel que señalaba la CV-35 y la entrada a Valencia. Tras alcanzar la cima, la ciudad apareció ante él. La antigua sede de la televisión autonómica; el palacio de congresos; el nuevo campo del Mestalla (y todavía en construcción); el viejo cauce del Turia...

<<¡Pling!>>

Álvaro alargó la mano hacia el asiento del copiloto y cogió su móvil. Vio un mensaje de whatsapp. Era de Carmelo.

<<Te envío la ubicación. Acude allí.>>

Álvaro pulsó sobre la pantalla y el GPS le indicó la dirección de un pub llamado Café Bali, cercano a la zona de Cánovas.

—Menudo pijo —murmuró Álvaro.

Subió la marcha y pisó el acelerador. Cruzó la Gran Vía de Fernando el Católico y pasó por debajo de las vías de Renfe. Al salir por el otro lado continuó por Germanies y al poco tiempo llegó a la zona de Cánovas. Tras aparcar cerca de un parque, salió del coche y caminó hacia su destino. En el exterior del Café Bali vio a un grupo de jóvenes bebiendo animadamente, junto a una pareja de novios haciéndose arrumacos. Algo más apartados y alrededor de una mesa alta, vio a tres hombres. Uno de ellos era Carmelo.

—Llegas puntual —dijo Carmelo después de dar un sorbo al Gintonic que tenía entre las manos—. No me lo esperaba.

—Soy una caja llena de sorpresas.

—No me cabe duda. Por cierto, bonito conjunto.

—Gracias.

—Te presento a Lara y Ignacio. Iras con ellos esta noche.

—Buenas —saludó Lara, un hombre grueso y de pelo rizado.

—¿Cómo te va, chaval? —preguntó Ignacio, alto y de pelo engominado.

—¿Son mis jefes? —preguntó Álvaro.

—Por ahora sí. Quizá, más adelante, te demos más manga ancha para hacer las cosas a tu manera.

—Tranqui, chaval. Te trataremos bien —afirmó Ignacio.

—Fíate de Ignacio. Somos legales —dijo Lara, guiñándole un ojo.

—Esto es tuyo —Carmelo sacó una pistola de la chaqueta y la dejó sobre la mesa. Álvaro, disimuladamente la cogió y se la guardó en un bolsillo del pantalón—. La tarea de hoy es sencilla. En la zona puerto, tenemos un contacto, un guardia de seguridad, que nos ha soplado que ha llegado un cargamento interesante.

—¿Qué tipo de cargamento? —preguntó Álvaro.

—Tres coches de Lujo. Lamborghinis, Jaguars y Ferraris —dijo Ignacio—. Guardados en tres contenedores.

—Esto ricachones no tienen nunca suficiente —dijo Lara.

—Os colaréis, incapacitaréis a su compañero y él le dejaréis alguna marca —informó Carmelo—. Nada grave.

—Entendido —dijo Álvaro.

Carmelo miró a Lara y a Ignacio y asintió con la cabeza. Acabó con lo que le quedaba del Gintonic y entró en el pub sin despedirse.

—¡Andando! —dijo Lara.

Los tres caminaron por la calle, abarrotada de gente con ganas de fiesta, y se dirigieron hacia un 4x4. Ignacio tomó el volante, Lara se sentó en asiento del copiloto y Álvaro detrás. Salieron de la zona de Cánovas y

recorrieron la carretera que bordeaba el viejo cauce del Turia.

—Entonces, este es tu primer trabajito para don Héctor, ¿verdad?

—preguntó Ignacio.

—Sí, así es.

—¿Nervioso? —preguntó Lara.

—No, estoy bien —mintió Álvaro.

—Eso espero —dijo Lara mientras sacaba un cigarro y lo encendía con un Zipo—. Carmelo está desesperado por cubrir el puesto que dejó Rafí.

—¿Rafí? ¿Quién es Rafí?

—Tu predecesor —dijo Ignacio—. Quiero decir, el tipo que se dedicaba a las tareas que te vas a dedicar tú ahora.

—Vamos, el que se dedicaba a repartir leña entre los que le tocan los huevos a don Héctor —puntualizó Lara.

—Sí, más o menos —afirmó Ignacio.

—¿Ya no trabaja para don Héctor? ¿Qué ocurrió?

—Metió la mano donde no debía y don Héctor le dio matarile —sentenció Lara.

—Menudo idiota —dijo Álvaro distante.

—Sí, un idiota —dijo Ignacio—. Esperemos que tú no te comportes como él.

—Tranqui, sé donde me meto —dijo Álvaro secamente.

<<Brrrrriiiiiimmm- Brrrrriiiiiimmm>>

—¿Es tú móvil? —le preguntó Lara a Ignacio al escuchar la vibración—. ¡No, espera! Es el mío.

—Capullo.

Lara sacó el móvil, se lo llevó a la oreja y preguntó.

—¿Sí? Aja, aja. Sí, ya... entiendo. ¿Cambio de planes? —Álvaro se colocó en el asiento de en medio, se inclinó hacia adelante y escuchó atentamente la conversación de Lara—. Aja, vale. ¿Y dices que el muy

capullo no da su brazo a torcer? ¿No habrá problemas para...? Vale, vale... ¿Entonces hacemos lo del puerto después? De acuerdo, nos hacemos cargo. ¡Au!

Lara colgó el teléfono y se lo guardó en el bolsillo.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Ignacio.

—Cambio de planes —dijo Lara—. Tenemos que ir al polígono de Silla.

—¿Y eso? —preguntó Ignacio.

—Carmelo me ha dicho que Don Héctor ha hecho unas apuestas en un combate que se va a celebrar allí esta noche —explicó Lara—. Un combate amañado, claro está. Apostó contra un luchador, con el que previamente había pactado su derrota. Pero ha surgido un problemilla.

—Que el luchador ha cambiado de opinión y no se quiere dejar ganar. ¿Es eso, verdad? —intervino Álvaro.

—Exacto —dijo Lara.

—Entonces, ¿se cancela lo del puerto? —preguntó Ignacio.

—No. De eso nos ocuparemos después.

—De acuerdo.

Ignacio, recorrió la rotonda que bordeaba el centro comercial El Saler y pisó el acelerador. La Ciudad de las Artes y las Ciencias quedó atrás, y en poco tiempo alcanzaron el puente que cruzaba el cauce del río Turia. Álvaro miró por el cristal y vio que apenas circulaban coches que fueran en dirección sur. Al alzar la vista, vio como una enorme luna llena asomaba por detrás de una maraña de nubes negras.

—Es por ahí —dijo Lara, señalando un cartel que se aproximaba a toda velocidad.

—¡Qué va! —dijo Ignacio—. Eso es Albal. ¡Deja de marearme!

Ignacio desoyó las indicaciones de Lara y continuó unos cuantos kilómetros más.

—¡Allí! ¿Ves ese cartel? —le preguntó Ignacio a Lara—. Silla.

El 4x4 tomó la salida y subió por un puente que pasaba por encima de la autovía. Continuaron por una carretera, flanqueada por una hilera farolas de luz mortecina, y luego giraron hacia la derecha en cuanto vieron la

entrada al polígono. Bloques de edificios cerrados, naves abandonadas y amplios espacios de estacionamiento para camiones les dieron la bienvenida.

—Vale, esto ya me suena —dijo Lara—. Ahora sigue hasta la siguiente rotonda, luego gira a la izquierda, y en el tercer cruce a la derecha.

—En el cuarto.

—¡Eso, en el cuarto!

—Como guía no tienes precio.

—¡Jódete!

Cuando llegaron a su destino, aparcaron frente a gran nave abandonada, que en el pasado había sido una cámara frigorífica industrial. Se dirigieron hacia el muro que rodeaba la nave y entraron por una puerta corrediza entreabierta. Al llegar a la puerta principal del edificio, se encontraron con un hombre que llevaba un gabán, una bufanda y un gorro oscuro.

—Contraseña.

—Venimos de parte de don Héctor —dijo Ignacio.

—¿Don Héctor Hidalgo? —preguntó el hombre del gabán.

—¡Pues claro, gilipollas! ¿De quién si no?

—Por aquí.

El hombre del gabán abrió la puerta y los invitó a entrar. En el interior, el ambiente estaba movido. Decenas de hombres caminaban de un lado para otro, charlando animadamente, comprando alcohol en una barra improvisada, ojeando la mercancía que los camellos ofrecían y regateando los precios de los servicios que las chicas ofrecían.

Finalmente, llegaron ante un corrillo de gente que jaleaba y gritaba. En medio había dos desconocidos luchando encarnizadamente a puñetazo limpio.

—Es por ahí —dijo Ignacio tras señalar una puerta que daba a una habitación aparte.

En su interior, vieron a un hombre joven, musculoso, con una larga trenza y que descansaba sentado sobre una mesa de oficina.

—Oye, espéranos aquí —le dijo Lara a Álvaro.

—¿Que me espere?

—Sí, será lo mejor —dijo Ignacio—. Verás, el chaval no quiere que la gente sepa que ha estado haciendo negocios con nosotros.

—Ni nosotros queremos que nos relacionen con él —añadió Lara.

—La discreción es fundamental.

—De acuerdo —dijo Álvaro resignado—. Esperaré.

Ignacio y Lara asintieron y entraron en la habitación.

—¡Chaval! —dijo Ignacio—. ¿Qué tal la vida?

—¿Preparado para el combate? —preguntó Lara.

—Mirad, ha habido un cambio de planes.

—¿Un cambio de planes dices? —preguntó Ignacio.

—Sí, así es —dijo el luchador.

—A don Héctor no le gustan los cambios de planes, chico.

—Pues don Héctor me puede chupar el rabo, porque es lo que hay —el luchador se incorporó y continuó hablando—. Sé como están las apuestas contra mí. ¿Héctor cree que me voy a dejar ganar por la miseria que acordamos? ¡Ni de coña! Quiero el triple.

Álvaro desde fuera de la habitación, se fijó en el luchador y su forma de moverse. Luego en Ignacio y Lara. <<Como tengan que apretarle las tuercas a ese tío, lo van a tener complicado>> pensó Álvaro.

—¿El triple? ¡Tú estás loco, chaval! —dijo Ignacio indignado.

—¡Con don Héctor no se renegocia! —advirtió Lara—. ¿Te queda claro?

—¿Te crees que te tengo miedo, viejo? —preguntó el luchador amenazante.

—¿Viejo, yo? ¡Te vas a...! —Lara hizo amago de sacar la pistola del pantalón pero el luchador se adelantó. Le dio un manotazo en el antebrazo que empuñaba la pistola y después un patada en el pecho. Lara

cayó sobre una silla y se partió.

Álvaro se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta, buscando la pistola que Carmelo le había dado, pero no la encontró. Se palpó con desesperación y revisó todos los bolsillos, tanto de la chaqueta como del pantalón. <<Mierda, se me debe haber caído en el coche>> pensó.

Mientras tanto, Ignacio agarró una mariposa que tenía en el pantalón, la abrió y atacó. El luchador atrapó el filo con las dos manos y tiró hacia un lado. Ignacio fue arrastrado de frente y recibió varios rodillazos en las costillas. Mientras los dos forcejeaban, giraron el uno entorno al otro.

—¡Upps! ¡Perdone usted! —se disculpó un hombre que había chocado con Álvaro, y que llevaba un cubata en la mano—. ¿Está bien?

—Sí, sí, lo estoy —al volverse, vio que el luchador había hecho una llave en torno a la cabeza de Ignacio, y la inmovilizaba entre su cadera y su brazo, incapaz de soltarse. El luchador estaba de espaldas—. Ahora le pago otra copa.

—¿Cómo dice? —preguntó el hombre sin comprender.

Álvaro le arrebató el cubata y entró en la habitación. Estampó el vaso de tubo contra la nuca del luchador y este soltó a Ignacio. Confundido, se dio la vuelta sin saber quién le había atacado. Álvaro le agarró de la pechera y le golpeó repetidamente en la cara. El luchador intentó separarse interponiendo la pierna, pero Álvaro se hizo a un lado y el luchador perdió el equilibrio y cayó al suelo. Álvaro agarró una silla y, sin esperar a que el luchador se incorporara, se la partió en la espalda.

—¡¡Arghhh!! —gritó el luchador—. ¡Joder, joder!

—Bueno, ¿todavía sigues con la idea de que te paguemos el triple?
—preguntó Álvaro.

—¡No, joder, no!

—Me alegra ver que te lo has pensado mejor.

—Como duele, joder... No voy a poder pelear, no voy a poder...

—No tienes que pelear para ganar —dijo Álvaro mientras ayudaba a Ignacio a incorporarse—. Con que aguantes hasta el round acordado, nos es suficiente.

—De acuerdo, de acuerdo... lo haré —dijo el luchador.

Álvaro ayudó a incorporarse al luchador y lo llevó a la mesa para que se sentara sobre esta. Al volverse, vio a Ignacio ayudando a Lara a levantarse.

—¿Estáis bien? —preguntó Álvaro.

—Sí, como una rosa —dijo Lara. Ignacio asintió con la cabeza y levantó un pulgar hacia arriba.

Un hombre de tez oscura entró por la puerta y anunció.

—Es su turno. ¿Preparado?

—Sí, lo está —dijo Álvaro.

—Pues arreando.

Álvaro se volvió hacia el luchador y dijo.

—Buena suerte.

—Gra-gra...cias.

Álvaro, Ignacio y Lara salieron de la habitación y recorrieron la nave en silencio. En el exterior, se dirigieron hacia el coche.

—Menudo cabronazo —dijo Lara—. ¡Joder, cómo me duele la espalda!

—Nos hacemos viejos —dijo Ignacio.

—¿No hay ninguna felicitación para el que os ha salvado el culo?
—preguntó Álvaro.

—Puntuaremos tu intervención positivamente en tu informe —dijo Lara irónico.

—La verdad es que si —asintió Ignacio—. Ha sido comenzar la noche y demostrar que los tienes bien puestos.

—Esta noche te has portado —dijo Lara—. Ahora, pongámonos manos a la obra con lo del puerto.

Capítulo 7

La entrada al Imperial estaba concurrida. Políticos, empresarios y ricachones se daban cita en el restaurante que ocupaba la última planta de la torre de Francia. Y allí fue citado Álvaro por Carmelo, una semana después de que se ocupara, junto a Lara e Ignacio, del asunto del combate y el encargo del puerto.

Mientras esperaba fuera del restaurante, a la espera de que el metre le atendiera, Álvaro se acercó a uno de los ventanales que había en el recibidor y contempló el cauce viejo del Turia y la Ciudad de las Ciencias que se asentaba sobre este. Vio la luz del sol reflejarse en el lago artificial y varias barcas flotar en el agua.

<<Menudo pufo nos encasquetaron con la dichosa obra>> pensó Álvaro.

—Señor —dijo una voz a su espalda. Al darse la vuelta vio a un hombre con un uniforme negro, cerca de la entrada del restaurante—. ¿Sería tan amable de seguirme?

—Claro.

El hombre entró al restaurante y Álvaro fue tras él. Serpentearon entre hileras de mesas, repletas de gente que disfrutaban de caros menús, hasta alcanzar otro comedor. Allí, alrededor de una gran mesa redonda, Álvaro vio a Héctor, acompañado de Carmelo y de Lydia, y de un grupo de personas que no conocía.

—¡Che! ¡Aquí llega mi chico! —dijo Héctor animado—. ¡Mi nuevo fichaje!

—Buenas, Álvaro —saludó Carmelo formal—. ¿Qué tal va?

—Bien, bien —respondió Álvaro. Volvió la vista hacia Lydia y saludó—. Señorita.

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué formal eres! —dijo la chica.

—¡Cuidadito como miras a mi chica! ¿Eh? —advirtió Héctor con tono irónico. Señaló al resto de comensales y dijo—. Déjame que te los presente rápidamente. Chema, Paquita, Jaume, Carlitos y Elvira.

Álvaro levantó el brazo y saludó a los presentes.

—Hola, muy buenas.

—Entonces, ¿este es el que va a sustituir a Rafi? —preguntó Carlitos, un hombre que llevaba unas gafas ahumadas y que vestía de traje.

—Así es —dijo Héctor.

—¿Este es el que resolvió el asunto del luchador toca-pelotas? —preguntó Chema, un hombre arrugado y al que le colgaba un mondadientes del labio.

—¡Claro! —respondí Héctor—. ¡Es de quién os estaba hablando antes!

—¡La mare que va! —exclamó Chema.

Carmelo se acercó a Héctor y le murmuró al oído.

—Disculparnos un momento. Tenemos que tratar unos asuntos con urgencia —dijo Héctor mientras se levantaba de la mesa, seguido por Carmelo. Miró a Álvaro y le hizo una señal para que le siguiera—. Podéis ir pidiendo los postres si queréis. O si queréis repetir otra tanda de ostras, no os cortéis.

—¡Héctor siempre fardando de que va con la butxaca plena! —exclamó Chema. Los comensales rieron el comentario.

Héctor, Carmelo y Álvaro salieron del comedor y se dirigieron a la zona donde estaba el bar del restaurante. En una mesa, junto a un gran ventanal, esperaban Lara e Ignacio. El primero estaba con el brazo extendido, sobre la mesa y enseñándole un reloj de pulsera al segundo.

—... como te lo digo, seiscientos pavos, izeiscientos! —dijo Lara.

—¿Seiscientos? ¡Anda ya! —negó Ignacio con la cabeza—. Mínimo te habrá costado dos mil.

—¡Que no, coño, que no! ¡Que el tipo que conozco de Alboraya me lo vendió por seiscientos!

—¿Y a quién se los roba él? ¡Porque fijo que son robados!

—Camarero —dijo Héctor al llegar a la mesar—, pónganos dos Martinis, un Gintonic, un vodka con limón y... ¿Tú qué quieres?

—Nada, estoy bien —dijo Álvaro.

—¿Seguro? Vale, vale.

El camarero asintió tras la barra y preparó las bebidas.

—¿Qué tal? —preguntó Héctor.

—Pues naah, fardando del peluco que me he agenciado —dijo Lara. Levantó la mano y se lo mostró a Héctor.

—¿He oído que te ha costado seiscientos pavos? —preguntó Héctor.

—Así es —dijo Lara orgulloso de su compra.

—Me vas a tener que presentar al que te los vende.

Carmelo, tras contemplar también el reloj de Lara y asentir con aprobación, se llevó la mano al interior de la chaqueta y dejó un sobre veis sobre la mesa.

—Tu parte —señaló Carmelo, mirando a Álvaro—. Puedes contarlo.

Álvaro cogió el sobre, lo abrió y contó el dinero.

—Aquí hay tres mil euros.

—Te portaste bien la semana pasada con el tema del luchador —dijo Ignacio.

—Demostraste que tenías huevos —añadió Lara.

—Cuando mis hombre se portan bien me gusta premiarlos —dijo Héctor.

Álvaro guardó el sobre en el bolsillo trasero del pantalón y casi al instante apareció un camarero con las bebidas. Tras dejarlas sobre la mesa, regresó a la barra.

—Bueno, os he hecho llamar porque hay nuevo trabajito a la vista —dijo Héctor después de coger su Gintonic y darle un sorbo..

—¿De qué se trata? —preguntó Lara.

—Hace unas semanas, un tipo llamado Richi contactó con nosotros. Nos explicó que esperaba un alijo de coca de Colombia y que

entraría en Valencia por el puerto —explicó Carmelo. Dio un sorbo a su vodka con limón y continuo—. Sabía de nuestros contactos en el puerto y en la aduana, y nos rogó que le ayudásemos a pasar la droga que venía en un contenedor. Le dijimos que sí a cambio de una parte de la mercancía.

—¿Qué parte? —preguntó Álvaro.

—El veinticinco por ciento.

—¡Pero el muy hijo de puta nos traicionó! —intervino Héctor. Sus manos, nerviosas, manoseaban una cadena de oro que tenía al cuello. Un crucifijo que colgaba de la cadena, tintineó al golpear contra un pequeño objeto metálico.

<<¿Eso es una llave?>> rumió Álvaro intrigado.

—La noche que nuestros contactos de la aduana dejaron pasar la mercancía, hombres de Richi fueron a recoger la mercancía y se la llevaron a un lugar seguro. Desde entonces no hemos podido localizarle —dijo Carmelo.

—¡Quiero que encontréis a ese cabrón, os lo cepilléis y tragáis la mercancía de vuelta! —exclamó Héctor—. ¡No voy permitir que se corra la voz de que un gilipollas me tomó por idiota!

—¿Alguna pista por dónde empezar? —preguntó Ignacio.

—Deberías empezar preguntando por los camellos a los que suministramos, por si se han enterado de algo —dijo Carmelo—. No descartéis preguntar también por la zona de la Malvarrosa, Nazaret o La Coma por si han oído algo.

El camarero que había traído las bebidas se acercó a la mesa y dijo.

—Don Héctor, el señor D´Angelo ha llegado.

Héctor se volvió hacia la puerta del bar y vio a un hombre bien vestido, canoso y con gafas de montura metalizada. Levantó la mano y saludó a Héctor.

—Ya tenéis vuestras ordenes, chicos —dijo Héctor—. ¡A currar!

Héctor y Carmelo se levantaron de la mesa y la reunión dio por concluida. Al acercarse al hombre del pelo canoso, le estrecharon la mano

y le saludaron entusiasmados.

—¡D´Angelo! ¿Qué tal estás? —preguntó Héctor.

—Encantado de volver a verle —saludó Carmelo.

—Bien, bien, de visita por Valencia —dijo el hombre del pelo canoso.

—¿Por negocios? —preguntó Héctor.

—Para proponerte un negocio, sí.

—¡Cuenta, cuenta!

—Mejor será que vayamos a la sala VIP —indicó Carmelo.

—Vosotros primero —D´Angelo.

Héctor puso una mano por encima del hombro D´Angelo y los tres salieron del bar. Álvaro, Ignacio y Lara se levantaron de la mesa y caminaron también hacia la salida del bar.

—Yo contactaré con Muzio, Tortosa y Felix —dijo Ignacio mientras sacaba el móvil y revisaba la agenda.

—Yo probaré con Alfonso, Lenko y Esteban —dijo Lara.

—¿Y yo qué? —preguntó Álvaro—. ¿Qué hago yo?

—Te va a tocar trabajo de campo —dijo Lara—. Ve a la Malvarrosa, a La Coma y a Nazaret y pregunta por ahí.

—¿Que pregunte?

—Sí, entre los clientes y consumidores —explicó Ignacio—. Has sido policía, ¿no? Se te dará bien eso de buscar alguna pista.

Lara e Ignacio se despidieron y caminaron hacia los baños del restaurante. Álvaro, resignado por la tarea que le había tocado, salió del restaurante. Fuera del Imperial, frente a los grandes ventanales del edificio de Francia, encontró a Lydia apoyada en una barandilla y contemplando el cauce del Turia. Al aproximarse, el dulce aroma a Lilas flotó hasta sus fosas nasales.

—Bonitas vistas —dijo Álvaro.

Lydia. —¿Hablas de lo que se ve fuera o de mí? —preguntó juguetona

—De ambas.

—¿En serio?

—Bueno, tú luces más.

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué galante!

—Bueno...

—¡Estás hecho todo un don Juan!

—¡Ese época ya pasó!

—Eso nunca se sabe.

—¿Qué haces aquí fuera? —preguntó Álvaro.

—Tomando un poco el aire, estaba un poco saturada.

—¿Saturada? Ya...

—No siempre es tan divertido como parece, ¿sabes?, eso de ser la chica de un... "hombre de negocios".

—¿Hombre de negocios?

—Sí, así es como le gusta a Héctor llamarse así mismo —dijo Lydia. Sacó una pitillera del bolso que le cruzaba y a continuación un cigarro—. ¿Tienes...?

—Sí, claro.

Álvaro le tendió un mechero, Lydia se llevó el cigarro a la boca y luego se acercó a la llama.

—A veces es un poco aburrido tratar con los amigos de Héctor. Estar hablando siempre de sus correrías y batallitas —dijo Lydia. Dio una calada al cigarro y expulsó un anillo de humo—. Como tampoco es divertido darse cuenta que no soy la única chica de Héctor, a pesar de que ya sabía cómo era él desde el principio. Esperaba que fuera un poco más disimulado con sus flirteos, pero qué se le va a hacer.

—No sabe lo que tiene —dijo Álvaro—. Está claro que no sabe

apreciarlo.

—Eres todo un galán, de verdad.

—Solo a veces —dijo Álvaro—. Por cierto. ¿Quién es el tipo del pelo canoso y gafas de montura mentalizada?

—¿El señor D´Angelo?

—¡Sí! ¡Ese!

—Un marchante de arte. Bueno, eso dice él. Yo creo que es solamente un pijo con ínfulas de intelectual.

—Nos pareció oír que quería hablar de negocios con Don Héctor —dijo Álvaro.

—Normal. Con los escasa cultura que tiene Héctor, de poco arte iban a hablar —dijo Lydia. El móvil de la chica vibró en el bolso. Sacó el móvil y leyó el mensaje—. Tengo que regresar al restaurante. ¡Nos vemos!

La chica tiró el cigarro al suelo y lo apagó con un pisotón de tacón. Se dio la vuelta y, tras despedirse con la mano, regresó al restaurante. Álvaro no apartó la vista de la figura de Lydia hasta que desapareció por la entrada del local.

<<Si la tuviera para mí. ¡Ains!>>

Álvaro se dirigió al ascensor y, tras pulsar el botón y abrirse la puerta, entró al interior. El elevador descendió por el hueco mientras Álvaro pensaba en la tarea que tenía entre manos.

<<¿Encontrar un alijo de drogas por Valencia sin apenas pistas? Va a estar complicado. Aunque ahora que lo pienso, podría recurrir a Rodrigo. Ya va siendo hora de que me cobre el favor que le presté y deje de mendigarle Dianabol para el capullo de Juan>>.

Capítulo 8

El muelle de carga y descarga que había en la parte posterior de Toys `r Us estaba desierto. Solamente unos pocos remolques estacionados y algún mendigo borracho pernoctaba por la zona. Y allí, pasada la medianoche, fue donde Lara e Ignacio fueron citados por Álvaro.

—¿Qué plan crees que puede tener Álvaro en mente? —preguntó Lara a Ignacio, mientras contemplaba embobado su Rolex de oro.

—Ni idea, la verdad.

—No dice mucho a nuestro favor, si nos vemos en la situación de fiarnos del nuevo.

—Es un chico resuelto. Ya viste como resolvió el asunto del combate.

—Mmmm...

Oyeron el sonido de un vehículo acercándose por el final de la calle y Lara e Ignacio se acercaron a la carretera. Un furgón policial se detuvo cuando pasó por su lado y la ventana del copiloto descendió. Álvaro, vestido de policía de intervención, les saludó.

—¡Buenas!

—¿Qué coño haces vestido de policía? —preguntó Lara sorprendido.

—Os lo explicaré de camino. ¡Subir por atrás!

Lara e Ignacio entraron por la puerta de atrás y el furgón se puso en marcha. El vehículo condujo por el puente que cruzaba la ronda norte y que comunicaba con Valencia.

—Lara e Ignacio, este es Rodrigo. Rodrigo, estos son Lara e Ignacio —dijo Álvaro al conductor del furgón.

Rodrigo, un hombre grande, de cejas espesas y pelo rapado, miró por el espejo retrovisor y saludó con la mano.

—¿Le has explicado ya el plan? —preguntó Rodrigo.

—Voy.

—Eso, explícanos el plan —dijo Ignacio.

—Sí, sí, ahora voy. Mientras tanto, coger esos uniformes y ponéroslos —señaló Álvaro.

Lara e Ignacio se fijaron en dos uniformes y un conjunto de equipación policial que descansaba en el suelo.

—¿Quieres que nos vistamos de maderos? —preguntó Lara.

—¡No perdáis el tiempo y ponéroslo! —dijo Álvaro.

Lara e Ignacio comenzaron a desvestirse.

—Hablé con Rodrigo, preguntándole si había oído algo en el cuerpo sobre ese tal Richi y el alijo que le birlo a don Héctor. Me explicó que tenían localizado a un nuevo traficante, que había llegado hace poco a Valencia —dijo Álvaro.

—Estábamos investigando unas escuchas ilegales a un abogado, hermano de un político de aquí, y nos topamos con toda esa mierda del alijo robado y tal —explicó Rodrigo. El furgón tomó la rotonda y accedió a la avenida de las cortes Valencianas.

—¿Y por qué no incautasteis el alijo? —preguntó Ignacio.

—Nuestra investigación no estaba relacionada y necesitábamos una orden, por lo que lo dejamos correr —explicó Rodrigo.

—Bueno, el caso es que con las escuchas, la policía localizó el sitio donde tienen escondido el alijo —dijo Álvaro—. Nosotros, aprovechando la sorpresa, entraremos en el edificio, disfrazados de policía, los detendremos y nos llevaremos la droga.

—¿Detenerlos? —preguntó Ignacio.

—Bueno, lo de detenerlos es una forma de hablar —dijo Álvaro—. Los esposamos, los metemos en el furgón y cuando estemos fuera de la ciudad los tiramos a la acequia más cercana.

—No es mal plan —dijo Lara.

—Es sencillo y limpio —dijo Rodrigo. Cruzaron el puente de las Glorias Valencianas y giraron a la izquierda, conduciendo el furgón por el paseo de la Petxina, en paralelo al cauce del río Turia.

—¿Y cómo has acabado tú liado en este asunto? —le preguntó

Ignacio a Rodrigo.

—Le debía un favor —respondió Rodrigo—. Tuve un problema con una menor y Álvaro me ayudó a... deshacerme de las pruebas.

—Bueno, eso y porque le he prometido darle uno de los fardos de coca —dijo Álvaro.

—¿Le vas a dar parte de la mercancía sin el consentimiento de don Héctor? —preguntó Lara.

—Una décima parte —dijo Álvaro—. Es un precio muy pequeño por recuperar toda la mercancía.

—Si la recuperamos —dijo Lara. Miró su reloj y las manecillas marcaban la dos de la madrugada pasadas.

Al llegar a las torres de Serrano, el furgón giró a la derecha y callejeó entre los edificios del barrio del Carme. Ignacio se acercó al cristal y miró al exterior.

—¿El escondite está por el Carme?

—Sí, así es —dijo Rodrigo.

El furgón recorrió estrechos callejones rodeados de edificios antiguos y deshabitados. Al llegar a un cruce, giraron a la derecha y continuaron por un callejón escasamente iluminado. Poco antes de llegar a una plaza, el vehículo se detuvo.

—Rodrigo, ¿te hace un tirito? —preguntó Álvaro. Este levantó el brazo y sobre el dorso de la mano pintó una raya de coca—. Para entrar motivados.

—Venga, va. Tomémonos las vitaminas —Rodrigo se inclinó sobre mano de Álvaro y aspiró. Acto seguido, Álvaro dio cuenta de lo que quedaba.

—¿No se os irá la cabeza ahora, verdad? —preguntó Lara.

—No, todo está bajo control. ¿Os habéis cambiado ya? —preguntó Álvaro. Lara e Ignacio asintieron.

—Poneos los pasamontañas y los visores —dijo Rodrigo—. No nos pueden reconocer.

Los cuatro salieron del furgón y estiraron los músculos en el callejón. Rodrigo entró en la parte trasera del vehículo y sacó una mochila

de tela oscura. Al abrirla, les hizo una señal para que se acercaran y les fue entregando un fusil a cada uno y un par de cargadores.

—¡Joder! ¡Una HK417! —exclamó Ignacio asombrado mientras contemplaba el fusil que tenía entre las manos.

—Eso mismo pensé yo cuando nos la trajeron a principios de septiembre —dijo Rodrigo—. ¡Ya tocaba!

—Centrémonos. ¿En qué edificio está escondido el alijo? —preguntó Álvaro.

—Uno que está en la plaza. Uno que tiene las ventanas tapiadas. Está por aquella dirección —Rodrigo señaló hacia una calle que tenía a su izquierda—. ¿Haces tú de líder del comando?

—Sí, yo me encargo. ¿Preparados? —preguntó. Lara e Ignacio asintieron—. Vamos.

Recorrieron la calle en silencio y sin hacer ruido, y en poco tiempo llegaron a la plaza. Rodrigo señaló un edificio viejo y amarillo. Álvaro se dirigió a la puerta e hizo una señal a Ignacio y Lara para que se pusieran a los lados. Rodrigo se colocó detrás de Álvaro y le tocó el hombro. Álvaro se apoyó contra la puerta y comprobó que las bisagras estaban sueltas. Dio un paso atrás, tomó impulso y de una patada derribó la puerta. Sin dar tiempo a que la nube de polvo se disipara, los cuatro entraron de golpe.

—¡Policía, policía nacional, manos arriba! —gritó Álvaro,

—¡Que nadie se mueva! ¡Con las manos donde las podamos ver! —gritó Rodrigo.

—¡Eso, eso! —bramó Lara.

—Eh... ¿No está un poco vacío el sitio este? —preguntó Ignacio extrañado.

Cuando la nube de polvo que había levantado la puerta se disipó, vieron una recepción oscura y llena de suciedad, con una media docena de columnas desconchadas en el centro y algunos oxidados barriles con restos de quemado en los laterales. Álvaro hizo una señal y acoplaron unas diminutas linternas a la parte inferior del fusil. Rodrigo señaló una puerta y Álvaro asintió con la cabeza, internándose los cuatro por el pasillo que había tras esta. Al llegar al final del pasillo, dieron a un vestíbulo con unas escaleras que subían hacia los pisos superiores y otras que descendían hacia el sótano. Cuando se acercaron a las escaleras levantaron los fusiles e iluminaron el techo. Había un boquete sobre ellos

y en las plantas superiores, y un chorro de agua, proveniente de una tubería rota, cayendo sobre el hueco de la escalera.

—¿A quién se le ocurriría esconder un alijo de coca aquí, con tanta humedad? —preguntó Lara.

—¿De verdad crees que hay algo escondido aquí? —preguntó Ignacio escéptico.

<<i>Broom!>>

Los cuatro se volvieron hacía el ruido que habían oído e iluminaron con sus fusiles una habitación contigua. Vieron a un mendigo, vestido con harapos meados y malolientes, con los brazos levantados y temblando de miedo.

—iYo no sé na-na-da, no sé nada! —gritó el hombre.

—¿No sabes nada de qué?! ¡Habla! —gritó Álvaro.

—iDe ningún trapicheo ni nada parecido! iYo solo me hice unos tiritos!

—¿Trapicheos?! —preguntó Rodrigo—. ¡Explícate, maldito hijo de puta o juro que te reviento los sesos!

—iDe la droga, de la droga que está aquí escondida! iLa que está en la otra habitación! —dijo el hombre entre lloriqueos—. ¡No me mate, por favor!

—Venimos a incautarla —intervino Álvaro—. Dinos dónde está.

El hombre asintió e hizo un gesto para que le siguieran. Al entrar en la habitación que había mencionado, encontraron un pale lleno de fardos blancos. Rodrigo se levantó el visor y se levantó el pasamontañas. Se acercó al palé, cogió un fardo, rompió un lateral, metió un dedo en su interior y se lo llevó a la boca.

—Es la coca, sí —asintió Rodrigo mientras se bajaba el pasamontañas y el visor del casco.

—¿Y dice que esto no es suyo? —preguntó Álvaro al mendigo. El hombre, asustado, negó con la cabeza—. ¿Sabe donde están los que escondieron este palé en el edificio?

—No, no, no... no lo sé, no lo sé...

—Lastima no tener una carretilla para cargarlo —dijo Lara.

—Nos lo llevaremos al furgón, fardo a fardo. Dos cada uno. Vamos —dijo Álvaro. Agarró dos y salió de la habitación. El resto obedeció y le imitó.

Salieron al vestíbulo y recorrieron el pasillo, de vuelta al recibidor donde descansaban las columnas. En la entrada del edificio había media docena de hombres. Álvaro hizo una señal, soltaron los fardos y tomaron los fusiles que colgaban sobre el pecho.

—¡Policía, policía nacional! ¡Alto!

—¡Que nadie se mueva! —dijo Rodrigo.

Álvaro, Rodrigo, Ignacio y Lara se dispersaron y tomaron posiciones. Los hombres levantaron los brazos y permanecieron quietos.

—¿Qué es lo que sucede, agente? —preguntó un hombre moreno y de pelo corto.

—¿Sería tan amable de identificarse? —preguntó otro hombre, uno grueso y de barba.

—¡Callaos, callaos la puta boca! —gritó Rodrigo.

—¡Al suelo, joder! —ordenó Álvaro—. ¡Y con las manos donde pueda verlas!

—Tendrán una orden, ¿verdad? —preguntó un hombre de pelo rubio y que vestía una chaqueta de cuero.

—Es él —dijo Lara.

—¿Quién es él? —preguntó Álvaro sin bajar el fusil.

—Richi, el que se llevó el alijo.

—Espera un momento —dijo el hombre moreno y de pelo corto mientras miraba a Lara extrañado—. ¿Desde cuándo el sueldo de un madero da para comprarse un Rolex?

—Ese tío no es un madero —dijo Richi, para inmediatamente desenfundar una pistola y descerrajarle dos tiros a Lara. Sus hombres le imitaron y las balas comenzaron a silbar.

—¡Mierda! —exclamó Álvaro mientras buscaba refugio tras una columna. Rodrigo e Ignacio le imitaron, y cuando estuvieron a cubierto

dispararon sin mirar desde su posición.

—¡Menudo gilipollas es tu amigo! —le espetó Rodrigo a Álvaro. Se asomó un segundo y de dos certeros tiros acabó con uno de los hombres de Richi—. ¡Mira que no quitarse el puto reloj!

Un hombre de pelo cano se agazapó tras un barril y disparó con su revólver. Las balas se incrustaron contra la columna donde estaba Ignacio.

—¡Menudo gilipollas! ¿Acaso cree que las balas de la HK417 no atravesarán el barril? —se preguntó Álvaro. Se asomó por la izquierda y disparó una ráfaga al barril. El hombre cayó al suelo agarrándose las tripas.

Richi, oculto tras una columna, se volvió hacia uno de sus hombres y preguntó.

—¿Cuanto falta para que lleguen los nuestros, Chiti?

—¡Ya casi están!

—¡Tenemos que salir de aquí! —gritó Ignacio a Álvaro.

—¿Qué sugieres? ¿Que nos retiremos mientras nos acribillan por la espalda? —preguntó Rodrigo. Una ráfaga impactó contra su columna.

—No, no digo eso. Lo que quiero decir es... —una bala atravesó el cuello de Ignacio, por el hueco que no estaba protegido bajo el visor, y cayó pesadamente al suelo. Se llevó las manos al cuello, en un intento desesperado por taponarse la herida.

—¡Menudos paquetes están hechos tus colegas! —se quejó Rodrigo. Disparó una ráfaga y el hombre grueso y de barba cayó abatido.

—¡Esto se está poniendo complicado! ¡Cómo no salgamos de aquí deprisa se nos van a echar encima! —dijo Álvaro.

—¿Alguna idea? —preguntó Rodrigo

—¿Ideas? Eh... —Se palpó el cinturón buscando un cargador y tocó un objeto pequeño con forma de cilindro. Al bajar la vista, vio que llevaba una granada aturdidora. <<Se me había olvidado que la llevaba>> pensó—. ¡Rodrigo, tapate los ojos!

Rodrigo vio la granada que Álvaro tenía en la mano y preguntó.

—¿Qué vas a hacer? ¿No irás a tirarla aquí dentro?

—A la de tres. Una...

—¡No, no, no!

—¡Y tres!

Álvaro, quitó la anilla, se asomó por la derecha de la columna e hizo rodar la granada por el suelo. Antes de que alcanzara el barril, una explosión cegadora iluminó el recibidor. Rodrigo y Álvaro salieron de sus coberturas, caminaron hacia los hombres de Richi y dispararon sobre ellos sin darles tiempo a que se recuperan del efecto de la granada. Richi, que estaba cerca de la puerta de entrada, retrocedió con torpeza y salió a la plaza.

—¡Mierda! ¡Joder! ¡No veo nada!

—¡Señor! ¡Soy Ramón, recibimos la llamada de Chiti de...!

—¡Unos tíos disfrazados de maderos han venido a por la droga! ¡Están dentro y...!

Un disparo alcanzó a Richi y este cayó al suelo. Rodrigo y Álvaro salieron por la puerta del edificio y dispararon sobre los refuerzos de Richi. Un hombre bajo y calvo, agazapado tras un contenedor, se asomó y disparó con su escopeta sobre Rodrigo. Las balas impactaron por debajo del chaleco de Kevlar y el bajo vientre se tiñó de sangre. Álvaro se volvió y liquidó al hombre de la escopeta. Luego corrió y se cubrió con el furgón. Media docena de balas impactaron contra los cristales blindados de la luna delantera. Álvaro rodeó el furgón, salió por la parte trasera y vació el cargador sobre el trío de hombres que habían disparado contra el vehículo. Álvaro se dio la vuelta y vio que ya no había nadie más. Todos yacían en el suelo, tendidos y muertos. Pero la sorpresa llegó cuando se dio cuenta que el cuerpo de Richi había desaparecido. Vio un rastro de sangre que se alejaba y que se dirigía hacia el final de la calle.

—Como duele... me cago... —Rodrigo, que yacía sobre un charco de sangre, se quejó amargamente.

Álvaro se acercó y se arrodilló junto a su compañero.

—Ey, ey, ey, tranquilo, aquí estoy —dijo Álvaro.

—Ya te veo, ya.

—¿Crees que podrás aguantar unos minutos?

—Sí, eso creo. Ve a por ese cabronazo.

Álvaro asintió y se levantó. Se quitó el chaleco de Kevlar, el visor protector y el pasamontañas, y corrió tras la pista carmesí.

—¡Joder! ¡Menudo pifostio se ha montado!

Al llegar al final de la calle, vio que la mancha de sangre se había convertido en un reguero. Giró a la izquierda y continuó la búsqueda.

—¿Quieres que le ponga salsa picante? —preguntó el dueño del establecimiento de Kebabs a un joven de mirada distraída—. ¿O solo la de yogur?

—¿Pica... mucho? —preguntó el cliente indeciso.

—Ni mucho ni poco. Simplemente pica.

El joven meditó por un momento la respuesta.

—Vale, échale.

Un hombre ensangrentado irrumpió en el local.

—¡Un loco, vestido de policía, me está persiguiendo y quiere matarme! —apartó al joven de un empujón y se acercó al mostrador—. ¡Necesito ocultarme!

—¡Oiga, oiga, estaba primero! —dijo el joven.

—¿Que un policía quiere qué? —preguntó el dueño del kebab, todavía con el pan durum en una mano y la salsa picante en la otra—. ¿Pero qué mierda me está contando?

—¡Apártese joder! —el hombre saltó el mostrador y llenó todo el cristal de sangre. En el momento en que se abalanzó sobre el dueño del kebab una bala le reventó la cabeza. La sangre pintó las paredes de rojo y los restos de cerebro cayeron sobre al pan durum que tenía el hombre en la mano cual guarnición exótica. En la puerta vieron a un hombre uniformado con la ropa de la policía de intervención y guardando una pistola en la cartuchera.

—Joder —sentenció el joven asombrado e incapaz de cerrar la boca. Miró el pan en las manos del dueño del local y dijo—. Ni de broma

me como yo eso.

—¿Qui-qui-quién es usted? —preguntó el dueño del kebab.

—Eh... Policía nacional... equipo de intervención. Todo está bajo control. Aguarden aquí hasta que lleguen mis compañeros. ¿Entendido?

El hombre y el joven asintieron en silencio y el hombre uniformado de policía salió a la calle.

Álvaro regresó hasta la plaza donde estaba el furgón, y al acercarse al cuerpo de Rodrigo, vio que tenía los ojos cerrados. Le tomó el pulso, colocando el índice y el corazón sobre el cuello. No sintió nada.

—Nuestra deuda queda saldada. Perdona por haberte metido en esta mierda —se volvió hacia la puerta del edificio y miró al interior. Los cuerpos de Lara e Ignacio, acompañados de varios de los hombres de Richi, seguían tendidos en el suelo—. No hay tiempo que perder.

Capítulo 9

La paella que había en medio de la mesa estaba prácticamente vacía. Una zona socarrada, unos pocos huesos de conejo y algunas batxoquetas era lo único que quedaba. Héctor, Chema y Jaume habían dado buena cuenta de ello. No Lydía o Carmelo, que prefirieron pedir atún y solomillo.

—No os quejaréis, no. ¡Siempre llevándoos a los mejores sitios!
—fanfarroneó Héctor.

—Un poco insípida... —se quejó Chema.

—Ya empezamos —se lamentó Jaume.

—... y también un poco pasada la cocción —continuó Chema.

—¿No conoces el dicho, a caballo regalado no le mires el diente?
—le preguntó Héctor a Chema—. ¡La próxima vez invitas tú!

Jaume se volvió hacia Lydia y contempló el plato a medio acabar.

—¿No te comes el pescado, guapa?

—No tengo mucha hambre esta noche —contestó Lydia. Sacó un paquete de tabaco y se encendió un cigarrillo. Tras la primera calada, dejó caer la ceniza sobre su plato.

—¡Esta chiquilla! ¡Siempre enfurruñada! —dijo Héctor.

—¿Disculpa?

—¡Ay! ¡La misma pelea de siempre! —replicó Héctor—. ¡Tú ya sabes lo que hay! ¡No soy hombre de atarme a una sola mujer y lo sabes!

—No, lo que eres es un gilipollas.

—¡Ja, ja, ja! ¡Joder con la moza! —dijo Chema entre risas.

—Si acabaste conmigo es porque no me até a mi ex-mujer
—explico Héctor—. Así que no te quejes.

Lydia negó con la cabeza y dio otra calada al cigarrillo, mientras contemplaba la playa nocturna a través del ventanal. Un camarero entró en la sala, se acercó a Carmelo y le susurró un mensaje al oído.

—Don Héctor, Álvaro está aquí —dijo Carmelo.

—Veamos que nos cuenta del asunto de Richi —Héctor se levantó de la mesa, seguido de Carmelo y salieron de la sala. Al llegar al vestíbulo del restaurante, decorado con líneas rectas y sin apenas mobiliario, un camarero les señaló la puerta.

—En la parte trasera, donde los contenedores.

Héctor y Carmelo salieron al exterior y siguieron las indicaciones. Junto a un par de contenedores, frente a una palmera partida, esperaba un viejo y oxidado Ford Orion. Y apoyado contra el maletero estaba Álvaro, esperando.

—¿Qué tal?

—¿Qué hay del asunto de Richi? —preguntó Héctor—. ¿Habéis encontrado mi droga?

Álvaro se incorporó y abrió el maletero. Héctor y Carmelo se acercaron y echaron un vistazo a su interior. Los fardos blancos se amontonaban unos encima de otros.

—¿Está todo? —preguntó Carmelo.

—No todo. —respondió Álvaro—. Pero el resto lo tengo en un lugar seguro. En cuanto descargue esto donde me digáis, iré a por el resto.

—¿Donde están Ignacio y Lara? —preguntó Carmelo.

—Muertos.

—¿Y Richi? —preguntó Héctor.

—Muerto también. Un amigo de la policía me sopló que lo tenía escondido en uno de los edificios abandonados del barrio del Carme.

—¿Un amigo de la policía? —preguntó Carmelo—. ¿Qué te pidió a cambio de esa información?

—Una decima parte del alijo. Pero no te preocupes, murió también cuando nos estábamos llevando la mercancía.

—Siento oír eso —dijo Héctor.

—¿Entonces, que?

—¿Entonces, qué, de qué? —preguntó Carmelo.

—Como veis, me he currado este encargo —dijo Álvaro orgulloso—. Merezco cargos de mayor responsabilidad, nada de estas mierdas de tres al cuarto.

—¿Cargos de mayor responsabilidad? —preguntó Héctor.

—Sí. Y dirigir a mis propios hombres.

Héctor miró a Carmelo y este le devolvió la mirada. Se encogió de hombros y asintió.

—La verdad es que sí te has portado, chico. Vamos para adentro —dijo Héctor. Le pasó el brazo sobre los hombros y, seguido por Carmelo, entraron en el restaurante. Dentro, pasaron por el vestíbulo y Álvaro vio a Lydia, sola, tomando una copa en el bar que había en la terraza. Llegaron a la sala privada y allí saludó a los comensales.

—¿Qué tal, chaval? —saludó Chema.

—¡Buenas! —dijo Jaume.

Héctor tomó una copa de vino y se la pasó a Álvaro. Agarró otra de la mesa y la alzó en el aire. Chema y Jaume le imitaron.

—¡Quiero hacer un brindis por Álvaro, un pedazo de tío, que ha sabido demostrar que tiene los huevos muy bien puestos! —anunció Héctor satisfecho—. ¡Por Álvaro!

—¡Por Álvaro! —brindaron Chema, Jaume y Carmelo.

—¡Bueno, ahora toca celebrarlo! —anunció Héctor—. ¡De putetes! ¡Vámonos al Cleopatra!

—¡Joder, macho! —dijo Jaume—. ¡Estás que tiras la casa por la ventana!

—¡Chico, no te prives de nada esta noche! —dijo Héctor a Álvaro—. Yo invito. Te lo mereces.

—¿Y qué pasa con la droga? —preguntó Álvaro.

—Déjame el coche —dijo Carmelo—. Lo llevaré a un lugar seguro.

—¿Y el resto que queda en el edificio del Carme?

—¿Recuerdas cómo se llama la calle?

—Eh... no.

—Bueno, esto es lo que haremos —dijo Héctor—. Carmelo te enviará la dirección por whatsapp donde tienes que descargarla. Cuando te hayas ocupado de la mercancía del coche y del edificio, acude al Cleopatra. ¿Sabes dónde está, no? Da igual, Carmelo también te mandará la dirección. No te preocupes si tardas. Nos pasaremos allí toda la noche.

—Entendido.

—¡No perdamos más tiempo! ¡Vámonos! —ordenó Héctor.

—¿Qué pasa con Lydia? —preguntó Carmelo.

—¡Ya se encargará el restaurante de pedirle un taxi! Tú te tienes que hacer cargo de llevarnos al Cleopatra. ¡Anem!

Héctor y su séquito salieron del restaurante, se subieron a un mercedes negro y desaparecieron por la carretera de la playa. Álvaro, antes de marcharse, se acercó a la puerta de la terraza. Al fondo, apoyada sobre una barandilla que daba a la playa, estaba Lydia. Álvaro se acercó, sacó un cigarrillo del paquete del bolsillo y se lo tendió.

—¿Qué haces aquí, que no te vas con ellos a celebrarlo? —preguntó Lydia después de aceptar el cigarro y encenderlo con la vela de una mesa que tenía a su espalda.

—¿Cómo te has enterado que van a celebrarlo?

—¡Se ha enterado todo el local!

—Todavía tengo trabajo que hacer —dijo Álvaro.

—Estás hecho todo un currante.

—Desgraciadamente para mí, sí —asintió Álvaro. Se apoyó en la barandilla, junto a Lydia, y se encendió un cigarro. Alzó la vista hacia el cielo estrellado y vio la luna, reflejándose en el mar oscuro—. Una noche preciosa.

—Sí, sí que lo es.

—Todavía sigo sin entender cómo es posible que se vaya por ahí y te deje sola. No entiendo cómo no te valora.

—Porque sabe que no me iré. Que me tiene loquita por sus huesos —se burló Lydia.

—¿Loca por los huesos de una persona que no te valora?

—¿Acaso conoces a alguien que si lo haga?

—Quizás —Álvaro dio una calada al cigarro y sin acabarlo, lo lanzó por encima de la barandilla—. Lástima que tenga trabajo que hacer.

Álvaro se apartó de la barandilla, pero Lydia alargó el brazo y le agarró de la pechera. Tiró de él y le dio un beso en los labios. Los pelos de la nuca se le erizaron y el corazón le latió con fuerza.

—Quédate conmigo —Lydia deslizó su mano por el pecho de Álvaro hasta llegar a la entrepierna. La metió por dentro del pantalón y le agarró el pene con fuerza— Solo un poquito.

<<Una mierda un poquito>> pensó Álvaro.

Capítulo 10

El ambiente en la zona de Cánovas estaba animado. Y en Freedom Night, uno de los locales de copas más concurridos de la zona, la gente con ganas de marcha se arremolinaba frente a las puertas, esperando su turno para entrar. Mientras tanto, charlaban, bebían, flirteaban y reían. Y vigilando todo, asegurando que todo estuviera en orden, dos encargados de seguridad custodiaban la puerta.

—¿Sabes si hay hueco dentro? —preguntó el seguridad, un hombre grueso y de pelo rapado, a su compañero.

—No, me han dicho que el aforo está completo, Ramón —respondió el otro, fuerte y de pelo engominado para atrás.

—Esta noche el local va a hacer una buena caja, Felipe.

—¡Buena no, de puta madre!

La puerta se abrió, y otro seguridad salió. Vestía un jersey de cuello alto y tenía barba ensortijada.

—¿Cómo va por aquí fuera?

—Bien, todo tranquilo —respondió Felipe.

—Dos tipos, uno español y otro de Europa de este, totalmente pedos, intentaron entrar —dijo Ramón.

—Los sacamos de la cola y les dijimos que se fueran —añadió Felipe.

—¿Se pusieron violentos?

—No después de el bofetón que les di a cada uno —dijo Ramón.

—Bien. Hoy no quiero líos. Álvaro va a venir a revisar como va todo.

—¿Álvaro? —preguntó Felipe nervioso—. ¿El chico de don Héctor?

—Sí. Una visita rutinaria.

Un Audi cruzó la calle que había frente al Freedom Night y aparcó en la placeta que había frente al local. Al abrirse la puerta, un hombre vestido con traje a medida, zapatos relucientes y con un Rolex de oro,

bajó del vehículo. Caminó seguro hacía el local y saludó con la mano.

—¿Qué hay, David?

—¡Álvaro, muy buenas! —saludó el hombre de barba ensortijada.

—¿Qué tal la noche? —preguntó Álvaro a los seguridades mientras se encendía un cigarrillo y le daba una calada.

—Todo tranquilo, jefe —dijo Felipe.

—Sí, tranquilo. Solo dos chalados, que intentaron pasar dentro —dijo Ramón.

—¿Lo solucionasteis? —preguntó Álvaro.

—Sí, no hubo problemas —respondió Felipe.

—Fenomenal. David, vamos para adentro, a ver cómo está el local esta noche.

—Claro, vamos.

David entró en el local y Álvaro fue tras él. En el interior del Freedom Night la gente bailaba animadamente en la pista, frente al dj, que los jaleaba por el micro. En la barra, los cliente se apiñaban y pedían caras bebidas a los camareros que veían libres. Y en las escaleras, vieron a gente subir al segundo piso, donde la sesión que pinchaba el segundo dj, tras una mampara de cristal, era más relajada que en la pista principal.

—¿Y bien? —preguntó Álvaro—. ¿Cómo va la noche?

—Pues como todos los fines de semana, francamente bien. Siempre hay gente que se queda fuera por falta de aforo. Y no es porque el local sea pequeño, como estás viendo.

—Ya veo, ya.

—¡Cuando algo se pone de moda es lo que tiene!

Se acercaron a la barra y se hicieron un hueco entre los clientes. David llamó la atención de una camarera y dijo

—Luci, un Gintonic y un... ¿Qué te pido?

—Para mí nada —dijo Álvaro—. Me tengo que ir enseguida para el

Green Hall y el Shangri-La para controlar como van.

—¿Seguro que no quieres nada, Álvaro? —preguntó la camarera.

—No, nada.

—Oye, viendo que esto va como un tiro, estaba pensando pedir que viniera un dj, de aquí a dos semanas —dijo David.

—¿Y me tienes que pedir permiso a mí? —preguntó Álvaro.

—Verás, este dj se sale un poco del presupuesto. Me gustaría que hablaras con don Héctor por mí, para que aumentase un poco la partida destinada a los djs del local.

—¿Pero a quién vas a traer? ¿A David Guetta? ¿Steve Aoki? ¿A los Chemical Brothers?

<<Zzzzuuummm, Zzzzuuummm>>

Álvaro se llevó la mano al bolsillo y sacó el móvil.

—Perdona, un mensaje —Álvaro miró el móvil y pulsó el mensaje de whatsapp. Era de Carmelo. <<Acude al Shangri-La. Tenemos trabajo>>. Álvaro guardó el móvil y dijo—. Mira, deja que me lo piense y se lo comento, ¿vale? Ahora tengo que irme.

—Vale, de acuerdo. Pero acuérdate, ¿eh?

—No prometo nada.

Álvaro se abrió paso entre los clientes del Freedom Night y salió a la calle. Cuando entró en el Audi, el móvil vibró de nuevo. Tenía dos mensajes. <<Hijo, ¿qué tal vas esta noche? Espero que no tengas mucha faena. También recordarte lo orgullosa que estoy con el cambio que has dado con tu vida. Eso sí, procura no cagarla. No vas a tener una segunda oportunidad>>, escribió su madre en el primero de ellos.

—Tranquila, madre. Procuraré no cagarla —se dijo Álvaro mientras escribía el mensaje.

El segundo mensaje era de Susana. <<i>Álvaro, haber si te pasas por el Standbye, que hace tiempo que no sabemos nada de ti! En cuanto uno comienza a hacer billets se olvida de todo lo demás. ¡Ja, ja, ja! Te echamos de menos. Te echo de menos!>>

—La tengo loquita por mis huesos —presumió Álvaro. <<Yo también os echo de menos. En cuanto tenga un rato libre, me paso>> le

escribió.

Tras guardarse el móvil, Álvaro encendió el motor y pisó el acelerador. El coche se incorporó a la avenida que separaba la plaza de Cánovas y cruzó al otro lado del cauce del Turia por el puente de Aragón. Poco antes de llegar al campo del Mestalla, conduciendo por la avenida de Aragón, el teléfono sonó. Apretó un botón de debajo del volante y la llamada sonó por los altavoces del coche.

—¡Álvaro, pásate a por mí! —dijo Juan.

—Lo siento, ahora no puedo. Carmelo me ha mandado un mensaje. Tengo que ir al Shangri-La —respondió Álvaro.

—Carmelo también me lo ha mandado. ¡Anda! Recógeme que te viene de paso.

—De acuerdo. Aparcaré frente al Green Hall.

—Allí estaré.

Álvaro colgó la llamada y pisó el acelerador. Al llegar al final de la avenida, tomó la rotonda y giró a la derecha, accediendo a Blasco Ibáñez. Por la ventana del copiloto se veía un local con una grandes letras de neón que anunciaban el Green Hall. En las puertas del local, con decenas de clientes esperando a entrar, estaba Juan. Álvaro aparcó enfrente y le hizo una señal. Juan corrió hacia el coche y subió. Álvaro puso primera y continuó por Blasco Ibáñez.

—Yeeh, ¿cómo va? —preguntó Juan.

—Bien, bien, una noche tranquila. ¿El local bien? ¿Algún novedad?

—Naaa. Aquí todo está muy tranquilo. Los universitarios de la zona son unos corderitos.

Juan sacó una bolsita del bolsillo de la chaqueta y esparció un polvo blanco sobre el dorso de su mano.

—¡Ja, ja, ja! —rio Álvaro—. ¡Mira este! ¡El que decía que era sano!

—¡Vete a cagar! —Juan se inclinó sobre su mano y esnifó la raya de coca.

—Píntame una —Álvaro le tendió su mano derecha y Juan le preparó una raya sobre esta. Álvaro, sin mirar, se llevó la mano a la nariz

y esnifó. Los ojos le ardieron intensamente y una lagrima le cayó por la mejilla—. Entonces, ¿a ti también te han mandado un mensaje?

—Sí, un mensaje. De Carmelo. <<Acude al Shangri-La. Tenemos trabajo>>. Nada más.

—Sí, el mismo que me mandó a mí.

—Tiene pinta de ser importante.

El poco tiempo, el Audi llegó a la playa de la Malvarrosa. El coche subió por el paseo, donde los puestecitos de baratijas vendían recuerdos a los turistas que salían a tomar algo. Al llegar a la Patacona, tomaron una rotonda y se dirigieron a un gran edificio de líneas modernas y completamente blanco. Era el Shangri-La, el principal club de Héctor. Las Palmeras se alzaban en el parking principal, y un camino de baldosas amarillas conducían a la entrada del club. Dos enormes focos, que dibujaban el logo del club en las nubes negras que cubrían el cielo nocturno, custodiaban la puerta principal. El Audi paró en un parking reservado y Álvaro y Juan entraron en el club saltándose la cola.

—Don Héctor nos ha dicho que viniéramos. ¿Sabes dónde está?
—preguntó Álvaro a una camarera tras una barra.

—Está reunido. En cuanto termine os aviso.

—Gracias.

—Ponnos dos vodkas con limón de mientras —dijo Juan.

—Marchando —la camarera preparó las bebidas y las dejó sobre la barra.

Álvaro y Juan cogieron los vasos y dieron una vuelta por el local. Los clientes bebía sentados en modernas y cómodas butacas en los laterales de la sala central o sentados en torno al estanque artificial. Al fondo, una segunda sala era usada como zona de baile, donde un dj, subido a una plataforma elevada, caldeaba el ambiente. Al pasar junto a una terraza lateral, Juan reconoció una cara familiar.

—¡Ostras!

—¿Qué pasa?

—Me parece haber visto a Lolo —dijo Juan—. Voy a ver si es él y saludarlo.

—Confiesa, vas a pillarle un gramo, ¿verdad?

—¿Por qué lo preguntas? ¿Acaso necesitas que te pille a ti?

—Si invitas...

—Y una mierda pa' ti —Juan le dio un trago a su bebida y se alejó—. Ahora nos vemos en la reunión.

—Entendido.

Álvaro caminó hacia la salida que daba a la terraza trasera y salió al exterior. La piscina, que en verano estaba llena, todavía no había sido acondicionada y permanecía cubierta. Se asomó a la barandilla y echó un vistazo a la terraza inferior, la que daba a la playa y que también estaba llena de gente.

—¡Muy buenas, hombretón!

Una suave mano le tocó el culo y le dio un pellizco. Álvaro se volvió y vio a Lydia.

—¿Qué haces? Podrían vernos. Se más discreta, por favor.

—"Podrían vernos, podrían vernos" —se burló Lydia—. ¿Quién osaría hablar mal del jefe de seguridad de don Héctor?

—Los clientes no tienen porqué saber que yo soy el jefe de seguridad o que trabajo para don Héctor. Y ellos podrían hablar con otra gente, y esa gente con otra gente, y bueno... ¿me sigues, no? Al final, acabaría enterándose.

—Vale, vale, ya dejo de manosearte ese culo tan prieto —Lydia se apoyó de espaldas contra la barandilla y preguntó—. ¿Vendrás a verme luego? ¿Después de la reunión?

—Puede que sí, puede que no. Ya veremos.

—¡No me seas capullo! ¿Vas a venir a verme o no?

—En cuanto sepa algo te mando un whatsapp.

—Como tardes mucho me busco a otro, que lo sepas.

—¡Ja! Esa amenaza no cuela.

—Lo digo muy en serio. Es más, como no vengas luego, no

descarto tirarle los trastos a Carmelo.

—¡Ja, ja, ja! ¡Ni de coña!

<<Zzzzuuummm, Zzzzuuummm>>

Álvaro cogió el móvil de su bolsillo y encendió la pantalla. El mensaje indicaba que la reunión estaba a punto de empezar en la sala del segundo piso.

—Me tengo que ir.

—Avísame cuando termines —dijo Lydia.

—Vale.

Álvaro regresó al interior del Shangri-La y subió al segundo piso por unas amplias escaleras cercanas a una de las barras. Dos guardaespaldas le saludaron y le invitaron a pasar a la sala de reuniones. Amplios ventanales, por los que se veía la playa de de la Patacona, cercaban la sala. Y en medio, una alargada mesa de madera maciza. La puerta del fondo, que comunicaba con una terraza superior, se abrió, y Héctor, Carmelo y un tercer hombre entraron. Álvaro oyó el ruido de la puerta que tenía a su espalda abrirse y, al volverse, vio a Juan entrar.

—Buenas —saludó Carmelo.

—¡Chavales! ¿Cómo ha ido la noche? —preguntó Héctor animado, mientras tomaba asiento junto a Carmelo y el hombre que les seguía.

—Bien, bien, todo en orden por el Freedom Night —dijo Álvaro.

—El Green Hall bien. La zona de Blasco Ibáñez siempre está concurrida —dijo Juan.

—¿Ves? —le preguntó Héctor a Carmelo—. ¡Te dije que estos tipos saben lo que se hacen!

—¡Cierto, don Héctor! —asintió Carmelo.

—Antes de que se me olvide, David quiere que le aumentes el presupuesto para contratar djs —dijo Álvaro—. Quiere contratar a no-sé-quié...

—Sí, sí, sí, lo que sea. Le daremos ese aumento —dijo Héctor con prisa.

—Bien, bien.

—Antes de explicaros porqué os he hecho llamar, presentaros a mi buen amigo, Lorenzo D´Angelo —dijo Héctor. D´Angelo, un hombre mayor, de pelo canoso y gafas de montura metalizada, vestía con un traje a rayas y hecho a medida.

<<Esa jeta me suena>> pensó Álvaro.

—Yo soy Juan.

—Y yo Álvaro.

—Sí, te recuerdo —dijo D´Angelo—. Nos vimos en el Imperial, en la torre de Francia. O por lo menos, yo recuerdo haberte visto.

—Cierto, es verdad, sí.

—Tomad asiento —dijo Carmelo.

Álvaro y Juan se acercaron a la mesa y se sentaron. Carmelo cogió un mando que había sobre la mesa y pulsó un botón. La intensidad de la luz de la sala disminuyó y un panel blanco apareció en una pared. El proyector que colgaba del techó se iluminó y la imagen de un cuadro se dibujó en el panel. Álvaro y Juan contemplaron una pintura que representaba a una multitud en una escalinata, y en medio, un hombre alzando los brazos.

—¡Qué cosa más fea! —dijo Juan.

—¡Mira quién habla! ¡El experto en arte! —se burló Álvaro.

—¡Capullo, no te hagas el listo! ¿Acaso sabes de qué artista es?

—Pues claro que lo sé. Es, es... es de...

—¡Queréis callaros, Cenutrios! —ordenó Héctor

—Es un Sorolla —respondió D´Angelo, tranquilo—. El Grito del Palleter para ser más exactos.

—Casi lo tenía —murmuró Álvaro en voz baja.

—Fue pintado en 1884, para un concurso de la pensión de pintura en Roma —explicó D´Angelo—. El cuadro representa la arenga lanzada por Vicente Domènech, llamado "el Palleter", en los escalones de la Lonja de Valencia a los campesinos que allí comerciaban sus productos. Es una representación de alzamiento rebelde de la ciudad de Valencia contra las

tropas Napoleónicas.

Juan miró a Álvaro confundido y preguntó.

—¿Contra quién?

—¡Contra Napoleón, idiota! —dijo Álvaro—. El franchute bajito que siempre andaba rascándose la barriga.

—¡Ah!

—Por si no lo habéis notado, D´Angelo es un gran aficionado al arte —dijo Héctor.

—Y un gran coleccionista —añadió Carmelo.

—Y le gustaría que nos hiciésemos con dicho cuadro.

—¿Con El Grito del Palleter? —preguntó Juan.

—No exactamente —dijo D´Angelo—. Hace un par de años, el museo de bellas artes de Valencia encontró el boceto original del cuadro. En esencia, muy parecido, sí, pero con pequeñas variaciones que lo hacen único. El caso es que poco después de la restauración del mismo, este desapareció misteriosamente.

—Fue cosa de un político de la diputación —intervino Carmelo—. Un tipo bastante pendenciero y con problemas de ludopatía, hizo sacar el cuadro del laboratorio de restauración y venderlo para pagar sus deudas.

—¿A quién se lo vendió? —preguntó Álvaro.

La imagen del proyector cambió y fue sustituida por la foto de un hombre de aspecto corpulento, con la cabeza afeitada y de mirada fría.

—Yuri Vólkov, el dueño del Rusalka, la discoteca más importante de zona marítima —dijo Carmelo.

—¿El Rusalka es el que está enfrente del Marina Beach Club? —preguntó Juan.

—Sí, exacto. Adquirido recientemente por Yuri.

—¡Whooooo!

—El tipo es uno de esos nuevos ricos rusos, de los que se llenaron la butxaca con el negocio del petróleo en su país y ahora se divierte

montando salas de fiesta para ricachones —explicó Héctor.

—Vamos, como don Héctor —se burló D´Angelo.

—¡Ey! ¡Yo solo soy un pequeño empresario que defiende los intereses de la gente de aquí! —se defendió Héctor mientras sonreía.

—No me cabe la menor duda.

—Vuestro cometido es entrar en la Rusalka, acceder al despacho que tiene allí, encontrar dicho boceto y salir de allí con él —explicó Carmelo—. Pero no será fácil, sus hombres están fuertemente armados y la mayoría de ellos son ex-militares.

—Estamos acostumbrado a los trabajos difíciles —dijo Álvaro.

—D´Angelo quiere el cuadro —dijo Héctor—. Y yo, que soy un gran amigo, voy a hacer que lo tenga.

—¡Que no se te olvide mencionar que te voy a pagar una buena tajada por la operación! —puntualizó D´Angelo.

—Quiero que lo traigáis —Héctor miró a Álvaro y dijo—. Desde que empezaste a trabajar con nosotros no has parado de sorprendernos. Eres un tío listo y capaz. Tienes mi plena confianza para esta tarea.

—Gracias —dijo Álvaro.

—Y tú —Héctor se volvió hacia Juan—, llevas poco con nosotros, pero la recomendación de Álvaro para que trabajaras para nosotros fue acertada.

—Solo quiero dar lo mejor de mí —dijo Juan agradecido.

—De aquí a un par de días, en cuanto Carmelo tenga más detalles sobre el Rusalka, organizaremos el robo. ¿Alguna duda? —preguntó Héctor.

Álvaro y Juan negaron con la cabeza.

—Bien. La reunión ha terminado. Os informaremos pronto.

Capítulo 11

El Rusalka, la macro-discoteca de Yuri Vólkov, presidía la zona turística del puerto de Valencia. El complejo constaba de cuatro edificios independientes, de dos alturas el más bajo, y su diseño era el más moderno de la ciudad. Para poder entrar, la gente hacía largas colas frente a las verjas que separaban el complejo del paseo marítimo. En cambio, los clientes VIP, usaban el amarradero privado para acceder a la discoteca. Y fue desde la otra orilla, en la zona comercial del puerto de Valencia, donde Álvaro y Juan, subidos a una pequeña lancha de color amarillo, contemplaban la discoteca.

—Déjame los primaticos —dijo Juan.

—Un momento —Álvaro ajustó el zoom y la imagen ganó nitidez. Vio modernas lanchas motoras y lujosas embarcaciones atracando en el amarradero privado. Ricos barrigudos, acompañados de chicas jóvenes, entraban a la zona VIP de la macro-discoteca.

—¡Déjamelos!

—¡Calla, coño! —Álvaro se movió hacia un lateral y vio otro amarradero dentro del área del Rusalka. Sin embargo, en esta solo vio un viejo barco de carga y un edificio al final del paseo. Varios camareros y mozos de almacén descansaban distraídos, alrededor de una pálido foco de luz que iluminaba la noche nublada, mientras fumaban relajadamente—. Vale, ya está claro.

—A ver —Juan alargó el brazo y Álvaro le tendió los prismáticos.

—Allí, donde están los currantes fumando —dijo Álvaro. Juan observó con los primaticos el lugar indicado—. Entraremos por ahí.

—Podré dejarte a cincuenta, cuarenta metros de distancia. De lo contrario podrían vernos y sospechar —Juan le devolvió los prismáticos y se metió la mano en el bolsillo. Sacó una pequeña bolsita de plástico, de la que cayeron unos polvos blancos—. ¿Te hace unas clenchas?

—No, está noche no.

<<Zzzzuuummm, Zzzzuuummm>>

Juan cogió su móvil y activó el altavoz.

—¿Estáis ya frente a la discoteca de Yuri? —preguntó Carmelo a

través del altavoz.

—Sí, aquí estamos —dijo Juan.

—Bien, repasemos el plan —dijo Carmelo.

—Ponemos en marcha la lancha y nos acercamos a la otra orilla —dijo Álvaro—. Cuando esté a diez metros me tiro al agua y nado hasta el amarradero del personal de servicio. Espero a que no haya nadie, subo y me meto en el edificio.

—¿Vigilantes? —preguntó Carmelo.

—Eh... currantes, sí. Pero poco más.

—Entendido. Continua.

—Luego, me cambio de ropa y salgo a la explanada que hay en el recinto —dijo Álvaro—. Me meto en el edificio principal, accedo al despacho de Yuri y abro la caja fuerte. Guardo el lienzo en el tubo hermético, salgo del edificio y después de la discoteca.

—Yo, tras dejar a Álvaro, dejo la lancha en el amarre turístico, tomo el Audi, conduzco hasta el Hotel Miramar y espero a que llegue —señaló Juan.

—¿Tienes claro cómo funciona los explosivos? —preguntó Carmelo a Juan por altavoz—. ¿Necesitas que te aclare alguna duda?

Álvaro se inclinó sobre la mochila, cogió el explosivo y lo miró no muy convencido. El dispositivo era una masa plástica de color gris, unido a un circuito informático y con dos placas magnéticas.

—Sí, sí, está claro. El tema del cable, la presión que debo ejercer, introducir la serie... numérica... sí, lo recuerdo.

—Perfecto. Suerte.

Carmelo colgó la llamada y el móvil quedó en silencio.

—Hora de irse —dijo Álvaro.

Juan asintió y encendió el motor. La lancha se abrió paso entre las aguas oscuras del puerto y en poco tiempo llegó frente al Rusalka. Una lancha motora, de alta gama, pasó por su lado y levantó una ola que casi hizo volcar la embarcación.

—Menudo gilipollas —maldijo Juan.

—Capullo —dijo Álvaro. Se incorporó sobre la lancha y estiró las articulaciones. El traje de neopreno le marcaba su oronda barriga—. Vamos al tajo.

—¿Seguro que el traje de neopreno es de tu talla? —preguntó Juan.

—Vete a cagar —Álvaro se colgó la mochila donde tenía la bombona de oxígeno, a la espalda, y después se colocó otra mochila, que estaba sellada y que llevaba la ropa de la discoteca, el móvil, una pistola y el explosivo. Por último, cogió el tubo hermético donde debía guardar el lienzo, y con una anilla se lo enganchó a la cintura.

—Toma, las gafas de bucear —dijo Juan con el brazo extendido y las gafas en la mano.

—Gracias —Álvaro cogió las gafas y se las puso.

—Avísame si algo sale mal.

—Entendido.

Álvaro se acercó al borde de la embarcación, se colocó la boquilla de la bombona de oxígeno en la boca, y de un salto, se sumergió en las aguas del puerto de Valencia. Pulsó un botón que tenía sobre las gafas y unas luces led se encendieron. Álvaro buceó entre bancos de algas y cúmulos de basura procedente de los yates. Al cabo de un rato sumergido, alzó la vista, vio un fulgor fuera del agua y pudo distinguir un embarcadero. Buceó hasta la luz y emergió la cabeza. Le pareció oír voces, por lo que nadó hasta el embarcadero, se agarró a este y esperó.

—Oye Marc, ¿podrías fiarme mil pavos?

—¿Mil pavos?! ¿Estás loco o qué te pasa?

—Hice una apuesta con Vlad, uno de los seguratas y la cagué. ¡Venga tío, fíame!

—Ni de broma, Georgi, ni de broma. ¡No tengo tanto dinero! ¡Soy camarero igual que tú!

—¡Joder, menudo amigo estás hecho!

Álvaro escuchó el sonido de una puerta abrirse al comienzo del

embarcadero.

—¡Vosotros dos! ¿Qué coño estáis haciendo aquí fuera fumando? ¡Esas copas no se van a servir solas! ¡Para dentro, cabrones!

—¡Sí, señor! —dijeron los dos camareros a la vez. A continuación, se oyó un estruendo al cerrarse la puerta.

—Yo voy para dentro, Georgi.

—Entendido. Ahora voy, Marc.

Álvaro escuchó pasos alejarse y la puerta abrirse y cerrarse de nuevo. Se separó del embarcadero, se quitó la boquilla de la bombona de oxígeno de la boca y levantó la vista. Arriba, vio al camarero de espaldas y fumando. Nadó hacía la parte baja del embarcadero y silenciosamente lo escaló asiéndose de los maderos cruzados. Al llegar arriba, pasó rápidamente el brazo derecho por debajo del sobaco del camarero y el izquierdo sobre su pecho, inmovilizándolo por completo.

—¡Vlad, tío, lo siento! ¡No tengo tu dinero, pero juro que estoy en ello! —gritó asustado el camarero.

—¡Calla, capullo!

—¿Es algún tipo de atraco? —preguntó asustado el camarero, todavía sin saber quién era.

—Sí, pero tú no eres el objetivo.

—Ay Dios, ay Dios...

—El despacho de Yuri Vólkov, ¿dónde está?

—¿El despacho de Yuri? Está en el edificio principal. Es el más grande del complejo. Está en la última planta...

—¿Vigilancia?

—Eh... no sé... supongo que habrá guardias y tal...

—¿Cómo que supones?

—¡Nunca he subido!

—Ya... de acuerdo —Álvaro le dio un golpe seco en la nuca con el canto de la mano y el camarero se desplomó sobre el embarcadero. Se fijó en el recuadro pequeño que colgaba de la pechera: era una placa

identificativa. La cogió y se la guardó.

Arrastró el cuerpo y lo ocultó tras unas cajas tapadas por lonas azules. Luego, caminó hacia el edificio que había al comienzo del amarradero, abrió la puerta y, tras comprobar que no había nadie, entró. Vio cajas de alcohol de distintos tipos apiladas unas encima de otras. Vodka, ginebra, ron, whisky... también vio botellas de refrescos para ser usados en los combinados y, pegado a la pared opuesta, cerca de la puerta de salida, dos neveras industriales.

—Será mejor que me cambie.

Álvaro abrió la bolsa que tenía la ropa y la dejó en el suelo. Se quitó el traje de neopreno, se cambió y lo guardó en la bolsa. Escondió la bolsa tras una de las nevera, se guardó la pistola en el bolsillo interno de la chaqueta, el móvil y el explosivo en los pantalones, y se colgó la placa identificativa del camarero en la pechera. Cogió el tubo hermético y salió por la puerta.

<<Zzzzuuummm, Zzzzuuummm>>

Álvaro sacó el móvil y miró la pantalla. Era Juan.

—¿Estás dentro?

—Sí, lo estoy. Bueno, estoy en la zona esta de las terrazas exteriores, pero sí, estoy dentro, de camino a las discotecas —Álvaro caminó junto a una piscina ovalada, donde un grupo de gente charlaba y bebía. Vio uno de los edificios del complejo de discotecas, a su izquierda, con gente saliendo y entrando, y en frente de él, tras dos edificios más, el principal—. Veo el edificio principal.

—¿Es allí donde Yuri tiene el despacho? —preguntó Juan.

—Sí. O por lo menos, eso es lo que me ha dicho uno de los camareros.

—¿Le preguntaste eso a un camarero?

—Sí, pero lo dejé inconsciente. Todo está bajo control. Luego te llamo.

Álvaro colgó el móvil y continuó por las terrazas. A medida que se acercaba al edificio principal, vio más y más guardias que vigilaban y controlaban lo que sucedía en el Rusalka. Todos eran hombres fornidos de mirada torva, ex-militares sospechó Álvaro. Había media docena en el acceso a los embarcaderos vips, un par cerca de una barra donde servían

mojitos, y otra pareja cerca de la mesa de mezcla de un dj.

<<Me pregunto cuántos otros van vestidos de paisano>> pensó Álvaro.

Al llegar al edificio principal, entró por un túnel acristalado. Dentro, las luces fucsias y verdes fosforito serpenteaban por las paredes blancas y las vidrieras de diseño. El dj, desde un palco del segundo piso, jaleaba a los asistentes pinchando música electrónica.

—¡Arriba esas manos, cabrones!

El público, enfervorecido, jaleó al dj y le saludaron con los brazos levantados.

—¡Sí, joder, así me gusta!

Álvaro apartó a un grupo de universitarios y se abrió paso hasta una barra de bar que estaba elevada sobre un peldaño. Desde allí, echó un vistazo sobre el público y localizó unas escaleras que subían. Regresó sobre sus pasos, en dirección a la escalera, y apartó a una pareja de ingleses. A uno de ellos, que llevaba una cerveza en la mano, se le resbaló y acabó con la camisa empapada.

—¡Fucking asshole!

—Perdone.

—¿Per-what?

—Lo siento, no ha sido mi intención. Tengo que irme.

El inglés alargó el brazo y cogió a Álvaro de la pechera. Rápidamente, Álvaro interpuso su brazo y le retorció la mano. El inglés se encogió dolorido y Álvaro le dio un rodillazo en la boca. El hombre cayó al suelo y con la cara llena de sangre. Su compañero se arrodilló y le agarró de la cabeza nervioso.

—¡Dylan! ¡Dylan! ¿Are you ok? ¡Say something!

—Disculpen —Álvaro se dio la vuelta y caminó hacia las escaleras. Con celeridad, subió hasta el tercer piso. Al pisar el último escalón se topó con dos hombre, grandes y fornidos, que vestían trajes negros.

—No se puede subir aquí —dijo uno de pelo rojizo y de ojos grises.

—Tranquilos, trabajo aquí —Álvaro señaló la placa identificativa que colgaba de su pechera—. Soy nuevo, amigo de Marc.

—¿El camarero? —preguntó el otro, de pelo negro y churretosos.

—Sí, exacto. Oíd, una de las camareras de la primera planta me ha dicho que ha visto un par de tipos pegándose ahí abajo. Uno ha quedado noqueado (con la jeta hecha un adefesio) y el otro se ha pirado. Me ha dicho que fuera a buscaros para ver si podías hacer algo.

—¡Estas nenas tiene la cabeza hueca! —dijo el del pelo churretosos—. ¿Qué esperan que hagamos?

—A saber. Vayamos a ver —el hombre de los ojos grises miró a Álvaro y dijo—. Tú quédate y vigila que nadie suba.

—Entendido —asintió Álvaro. Esperó a que los dos vigilantes bajarán un trecho de las escaleras y en estuvieran fuera de su vista. Se dio la vuelta y continuó por el pasillo que tenía enfrente. Al final de este, vio unas puertas con unas iniciales remachadas: Y.V.

<<Este debe ser el despacho de Yuri>> pensó Álvaro.

Al girar la manilla, comprobó que la puerta está abierta. Empujó la puerta, poco a poco, y asomó la cabeza.

—Vacía.

Álvaro entró en el despacho y vio una mesa de diseño frente a un gran ventanal, y tras esta un sillón replegable. En la pared de la derecha había un minibar y un sofá, y en la de la izquierda una librería empotrada y un cuadro.

—Mmm... no me creo que esté detrás de...

Retiró el cuadro del clavo que lo sujetaba y descubrió la caja fuerte.

—Típico.

Dejó el cuadro en el suelo, bajo los estantes de la librería, y sacó el explosivo del bolsillo del pantalón. Lo sostuvo en frente suya y lo contempló indeciso.

<<Vale. La zona de goma se debe pegar en la... la... la caja fuerte ¡Eso! Y a continuación, pinchar el cable amarillo en la base electrónica... espera un momento... ¿Era el amarillo o el verde? ¿Y con el rojo que es lo que tengo que hacer? ¿O quizá sea el rojo el que tengo que

conectar a la placa electrónica y luego programar el contador? ¡No, no, no! Hay que programar la....>>

—¡Joder! ¡Tendría que haberle dicho que me recordara el procedimiento cuando me lo preguntó! —se lamentó.

Caminó de un lado para otro, frente a la caja fuerte, con el explosivo en una mano y el móvil en la otra.

<<Veamos si tengo el número de Carmelo. No, ni de coña. Llamaré a Juan y que me lo diga. Mira que me jode pedir ayuda al estirado de Carmelo. En cuanto se lo cuente pensará que soy gilipollas>> pensó Álvaro mientras revisaba la agenda en su móvil. Cuando encontró el número de Juan, pulsó el botón de llamada y se llevó el auricular a la oreja.

<<El número al que está llamando está apagado o fuera de cobertura>> dijo una voz pregrabada al otro lado de la línea.

—¡JODER! —bramó Álvaro. Desesperado se dejó caer sobre el sofá que había en la pared opuesta y contempló el cuadro que había dejado en el suelo, junto a los estantes de la biblioteca. Los colores pálidos, tirando a grises, dibujaban una escena donde se podía ver un gentío subiendo unas escaleras y un hombre, en el centro de la imagen, portando una bandera.

—¿Pero qué coño?

Álvaro se levantó del sofá y se acercó al cuadro. Lo tomó y miró con más atención.

—¡Pero si es el puñetero cuadro!

Le dio la vuelta, tiró de las abrazaderas que sujetaban la parte posterior del marco y el lienzo quedó libre. Enrolló con cuidado la imagen y la guardó en el tubo hermético. Sin hacer ruido, salió del despacho, caminó por el pasillo y descendió las escaleras. Al llegar al primer piso, se dio cuenta que el aforo no había disminuido, sino al contrario. La multitud entorno al dj había aumentado, lo que le dificultó a Álvaro moverse.

—¡Disculpe! ¡Perdone! ¡Cuidado!

Álvaro no vio venir a un hombre de traje oscuro, un vigilante del Rusalka, y se chocó contra él. Este se agachó y recogió el tubo hermético que se le había caído.

—Perdone, esto es... suyo —el hombre, de rostro moreno y con una cicatriz en la mejilla, se fijó en el tubo entreabierto. Parte del lienzo

asomaba por un extremo. Extrañado, alzó la vista y se fijó en la placa identificativa de Álvaro—. ¡Espera un momento! ¡Tú no eres Georgi!

Álvaro tiró fuertemente del tubo hermético y se lo arrancó de las manos. El hombre de la cicatriz, sorprendido, se llevó la mano al interior de la chaqueta buscando su arma. Álvaro le golpeó con el canto del tubo en la nariz y el hombre perdió el equilibrio y cayó sobre la multitud. Álvaro recogió el tapón, cerró el tubo hermético y se abrió paso a codazos hasta la salida que daba a la terraza.

<<¡Bang, bang, bang, bang!>>

—¡Joder! —Álvaro se lanzó al suelo y se arrastró tras una enorme maceta de mármol. <<¿Esos cabrones me están disparando?>>

La gente, asustada, corrió despavorida.

—¡Ese tío, el que tiene la placa de Georgi! —dijo el hombre de la cicatriz en la mejilla—. ¡Tiene el cuadro del jefe! ¡Ir a por él!

—¡Putá vida! —maldijo Álvaro. Sin asomarse, sacó su pistola y disparó un par de veces. Agarró el móvil, buscó el número de Juan y pulsó el botón de llamar— ¡Juan! ¡Juan!

—¡Juan al aparato!

—¿Todavía estás en la barca?

—Sí, pero estoy a punto de amarrar.

—¡Olvídate! ¡Ven al amarradero del Rusalka, al de los clientes VIPs!

—¿Pero no habíamos quedado que te recogiera con el Audi en el hotel...?

—¡Cambio de planes!

Dos balas impactaron contra la maceta y parte de esta se desprendió.

—¿Qué es ese ruido? ¿Te están disparando?

Álvaro se asomó por un lateral y disparó un par de veces. Un vigilante, calvo y grueso, cayó muerto a una de las piscinas cercanas. Rápidamente, Álvaro se volvió hacia el otro lateral y disparó otro par de veces. Varios vigilantes buscaron refugio tras una barra de bar que había

cerca de unos setos.

—¡Menuda pregunta más idiota! ¡Pues claro! ¿Es que no lo oyes?
—Álvaro salió de detrás de la maceta y corrió por el camino que llevaba a los otros edificios del complejo. Los vigilantes se asomaron y dispararon contra Álvaro. Este saltó sobre una mesa de mezclas de un dj y se cubrió tras un altavoz.

—¡Qué no escape! —gritó uno de los vigilantes.

—¡Juan! —gritó Álvaro al auricular de móvil—. ¿Estás ya en el amarradero?

—¡De camino!

—¡No tardes! —Álvaro se asomó y apuntó hacia uno de los vigilantes. Al apretar el gatillo, descubrió que se había quedado sin balas—. ¡Joder!

Álvaro apretó el botón lateral de la pistola y el cargador cayó. Se llevó la mano al bolsillo, en busca de un cargador, cuando vio a un vigilante aparecer por un lateral de la mesa de mezclas.

—¡Estás muer...!

Álvaro cogió un par de vinilos de la mesa y los lanzó contra el vigilante. Este, confundido, se cubrió el rostro. Álvaro aprovechó y se abalanzó sobre él. Los dos forcejearon y se retorcieron contra el altavoz. Álvaro lo rodeó, lo inmovilizó y apuntó el arma que el vigilante sujetaba contra sus compañeros. Metió el dedo en al guardamonte y apretó el gatillo. Dos vigilantes cayeron al suelo y otro fue herido en el brazo. Álvaro se deshizo del vigilante y le golpeó con le empuñadura en el rostro. El hombre se llevó las manos al rostro cubierto de sangre, mientras gemía dolorido.

—¡Mierda, mi nariz!

Álvaro recargó su arma y de un disparo acabó con el vigilante. Echó un vistazo en dirección al amarradero de la gente VIP y corrió hasta allí. Cruzó por debajo de un arco floreado a la entrada del amarradero, y vio al fondo, lejos del resto de las embarcaciones, una pequeña lancha amarilla.

—¡Aquí! —gritó Juan desde la lancha—. ¡Vamos!

Jadeante, Álvaro llegó a la embarcación y saltó a su interior. Otro grupo de vigilantes apareció por la entrada del amarradero con las armas

en alto y corriendo hacia ellos.

—¡Arranca, coño! —gritó Álvaro.

Juan empujó la palanca del motor y giró el timón. La lancha se puso en marcha y Juan maniobró para salir del amarradero.

Una bala voló cerca de la cabeza de Álvaro y este se cubrió tras un lateral de la lancha.

—¿¡Quieres darte más prisa, joder!?

—¡No me atosigues!

—¡Menuda mierda de lancha!

—¡Es lo mejor que he podido conseguir! ¡Suerte hemos tenido de que mi cuñado me la haya querido prestar!

La lancha tomó velocidad y se alejó del embarcadero. Navegó en paralelo al recinto del Rusalka, en dirección este, hacía la nueva bocana. Pero antes de que pudieran llegar a mar abierto, dos lanchas negras, con potentes focos reflectores, aparecieron ante ellos.

—¡Da la vuelta, da la vuelta! —gritó Álvaro.

Juan giró el timón y la lancha dio una vuelta de ciento ochenta grados. Empujó la palanca y el motor rugió. La lancha pasó de nuevo por los embarcaderos VIP del Rusalka y en pocos segundos los dejó atrás. Cabeceó hacía la derecha y navegó en paralelo a una zona de ocio de la marina.

Álvaro se volvió y vio a las dos lanchas negras acercándose.

—¡Están detrás nuestro!

—¡Esto no tira más! —gritó Juan.

Restos de una boya, apenas visible, aparecieron a pocos metros frente a la lancha. Juan dio un giro brusco al timón y la lancha viró hacia la izquierda.

—¿¡Qué coño te pasa!?

—preguntó Álvaro alterado.

—¡Restos de una boya! ¡Casi nos lo comemos!

Al llegar a las naves antiguas, junto a la estación marítima, Juan dio un vuelco al timón y la lancha zozobró. Al virar hacia la izquierda,

chocaron contra una de las lanchas negras que les perseguían. Uno de los seguridades apuntó su arma contra Álvaro y este se cubrió tras su asiento.

—¿Pero qué coño haces que no disparas?! —preguntó Juan.

—iSe me ha caído el arma!

—iJoder! —Juan giró el timón y embistió lateralmente la lancha negra. El impacto apenas le hizo virar el rumbo.

—iVale, la tengo! —anunció Álvaro al recuperar su arma. Raudamente se incorporó y disparó tres tiros hacia la lancha negra. Dos impactaron contra la cubierta. La otra alcanzó al seguridad que cayó al agua.

—iBuen tiro! —dijo Juan eufórico. Al volver la vista al frente, se toparon con un enorme yate que apareció de repente—. ¡Me cago en...!

—¡GIRA, GIRA, GIRA!!

Juan rotó el timón hacia la derecha todo lo rápido que pudo, llegando a hacer chirriar la aleta por el esfuerzo. La lancha esquivó el enorme yate por los pelos, pero no pudo hacer nada cuando se topó de frente con una rampa de plástico que emergía de las aguas del puerto.

—iAgárrate! —alertó Juan.

La lancha ascendió por la rampa y aterrizó sobre un puestecito de cachimbas del paseo marítimo. El dueño de negocio, un hombre de tez pálida, pecoso y delgaducho, contempló estupefacto la lancha que había destruido su negocio.

—Pero, pero...

Álvaro asomó la cabeza por encima de la cubierta de la lancha y miró hacia el paseo.

—Eh... menudo viaje —se volvió hacia Juan y preguntó—. ¿Estás bien?

—Sí, sí... un poco mareado pero bien. Me cago en la puta, macho. Menuda liada con la lancha. Mi cuñado se va a poner...

—iOlvídate de tu cuñado!

Álvaro recogió el tubo hermético y los dos bajaron de la lancha. Escucharon el sonido del motor de una embarcación a sus espaldas. La

lancha negra se acercó lentamente al paseo marítimo.

—¿Es que esos cabrones no se cansan nunca? —se preguntó Juan

—¿Tienes tu pistola? —preguntó Álvaro.

Dos potentes focos halógenos iluminaron la lancha negra.

—¡AQUÍ LA GUARDIA CIVIL! ¡DETENGAN EL MOTOR! —dijo un altavoz desde una gran lancha azulada frente al paseo marítimo.

—¡De puta madre! —dijo Álvaro eufórico—. ¡Han llegado en el momento justo.

La lancha negra se separó del paseo marítimo y se alejó a gran velocidad. La lancha de la guardia civil encendió los motores y fue tras ella.

El dueño del puesto de cachimbas se acercó a Juan y Álvaro y dijo.

—¡Mi puesto! ¿Qué han hecho?

—Lo siento macho, no fue nuestra intención jorobarte el chiringuito —se excusó Álvaro.

—¡Fue un desafortunado accidente! —dijo Juan.

—¿Un desafortunado accidente?! —preguntó enojado el dueño del puesto.

—Exacto, una accidente. Mira, ahora vamos un poco apurados y no te lo podemos pagar, así que... —Juan se llevó las manos al bolsillo y se percató de la bolsita de coca. Se la lanzó al dueño del puesto y dijo—. Toma. Un pollo de coca. Es lo único con lo que te podemos compensar.

El hombre miró la bolsita de plástico desconcertado.

—No te la fundas de una tirada —le dijo Álvaro al dueño del puesto. Miró a Juan y dijo—. ¡Venga, salgamos de aquí!

Capítulo 12

No sabía cuántos Gintonic, vodkas con limón, tercios y rayas de coca se había metido. Lo único que Álvaro sabía seguro, era que la fiesta no había hecho nada más que empezar.

—¡BEBE! ¡BEBE! ¡BEBE!

Álvaro agarró el chupito de Jaggermeister, se lo llevó a los labios y lo bebió de una sentada. Volteó el chupito, lo dejó sobre la mesa y levantó los brazos.

—¡Sí, joder, sí! —gritó Álvaro eufórico.

Juan, que estaba a su izquierda, le agarró la mano y proclamó.

—¡Saludar, al par de cabrones que robaron el Grito del Palleter!

Los presentes en la fiesta, gritaron y jalearon. Todos, amigos íntimos y subordinados de Héctor, aplaudieron a la pareja de moda.

—¡Visca els meus xiquets! —dijo Héctor desde el otro lado de la mesa y con una copa de vino en la mano—. ¡Ja estan fets tots uns homenassos!

—¡Ja, ja, ja! —rieron los amigos de Héctor.

<<¡Toc-Toc>>

Alguien llamó a las grandes puertas de la sala VIP del Imperial. Un hombre trajeado y de mirada acuosa, se acercó a las puertas y abrió una de ellas.

—¿Es aquí donde hay que servir las bandejas de ostras, los entrecots y los lechales? —preguntó un camarero.

—¡Sí, sí! ¡Aquí mismo, chaval! ¡Pasa! —el hombre trajeado abrió la otra puerta y varios camareros entraron cargando la comanda. Se acercaron a la larga mesa y dejaron los platos.

Chema, que estaba sentado al lado de Héctor, cogió una ostra y la levantó en alto.

—¡Mirar! ¡Como esta ostra es la que nos vamos a comer esta noche en el puti Cleopatra!

—¡Como esa o más grande! ¡Ja, ja, ja! —dijo un hombre barrigudo y de barba.

—¡I després, a empotrar tota la nit! —añadió Chema.

—¡Chema, tómatelo con calma que ya tienes una edad! —dijo riéndose un chico moreno.

Chema se levantó, se llevó las manos a los huevos y tiró de ellos.

—¡Mira por donde me paso la edad!

—¡Si Chema quiere descargar esta noche, que descargue, que pago yo! —dijo Héctor—. ¡A él y a todos los presentes!

—¡Así se habla! —dijo Chema. Alzó una copa y todos le siguieron en el brindis.

Juan, se inclinó sobre Álvaro y preguntó.

—Voy un momento al baño. ¿Te vienes?

—Sí, te acompaño.

Los dos se levantaron de la mesa, salieron de la sala VIP y entraron en el cuarto de baño que había al fondo de la zona común. Juan se dirigió a un urinario y echó una meada. Mientras tanto, Álvaro se lavó la cara en el lavabo.

—¡Menuda fiesta ha montado don Héctor! —dijo Álvaro.

—Sí, están flipando con el éxito que hemos tenido —dijo Juan—. Por cierto, menudo personaje está hecho ese Chema.

—No me lo imagino esta noche tirándose a una de las putas del Cleopatra. ¡Puagh! ¡Qué visión tan horrible!

<<Zzzzuuummm, Zzzzuuummm>>

Álvaro sacó su móvil del bolsillo y encendió la pantalla. Tenía un mensaje de Lydia.

<<¡Enhorabuena por la misión! ¡Es imaginarte repartiendo estopa y escapando del Rusalka y me pongo cachonda! ¡Llámame cuando tengas un momento! ¡Muac!>>

—Menuda perra —murmuró Álvaro.

—¿Cómo dices? —preguntó Juan.

—¿Qué si vas a sacar ya la coca o qué?!

—¡No seas impaciente! —Juan terminó de espolsarse y, sin lavarse las manos en el lavabo, metió una de ellas en el bolsillo del pantalón, en busca de la bolsita donde guardaba la coca—. Mierda.

—¿Qué pasa?

Juan sacó la bolsita de plástico, completamente arrugada, aplastada y vacía.

—Me da a mí que ya no queda.

—¡Menudo Gilipollas estás hecho, macho!

La puerta del baño se abrió y dos figuras aparecieron bajo el dintel. Eran Ramón y Felipe.

—Ey, veníamos a invitaros a unas rayitas —dijo Ramón.

—¡Para celebrar vuestro trabajito! —explicó Felipe.

—¡De puta madre! —dijo Álvaro—. ¡El muy subnormal de Juan querían invitarme pero se ha pulido toda la bolsa!

—¡No perdonas ni una! —dijo Juan irónico.

Ramón sacó una bolsita de su chaqueta y preparó dos rayas sobre el mueble del lavabo. Álvaro sacó un billete de cien, lo enrolló, se lo llevó a la nariz y se agachó sobre una de las rayas. El polvo blanco desapareció en un visto y no visto. Miró al techo y se masajéó la nariz con la mano derecha.

—¡Tú turno! —Álvaro le tendió el canuto de cien euros y Juan se lo llevó a la nariz. Tras esnifar su raya, imitó a Álvaro y se masajéó a la nariz.

—¡Menudo follón armasteis en el puerto! —dijo Felipe.

—¡Si, tío! ¡Un tiroteo en la discoteca de Yuri y luego una persecución! —añadió Ramón.

—La situación se complicó un poco, pero supimos apañárnoslas

—dijo Juan.

—¡Estaba demasiado petado ese sitio! ¡Normal que acabara tropezándome con alguno de los hombres de Yuri! —dijo Álvaro.

—Oye, ¿qué pasó con los explosivos? —preguntó Felipe—. Carmelo comentó que volviste con ellos, sin haberlos usado.

—Iba a colocar los explosivos cuando me di cuenta de que el lienzo estaba colgado en el marco que escondía la caja fuerte. ¡Me quedé de piedra!

—¡Menuda locura! —sentenció Ramón.

—¡Loco fue como se puso mi cuñado cuando le conté que le había destrozado la lancha! —dijo Juan.

—¿Qué le dijiste? —preguntó Felipe.

—¡Que me fui a pescar con su lancha y que me lie! ¡Ja, ja, ja!

—¿Y cómo le explicaste que aterrizaste su lancha sobre un chiringuito del paseo marítimo?

—No le expliqué nada. Cuando se mosqueó, le di unas pastis y le dije "¡Yeh! ¡No me ralles y apáñate con esto!"

—¡JA, JA, JA!

Las risas fueron interrumpidas al abrirse la puerta.

—¡Hola! —saludó Carmelo—. ¿Celebrando una fiesta privada aquí dentro?

—¡Solo nos faltan las putetes! —dijo Ramón.

—Buena observación —Carmelo hizo en gesto a Juan y dijo—. Ven un momento. Los amigos de don Héctor quieren felicitarte por tu maestría con la lancha.

—¡JA, JA, JA!

Mientras reía, Álvaro notó algo raro, como un calor repentino que le subía por el pecho hasta la cabeza. Se masajeó el cuello y acto seguido se inclinó sobre el lavabo y se lavó la cara.

—¿Estás bien? —preguntó Ramón.

—Debe haber sido algo que se me ha atragantado —dijo Álvaro.

—¿No te habrás pasado con las clenchas? —preguntó burlón Felipe.

—Vete a mamarla —Álvaro le hizo la peineta—. Me voy fuera a que me dé el aire. Gracias por las rayas.

Álvaro caminó hacia la puerta del baño y salió al recibidor. Sacó un cigarro del paquete, se lo llevó a la boca y salió a la terraza del Imperial. Tras encenderlo y darle una primera calada, contempló la Ciudad de las Artes y las Ciencias y como el sol se ponía por el horizonte. Sintió como el calor volvía a subirle por el cuello y un ligero mareo. Se sujeto a la barandilla y cerró los ojos.

<<Si al final va a ser verdad que me he pasado con la coca>> pensó Álvaro con amargura.

Una mano nervuda le palmeó la espalda.

—¡Chaval! ¿Qué haces aquí? —preguntó Héctor.

—Me encontraba un poco saturado. Necesitaba que me diera un poco el aire.

—¿Que necesitas aire? ¡Bah! Toma, agarra esto y bebe —Héctor le ofreció un ron con cola y Álvaro lo aceptó no muy entusiasmado—. Que sepas, chaval, qué estoy muy orgulloso de ti y de tu colega. Muy buen fichaje, sí señor. Tanto el tuyo como el suyo.

—Gracias, don Héctor.

—Muy buen trabajo lo del cuadro, en serio. ¡Os ha salido de puta madre!

—Ha ido bien, sí.

—Qué poca cabeza tuvo el subinspector Narváez jodiéndote en la policía.

—Sí, sí que tuvo poca cabeza el muy cabrón... eh... cuando Luís nos presentó me dijo que lo conocía porque en Valencia se conocen todo el mundo, pero... más allá de eso, ¿lo conoce personalmente? —preguntó Álvaro curioso.

—¡Pues claro! ¡Si somos del mismo pueblo, de Bétera! —dijo Héctor con orgullo—. ¡Anda que no nos corríamos juergas de jóvenes! ¡La primera raya me invitó él! ¡Luego yo le invité a algunas pastis! Anfetaminas y algún tripi. Pero sanas, ¿eh? No como los de ahora.

—¿En serio? ¡JA, JA, JA!

—Sí, como lo oyes. Cada uno tomó caminos diferentes, pero siempre que podíamos nos poníamos en contacto para llevar a cabo nuestros chanchullos particulares. Pero tampoco quiero largar mucho, no vaya a ser que tire abajo su imagen como pulcro e integro representante de la ley ante un antiguo ex-colega de trabajo —dijo Héctor burlón.

—A estas alturas no creo que haya nada que me espante sobre el subinspector Narváez.

—¡Ja, ja, ja!

—Una duda. Cuando robamos el cuadro del Rusalka, los seguridades del local me vieron la cara. ¿Es posible que me identifiquen y me encuentren? Siendo tu jefe de seguridad, y trabajando de cara al público, es posible que alguien me reconozca.

—Sí, es posible. Carmelo y yo lo hemos estado hablando. Hemos decidido mandarte a Castellón una temporada mientras las cosas se calman. Trabajarás como metre en uno de mis restaurantes. Será pan comido para ti.

—¿Cuánto tiempo?

—Mmmm... no sé. Tres, seis meses quizá. Un año como máximo.

—Un año —murmuró Álvaro.

—Oye, luego vamos a ir al Cleopatra, como supongo que le habrás oído decir a Chema. Sabes que estás invitado a todo, ¿verdad? Lo digo para que te relajes un poco bebiendo, que si no luego no vas a dar la talla, ¿eh?

—¡Pero si este ron con cola me lo has traído tú!

—¡Pues trae p'aca que me lo beba yo! —Héctor le arrebató la bebida y le dio un trago.

—Agradezco la invitación pero por hoy he tenido suficiente. Demasiado comida, demasiada bebida y demasiada droga.

—¿Cómo? ¿Te rajas?

—Sí, en serio. No me encuentro muy bien. Estoy como... saturado. Lo dicho, lo agradezco, pero por hoy ya ha sido suficiente.

—¡Menudo marica estás hecho! —dijo Héctor divertido.

—¿Puedo preguntarle algo?

—¿No te irás a poner filosófico conmigo?

—No, no. Eh... ¿Cómo es posible que con la mujer que tienes siempre estés de putas?

—¡Porque no es amor, hombre! ¡Es solo, pasar un rato divertido! ¡Como irse a ver el fútbol o gastarse unos eurillos en el casino! ¡Ella lo sabe y lo entiende!

—Ah, ya... entiendo. No sabía que lo habías hablado.

—¿Hablado? ¡Ni de coña! Pero ella ya lo sabe. Me conoció en un puti. Sabe cómo soy.

—Aja, ya veo.

—Además, no quiero que se acostumbre, no quiero que se relaje. No quiero que piense que me tiene agarrado por los huevos y que voy a estar pendiente de ella a cada momento. Quiero que esté ahí, peleando y ganándose el derecho de estar conmigo. ¡Día a día! Y si no, ¡puerta!

—Mmmm... es una manera de verlo. Supongo.

—No dejes que ninguna mujer te domine. Confíame en mí. Sabe más el diablo por viejo que por diablo.

—Eso es cierto.

Héctor se acercó a la barandilla y esputó un gargajo que voló por encima del pasamanos.

—Entonces, ¿qué? ¿Te vienes esta noche de puterío o no?

—Lo siento mucho, pero esta noche no va a poder ser.

—Marica.

Capítulo 13

Álvaro intentó apartar sus pensamientos de lo que Lydia estaba haciendo con su polla, en un intento de postergar la corrida, pero le estaba costando más de lo que pensaba. Visualizó imágenes de su equipo, el Valencia C.F., ganando por última vez una competición a nivel europeo, allá en el lejano dos mil cuatro. Por su mente vio a Mista, corriendo hacia la portería, dispuesto a chutar, cuando el portero del Olympic de Marsella se abalanzó sobre él y le hizo caer. Vio la mano alzada del árbitro con la tarjeta roja en la mano y la expulsión posterior del portero. Mista, con los nervios templados, colando el balón frente a la portería, dispuesto a chutar la falta. La pierna del jugador del delantero del Valencia alzada y al portero suplente nervioso.

—¿Qué estás pensando, amor? —preguntó Lydia. Su lengua bajó y subió rítmicamente por el frenillo de Álvaro.

—Na-na... da. Tú sigue, sigue.

La pierna de Mista descendió y golpeó el balón.

—Cariño, quiero que estés aquí —dijo Lydia. Sus labios hicieron desaparecer en capullo rojizo de Álvaro. Dentro de su boca, Lydia jugueteó con su pene dándole golpecitos con la lengua.

—iAaaahhhh!

Vio el balón volar hacia la portería a ras de suelo. El portero tirándose hacía la derecha. La afición conteniendo la respiración.

—Mírame —ordenó Lydia. Álvaro abrió los ojos y vio como su pene al completo, se perdía en el interior de la boca de Lydia. Notó como el espacio alrededor de este se estrechaba y como sus huevos se contraían.

—iDios mío! —gritó Álvaro. Sintió como el semen recorría toda su verga, emergiendo finalmente por el capullo. Lydia, sin inmutarse o sentir asco alguno, se lo tragó sin dificultad.

Lydia abrió la boca y dejó caer el pene flácido. Se incorporó, se llevó los brazos a la espalda y se estiró.

—iMira que estás bonito cuando se te quedan los ojos en blanco de gustirrinín! —dijo Lydia riendo.

—iLydia, eres la tía que hace las mejores mamadas de Valencia!

¡Lo que haces con esa lengua es pura magia!

—Pues ahora toca ponerse en serio con el sexo.

—Dame un momento que recobre el aliento y ahora me pongo.

—¡Ji, ji, ji! —Lydia se levantó de la cama y sin vestirse se dirigió hacia un tocador. Abrió un paquete y sacó dos cigarros y un mechero. De regreso a la cama, los encendió—. Toma, para ti.

Lydia se recostó junto a Álvaro y este cogió el cigarro que le ofreció. Cuando le dio la primera calada su gruesa tripa se elevó. Respiró hondo, se volvió hacia la mesilla, estiró el brazo hacia una bolsita de plástico llena de coca y la cogió con la mano.

—Cariño, relájate un poco, ¿quieres?

—¿Ni un rayita? —preguntó Álvaro.

—Ya sabes lo poco que me gusta eso. No te hace falta esa muerda para rendir como un campeón.

—Vaaaaale, de acuerdo —Álvaro soltó la bolsita de plástico y regresó a la cama—. Seré un chico bueno.

—¡Mira que eres mono! Por cierto, felicidades por el trabajito del cuadro —dijo Lydia.

—Gracias.

—Héctor va a conseguir un buen pellizco por su venta a D'Angelo.

—Estará contento entonces...

—Sí, supongo que sí —dijo Lydia distante—. No para celebrarlo conmigo, pero sí.

—Todavía soy incapaz de entender que él esté con otras teniéndote a ti.

—Eres un cielo —Lydia le cogió de la barbilla y le besó—. Suerte que estás tú aquí para paliar mi soledad.

—¿Paliar?

—Paliar, sí. Hacerme compañía.

—¡Ah, sí! —Álvaro rió y sonrió—. Para eso estoy, sí.

—¿Sabes qué es lo que más me molesta?

—¿El qué?

—Que Héctor se va a llevar la gloria y tú nada. Apenas migajas.

—Eso no es cierto. Don Héctor no ha tenido ningún problema en recompensarme cada vez que he realizado un trabajo con éxito. ¿Por qué tiene que ser diferente esta vez?

—¿Te ha dicho que te vaya a recompensar de alguna manera?
—Lydia se levantó de la cama y se acercó a una mininevera que había junto a la cómoda. Tomó una Coca Cola Light, caminó hacia el balcón, abrió el refresco y le dio un sorbo. Relajada, contempló la plaza del ayuntamiento, donde los transeúntes noctámbulos deambulaban sin rumbo.

—Bueno, no... todavía.

—Aja... ya.

—¡En cualquier caso, no me puedo quejar! Estoy muy satisfecho en la situación en la que estoy, como jefe de seguridad de todos los locales de don Héctor, además de los otros servicios que le prestó. Lo que sí que me ha dicho es que me van a enviar a Castellón durante un tiempo.

—¿A Castellón?

—Es posible que los hombres de Yuri me estén buscando por lo del cuadro. Hasta que las cosas vuelvan a la normalidad, trabajaré como metre en un restaurante de don Héctor allí.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Tres, seis meses quizás. En peor de los casos un año. No lo sé seguro.

—Menuda mierda.

—Es lo que hay.

—¿Pues sabes qué? Pienso que te mereces mucho más.

—¿Que merezco más?

—Sí, mucho más. Si no hubiese sido por ti, Héctor no tendría el cuadro —Lydia se recostó de nuevo en la cama, con el refresco en la mano, y se apretó contra Álvaro—. ¿Sabes que tendrías que hacer?

—Dime.

—Tendrías que robarle el cuadro a Héctor y vendérselo tú a D´Angelo.

—¡Tú estás loca!

—¡Sí, piénsalo! ¡Con el dinero del cuadro podríamos hacer lo que quisiéramos! ¡Ir donde quisiéramos, lejos de aquí!

—"¿Podríamos?" ¿Los dos?

—¿Es que acaso piensas irte con otra?

—Ni se me pasaría por la cabeza —Álvaro sonrió—. ¿Hablas en serio en lo de robarle el cuadro a don Héctor?

—¡Pues claro!

—¡Pero no sé dónde lo tiene guardado!

—El lienzo lo tiene dentro de su caja fuerte en su despacho.

—Pues como haya que abrirla con explosivos vamos listos.

—Nada de eso. La caja tiene una doble cerradura. Clave numérica y llave. Yo sé cuál es la clave. Nos hace falta la llave.

—¿Y dónde está la llave?

—La lleva siempre encima. En la cadenita de oro que tiene alrededor del cuello, junto al crucifijo.

—Sí, recuerdo haberle visto llevando una llave colgando de la cadena de oro junto a un crucifijo.

—¡Esa es!

—Eh... ya. ¿Y por qué no se la quitas tú directamente? Quiero

decir, dormís juntos. ¿Qué problema hay en...?

—Imposible. Se daría cuenta.

—Ya. ¿Y piensas que conmigo no se dará cuenta?

—Héctor no tiene motivo alguno para sospechar de ti. Eres su ojito derecho.

—Yo pensaba que su ojito derecho era Carmelo.

—¡Ya le gustaría a Carmelo! —Lydia rió—. Tienes que quitarle la llave cuando se encuentre completamente relajado. Cuando tenga la guardia baja.

—¿Y cuándo será eso?

Lydia se llevó la lata del refresco a los labios y se la bebió de un trago. Una gota oscura cayó sobre su canalillo y Lydia se la limpió con el dorso de la mano.

—En el Cleopatra.

Capítulo 14

Héctor estaba resacoso y con ganas de vomitar, pero no quería dar por concluida la fiesta. Había pagado la sala VIP del Cleopatra por cinco días consecutivos y todavía quedaba mucha fiesta por delante.

<<Pero un descansito me sentará bien. Para recargar las pilas>> pensó Héctor. Apartó a una mulata que dormía sobre su regazo desnuda y se levantó del sillón de cuero que había en el centro de la sala. Tropezó con algo y casi cayó al suelo. Vio a Chema, tirado en el suelo, con la cara completamente cubierta de coca. Tomó un albornoz que había en el suelo, lo espolsó y con dificultad se cubrió. Caminó descalzo sobre una alfombra de pelos largos y, abriéndose paso entre decenas de chicas que dormían semidesnudas por el suelo y los sofás, llegó junto a una barra de bar.

—¿Oiga? Chico. ¡Chico! ¿Chico? —llamó Héctor. Se asomó por encima de la barra y vio al camarero, un joven negro, musculoso y dotado, durmiendo hecho un ovillo—. Da igual. Ya me sirvo yo.

Cogió una botella de ron, un Coca-Cola, un par de hielos y un vaso de tubo, y se preparó un combinado. Caminó hacia unas puertas dobles y salió de la sala VIP.

—¡Muy buenos días, don Héctor! ¿Qué tal está? ¿Todo a su gusto? —una señora bien vestida y con el pelo recogido se acercó y le saludó. Vicenta, la dueña del Cleopatra, siempre atenta y servicial con sus mejores clientes.

—Sí, sí, sí. ¡Todo está de lujo! ¡Como siempre, tratándonos a cuerpo de rey!

—¡Me alegra oír eso! ¿Desea algo para esta mañana?

—¿Mañana? ¿Es de día? Espera, ¿qué día es hoy?

—Miércoles. Hasta el Sábado por la mañana tienen reservada la sala VIP y todas sus facilidades.

—¡Vale, vale, vale! Pues... eh... para empezar, si pudieran recoger un poco la sala y traer nuevas chicas estaría bien. Y que repongan el alcohol y la coca. Ya queda poco. Y algo para comer estaría bien. Llamen a la Granja Santa Creu y que traigan dos paellas valencianas.

—Tomo nota. ¿Algo más?

—¿Podrían prepararme el jacuzzi?

—Claro. Esta vez van a ser de Europa del este, mulatas, asiáticas, locales... ¿menores quizás?

—Eh... ¿cómo?

—Me refiero a las chicas para el jacuzzi.

—¡Ah! ¡No, no, no! Nada de chicas por ahora. Solo quiero relajarme un poco.

—Entendido —la mujer señaló una habitación contigua y dijo—. En el vestuario hay duchas si la necesita. En cuanto esté listo, pase a la habitación contigua.

—¿De verdad hace falta que me duche, guapa?

—Es una sugerencia, don Héctor. El cliente VIP es el que manda aquí.

—¡Y ese soy yo! —Héctor le dio un sorbo a su bebida y entró en los vestuarios.

Se quitó el albornoz, quedándose completamente desnudo, y lo dejó sobre un banco. Dejó la bebida sobre un lavabo y se miró en el espejo. Unas enormes ojeras, profundas como cicatrices, le descendían por el rostro. Bajo las fosas nasales, una plasta de sangre seca y coca se le había solidificado sobre el labio superior.

—¡Qué empastre!

Se inclinó sobre el lavabo y se lavó la cara con desgana. A continuación, tomó la bebida, le dio un sorbo, cogió una toalla de un estante y caminó a la habitación contigua.

—¡Whooola!

En la sala del jacuzzi el calor era sofocante. Gotas de sudor recorrieron sus fofos y peludos pechos. Héctor notó como la cadena de oro le ardía sobre la pie. El crucifijo y la llave tintinearón a cada paso. Rodeó el jacuzzi, procurando no volcar ninguna de las velas encendidas que decoraban la estancia. Cuando llegó a las escalerillas, dejó su bebida sobre una mesita de plástico, y a continuación se metió con cuidado en el jacuzzi. Al tocar el agua, notó las burbujas chisporroteaban violentamente.

—¡Aaaahhhh! —suspiró Héctor gozoso.

Se sumergió hasta la barbilla, reposó la cabeza en el borde y cerró los ojos.

—Esto es la gloria... esto es la gloria... sí...

Sumergió la cabeza y permaneció bajo el agua durante unos segundos. Las burbujas del jacuzzi explotaban con el contacto de su piel, provocándole una placentera sensación. Sacó la cabeza de debajo del agua, con los ojos todavía cerrados, y respiró hondo.

—Mmmmm... empiezo a arrepentirme por haber dicho que no a la sugerencia de Vicenta... mmm... una mulata, con su enorme y generoso pandero... o mejor una rusa, con su fina y blanquecina piel... sí, una de esas estaría bien... y que fuese menor...

Héctor sacó el brazo del jacuzzi y lo estiró en busca de su bebida.

—Espera un momento... me falta algo.

Abrió los ojos y fijó la vista en la bebida que había sobre la mesita de plástico.

—¡Mierda! Me va a tocar salir. Justo cuando más se le necesita, Álvaro no está.

La cadena de oro se tensó y Héctor sintió como le faltaba el aliento.

—¿¡Qué cojones...!?

—¿Quién ha dicho que no estoy cuando más se me necesita?
—preguntó una voz susurrante a su oído.

—¿Qué...?

La cadena tiró para atrás el cuello de Héctor y una navaja le atravesó la nuca. Su cuerpo se removió violentamente.

—Tranquilo, ya está —dijo Álvaro en voz baja.

A los pocos segundos, el cuerpo de Héctor dejó de moverse. Álvaro agarró con un brazo el cuerpo sin vida de su jefe, extrajo el cuchillo con cuidado y lo dejó a un lado. Con la mano libre, retiró la cadena que Héctor tenía al cuello y soltó su cuerpo con cuidado. Una mancha rojiza se

extendió por el agua, a medida que su cuerpo se hundía.

Álvaro levantó el collar dorado y contempló la pequeña llave que colgaba de una anilla junto al crucifijo.

—Es hora de que Lydia haga su parte.

Capítulo 15

<<¡Ya está hecho, ya está hecho! Ya no hay vuelta atrás. ¡Sí, joder! ¡Por fin el golpe de suerte que me merecía!>> pensó Álvaro eufórico, mientras conducía el Audi en dirección a la discoteca principal de su difunto jefe, el Shangri-La. Recorrió la playa de la Patacona, bajo la noche nublada, ensimismado, perdido en sus pensamientos, imaginándose ya con el dinero del cuadro y elucubrando en que se lo gastaría. <<¡Viajaremos a Ibiza, a pegarnos la fiesta, a beber y drogarnos hasta perder el sentido! ¡Qué coño! ¡Fuera de España! ¡A Miami, con los famosos del otro lado del charco! ¡Con Julito, con Pitbul, con Marc! ¡Joder, estoy que no me lo creo!>> pensó Álvaro exultante.

Al llegar al parking del Shangri-La, aparcó su coche junto a uno de los focos reflectores. Pasó junto a la cola de gente que esperaba entrar en la discoteca esa noche e hizo un gesto al portero.

—¡Álvaro! ¿Qué tal va? —dijo un hombre alto, corpulento y de ojos negros como el carbón.

—¡Bien, bien!

—No me habían informado que pasarías por aquí esta noche para hacer revista.

—Nada de revista por hoy. Lydia me pidió que viniera por un asunto de don Héctor.

—¡Ah! ¿Algo grave?

—Espero que no —Álvaro señaló con el pulgar la entrada del edificio y dijo—. Voy para adentro.

—¡De acuerdo!

Álvaro entró en la discoteca, y abriéndose paso entre los clientes, llegó a las amplias escaleras. Las subió rápidamente y saludó a dos guardaespaldas. Estos se hicieron a un lado y Álvaro caminó hacia un largo pasillo, dejando a su derecha la sala de reuniones. Al final, estaba el despacho de Héctor. En su interior, dos luces tenues iluminaban la habitación. Al entrar, junto a la puerta, encontró una mesa y un sofá. En el lado opuesto, una estantería llena de libros. Y al fondo, sobre una gran mesa que había frente a un gran ventanal, estaba Lydia, fumando distraídamente y contemplando a los clientes del local.

—Lo tengo —dijo Álvaro.

Lydia se dio la vuelta y se le iluminó el rostro.

—¿Tienes la llave?

Álvaro levantó la mano y mostró la llave.

—Sí.

Lydia bajó de la mesa, caminó hacia la estantería, sacó varios libros de su sitio y los dejó en el suelo. Una caja fuerte quedó expuesta. Lydia sacó un papel de un bolsillo del pantalón y Álvaro se acercó. La caja fuerte tenía un panel numérico en un lateral y una cerradura en el lado opuesto. Lydia, ojeó el papel e introdujo una clave numérica con rapidez.

—Tu turno.

Álvaro metió la llave en la cerradura y la giró hacia la derecha. El mecanismo interno hizo un ruido metálico y la puerta se abrió. Lydia tiró de un asa de la puerta y en el interior de la caja fuerte encontraron el tubo hermético. Álvaro cogió el tubo, lo abrió por un extremo y lo volteó. El lienzo del Palleter asomó por la abertura.

—¡Lo tenemos! —dijo Álvaro extasiado.

—Sí lo tenemos —dijo una voz desde la puerta del despacho.

Álvaro se dio la vuelta y vio a Carmelo en la puerta, acompañado de varios miembros del equipo de seguridad de la discoteca. Habían desenfundado sus armas y le estaban apuntando.

—¿Pero...?

—Dale el lienzo y apartarte de ella —dijo Carmelo.

Álvaro miró a Lydia y preguntó.

—¿Tú...?

—¿Si estoy con él? —Lydia agarró el tubo hermético—. Sí, claro.

—Me utilizaste para acabar con don Héctor.

—No te lo tomes a mal. Son cosas que pasan —Lydia tiró con suavidad y Álvaro soltó el tubo—. Nos divertimos juntos mientras duró.

—Sí, sí que nos divertimos.

—Pero la cosa no podía ir más allá.

—Eso parece.

—Lydia, apártate de él —dijo Carmelo—. Ven.

Lydia caminó hacia Carmelo, sin dejar de mirar a Álvaro ni de darle la espalda.

—¿Desde cuándo lo teníais planeado? —preguntó Álvaro—. ¿Desde qué entrasteis en el desguace?

—Queríamos deshacernos del viejo chocho de Héctor desde hace tiempo y vimos la oportunidad cuando te vimos allí —dijo Carmelo—. Cuando vi como la mirabas me di cuenta que eras el hombre indicado.

—Menuda mierda —sentenció Álvaro.

—Sí, muy bien expresado.

<<iJoder, necesito una salida!>> pensó Álvaro. Ladeó la cabeza hacia un lado y vio el ventanal.

—Y aquí es cuando se acaba todo. ¿Es eso? —preguntó Álvaro.

—Para ti, sí —dijo Carmelo.

—No me lo tengas en cuenta, cielo —dijo Lydia.

—Que no te lo tenga en cuenta dices... ¡Y una mierda! —Álvaro se llevó la mano al bolsillo y sin sacar la pistola, disparó a través del pantalón.

—¡Aaaaiiii! —Lydia chilló y se tiró al suelo asustada.

Álvaro no esperó ver como reaccionaban los hombres de Carmelo. Saltó instintivamente sobre la mesa de Héctor y se parapetó tras esta.

—¿Qué piensas hacer, Álvaro? ¿Ocultarte toda la noche tras la mesa del difunto Héctor? —preguntó Carmelo, resguardado tras un sofá junto al resto de sus hombres—. ¡No vas a poder escapar de nosotros!

<<El cabronazo tiene razón en eso>> pensó Álvaro amargamente. Comprobó el cargador y se percató de que no iba a tener suficientes balas para salir de allí con vida. Volvió a mirar el ventanal y

echó un vistazo a la clientela de la discoteca.

—Espero no chafar a ningún VIP —Álvaro disparó al ventanal y, sin esperar a que los cristales se desprendieran, los embistió con el hombro y saltó al vacío—. ¡MIIIIIEEEEERRRDAAAA!

Álvaro voló por el aire y el mundo se convirtió en un borrón. De repente, sintió impactar contra un millón de cristales, e inmediatamente contra algo duro que retumbó, crujió y se partió bajo su peso. Sintió que le faltaba la respiración.

—¡Joder, tío! ¿Qué mierda ha pasado? —preguntó una voz a su alrededor.

Al abrir los ojos, Álvaro vio a un hombre bien vestido y que estaba bocabajo. Álvaro se dio la vuelta sobre sí mismo y el mundo se puso en su sitio.

—¿Sobre qué coño he caído? —preguntó Álvaro.

—El camarero estaba sirviendo una fuente con forma de pirámide, hecha de vasos de cava —dijo el hombre.

—¡Te has cargado la mesa, payaso! —gritó atónito el camarero.

Álvaro, tambaleante, se puso en pie y dijo.

—Cárgamelo a mi cuenta.

—¡Avisad a seguridad! —gritó Carmelo desde el ventanal. Señaló a Álvaro y dijo—. ¡Ahí está Álvaro! ¡Que no escape!

—Tengo que salir de aquí —se dijo Álvaro. Empujó al camarero y corrió por la terraza trasera. Esquivó a los clientes, gente con ganas de pasarlo bien y que iban a lo suyo, sin parar en ningún momento para mirar atrás. Poco antes de llegar al muro bajo que delimitaba la parcela y que la separaba del parking, una voz gritó.

—¡Jefe!

Álvaro se dio la vuelta y vio a Felipe, uno de sus subalternos al cuidado de la seguridad del Freedom Night, apuntándole con un arma. Le acompañaba Ramón, también con el arma desenfundada.

—Chicos, por vuestro bien, no os metáis en esto —dijo Álvaro. Sobre una barra de bar desatendida, vio una cubitera.

—Va siendo hora de jubilarte, jefe —dijo Ramón.

—No es nada personal —dijo Felipe.

—Esa excusa ya me la sé —Álvaro dio un manotazo a la cubitera y los hielos volaron hacía sus ex-compañeros. Desconcertados, dispararon al aire. Álvaro saltó tras la barra y se cubrió. Vio una sombra rodearle por un lado e instintivamente le descerrajó tres tiros. Felipe cayó pesadamente sobre Álvaro, y este, antes de que le aplastara, gateó para atrás.

—¡Cabrón!

Ramón le agarró del pescuezo, le dio la vuelta y le golpeó repetidamente con la culata en la cara. Álvaro, mareado, levantó los brazos intentando cubrirse. Nada de esto impidió que fuera lanzado por encima de la barra de bar e impactara contra unas sillas.

—Mierda... ¿dónde está la pistola? —se preguntó Álvaro dolorido.

Sintió como se le escapaba el aliento cuando un grueso brazo de Ramón le inmovilizó por detrás y otro le rodeó el cuello.

—¡Argggghh!

Álvaro se dio impulso y los dos se movieron para atrás. Ramón se golpeó de espaldas contra la barra, pero no aflojó la presión entorno a su cuello. Álvaro le golpeó con el brazo que tenía libre, dándole varios codazos en la boca del estomago, tan fuerte como pudo. Ramón gimió y se inclinó sobre Álvaro. Este le dio un violento cabezazo moviendo la cabeza rápidamente para atrás. El rostro de Ramón se convirtió en una fuente de sangre. Se llevó las manos a la nariz y Álvaro quedó libre. Al darse la vuelta, vio una botella de Desperado. La cogió y la estampó contra la cara de su subalterno. Ramón cayó torpemente sobre la barra de bar y se agarró de una esquina, intentando incorporarse a duras penas.

Álvaro, todavía sin aire, dio un vistazo rápido por el suelo en busca de su arma.

<<¿¡Dónde coño está!?!>>

—¡Allí está Álvaro! —dijo un seguridad que estaba cerca de una fuente de piedra y que lo apuntaba con una linterna.

—¡Joder! —Álvaro dio por perdida su arma y corrió hacia el muro bajo. Saltó sobre este y se dejó caer por el otro lado, donde la altura era de más del doble. Rodó por el suelo y cayó de bruces sobre un charco de

meados.

—¡Yeh, tío! —dijo un borracho con el pene fuera y que estaba terminando de mear—. ¡Te vas a llenar todo de mierda!

—¡Ahora estoy yo para preocuparme de eso! —dijo Álvaro.

Caminó mareado, en zigzag, por el parking del Shangri-La hasta llegar a la zona delantera. Junto a los focos, vio su Audi. Corrió hasta su vehículo, abrió la puerta y se introdujo de un salto. Metió la llave en el contacto, encendió el motor y puso la mano sobre el cambio de marcha.

<<¡Tric-tris! ¡Tric-tris!>>

—¡Mierda! —Álvaro se llevó las manos a la cabeza y se escurrió por el asiento. Al mirar el espejo retrovisor, vio como dos disparos habían impactado contra la luna trasera y se habían llevado parte del cristal. A pocos metros estaba Juan, apuntándole con una pistola.

—¡Tú, no! —Álvaro puso primera, pisó el acelerador y las ruedas quemaron el asfalto. Un par de balas impactaron contra la carrocería, pero el coche desapareció rápidamente, dejando una nube de humo tras de sí.

Juan bajó el arma y comprobó las balas que había en el cargador. Ramón apareció por la puerta de entrada, todavía dolorido, y caminó hasta Juan.

—Ha escapado —dijo Ramón, con la nariz destrozada y chorreando sangre aun.

—Sí, eso parece. ¿Tú estás bien? —preguntó Juan.

—Sí, estoy bien.

—¿Listo para darle caza?

—Sí, lo estoy. ¿Sabes a dónde podría dirigirse?

—Tengo una idea.

Capítulo 16

Luís el Cojo se dejó caer pesadamente sobre la silla que había frente a su escritorio, encendió el monitor y se desabrochó la bragueta.

<<¡Por fin se acaba la semana!>> pensó Luís aliviado.

Desde que Álvaro y Juan marcharon del desguace, las cosas no habían marchado bien. Sí, había contratado gente nueva y les pagaba más o menos lo mismo. Sin embargo, no rendían igual... y eran bastante más cortitos que sus ex-empleados.

Luís agarró el ratón y movió el cursor por la pantalla. Cuando fue a pulsar la pestaña de favoritos (donde guardaba los enlaces de sus páginas porno) en su navegador de internet, la puerta se abrió de golpe.

—¡Zeñor, zeñor! ¡Una pregungta!

Luís giró sus silla y miró cansado a Toni, el chico nuevo que había entrado como sustituto de Álvaro. Su mirada bizca y la baba permanente que le caía por la comisura de los labios le daba un aspecto grotesco.

—Dime Toni.

—¿Dónde dejo los tapacuboz de los Corza?

—Juntó al contenedor rojo, junto a la verja que da a la carretera.

—Ah, vale. Y...

—¿Sí?

—¿Los ejez de los cochez que noz trajeron esta mañana? Loz del accidente digo...

—¡Menuda memoria tenéis! Esos van junto al compactador, en el lado derecho.

—¿En el derecho? Pero zi eztá lleno.

—¿Cómo que está lleno?

—Ahí dejamos el frontal de la camioneta que noz trajeron ayer.

—¿¡Pero cómo que el frontal? ¡Eso va junto a la pila de...! ¡Bah! ¡Da igual! Son las nueve de la noche. Iros a casa, es tarde. Ya lo

arreglaréis el lunes.

—Lo ziento jefe, no fue nueztra intención...

—¡Largo de aquí!

—¡Sí, jefe! —Toni se despidió con una inclinación de cabeza y cerró la puerta raudamente.

<<¡Llevan seis meses aquí y todavía no saben cuál es el sitio de cada cosa!>> se lamentó Luís. Cogió el móvil desesperado y revisó la agenda con amargura. <<Va siendo hora de largar a estos dos payasos y ver si encuentro a alguien con al menos un par de neuronas>>.

—¡Bah! ¡A la mierda! —Luís soltó el móvil y agarró el ratón de nuevo. Con la mano libre tiró un poco el pantalón hacia abajo y después los calzoncillos. Cuando el cursor pinchó en enlace "Nasty-Ten-Girl-with-old-men", Luís ya había agarrado su pene con la mano libre. Puso en marcha el video y empezó a frotarse.

—Sí... sí... aahhh.... Sí... te comería todo el pavo, guarrilla... síiii... cómesela... come...

<<¡BRRRRRROOOOOOMMMMM!>>

—¿Qué cojones es...?

Luís oyó un fuerte estruendo a su espalda. Sin apenas tiempo para reaccionar, se lanzó al suelo y buscó refugio bajo la mesa. Vio como un coche de alta gama atravesó un lateral del contenedor donde estaba su despacho y salió por el extremo opuesto, arrasando con todo lo que encontraba a su paso. A los pocos segundos, oyó como el vehículo impactaba contra algo en el exterior de su despacho.

—Pero, pero... —todavía conmocionado, Luís se subió los pantalones, agarró el bastón que había junto a su mesa y se puso en pie. Cojeando, salió de su despacho por la nueva puerta que le había facilitado el vehículo. El amasijo de metal, que en el pasado había sido un Audi de alta gama, había impactado contra un contenedor oxidado.

—¡Joder, cómo duele! —gritó una voz familiar desde el interior del vehículo.

—Pero, pero...

La puerta se abrió y los cristales cayeron al suelo. Álvaro salió del

vehículo y cayó al suelo mareado.

—¡Puto gilipollas! —gritó Luís alterado—. ¡Me has destrozado el despacho!

—Te lo pagaré... no te preocupes por eso ahora —Álvaro se levantó tambaleante y caminó hacia Luís.

—¿Qué coño haces aquí? ¿No estabas trabajando para don Héctor? ¡Espera! La cagaste, ¿verdad? ¿Es eso, no? ¡Y ahora quieres que arregle...!

Álvaro agarró a Luís de la pechera y dijo.

—¡Necesito las llaves de los candados! Los candados que cierran algunos de los contenedores importantes...

—¿Cómo que las llaves? ¡¿Pero qué está pasando?! ¡Explícate!

—¡No hay tiempo que perder! Están en tú despacho, ¿verdad? ¡Ya voy yo a buscarlas!

Álvaro soltó a Luís y caminó hacia el contenedor que usaba Luís como despacho y que había atravesado con su Audi.

—Pero, pero, pero... ¡¿Te presentas así, sin más, me destrozas el despacho y me preguntas por las putas llaves de los contenedores?! —preguntó Luís colérico—. ¡Maldito cabrón, te voy a...!

Dos potentes focos de luz deslumbraron a Luís. Se llevó una mano al rostro, cubriéndose e intentando discernir de donde provenían. Adivinó el contorno de un enorme 4x4 y a cuatro figuras bajando del vehículo.

—¡Oigan, esto es una propiedad privada! —advirtió Luís con el bastón en alto—. ¿Qué coño están haciendo...?

Dos disparos alcanzaron a Luís en la frente. Su cuerpo cayó muerto.

—¡Bien, chicos! El coche de Álvaro está aquí —Juan señaló el Audi que se había estampado contra el contenedor oxidado. Le hizo un gesto a Ramón, que le seguía de cerca y que llevaba una enorme gasa cubriéndole la deformada nariz—. Tú, ve donde está aquella columna de coches amontonados y custodia el contenedor verde. Los demás, dispersaos.

Mientras Ramón acudía al lugar indicado, Juan, junto a los otros dos hombres iniciaron la búsqueda. Uno de los matones, un chico joven y

que vestía con un traje a medida, se dirigió hacia una montaña de neumáticos. El otro, un hombre con una chupa de cuero y barba de chivo, caminó hacia el contenedor que había sido atravesado por el Audi de Álvaro. Con la pistola desenfundada, entró por el boquete de la pared. Había una mesa de madera y encima un viejo monitor de tubo. También vio una sofá-cama y una pequeña mesita plegable. Y junto a la puerta que había en el extremo descansaba una vieja cómoda y una cocina de camping gas.

<<Tling-tling>>

—¿Qué ha sido ese ruido? —preguntó el matón de la barba de chivo.

Un figura salió rápidamente de detrás de la cómoda y empujó el manillar de la puerta.

El matón apuntó a la puerta abierta y apretó el gatillo tres veces. Dos balas impactaron contra la cómoda. La otra impactó contra el hombro de Álvaro, que había salido de lo que quedaba del despacho de Luís y corrió hacia una pila de motos destrozadas.

—¡Ha salido por la puerta! —gritó el matón de la barba de chivo. Corrió hacia la puerta y salió del despacho. Vio como Álvaro rodeaba una camioneta con el frontal deformado. El matón levantó el arma y disparó. Las balas impactaron contra el vehículo, sin que llegaran a alcanzar a Álvaro. Este se agachó, dio un brinco y se internó por un laberinto de chatarra.

—¡No tienes escapatoria! —gritó el matón.

Una pila de coches abandonados se alzaba a cada lado. El matón caminó entre ellos con la pistola levantada. Llegó a una curva y cuando esta terminó, dio con un cruce. Lo único que vio fueron vehículos viejos y más chatarra.

—¿Donde coño...?

Algo brilló en la oscuridad. El matón corrió hasta el destello y descubrió una mancha de sangre.

—Tiene que estar cerca.

<<¡Cling-cling!>>

—¿Qué es ese...?

Oyó un estruendo a su espalda, como de maquinaria pesada poniéndose en marcha, y el matón se dio la vuelta. Una carretilla elevadora salió tras una pila de cajas podridas y atropelló al matón. La maquina lo empotró contra una pila de coches que tenía detrás, y una de las horquillas, levantadas a media altura, le atravesó el cuello.

—Eegg-eegg-egg... —el matón, incapaz de hablar y aprisionado contra una pila de coches destrozados, soltó el arma.

Álvaro bajó de la carretilla y se inclinó sobre el suelo para coger el arma.

—iTú, hijo de puta! —el matón del traje a medida, apareció tras un barril oxidado y disparó contra Álvaro. No le dio tiempo de coger el arma y se cubrió tras una pila de yantas oxidadas. El matón corrió hasta la pila de yantas y vio la figura de Álvaro alejarse por el laberinto de chatarra. Alzó la pistola y volvió a disparar. Las lunas de un Megan explotaron en mil pedazos.

—iMierda!

El matón comprobó el cargador (cuatro balas) y corrió hacia el Megan. Dobló a la derecha y pasó por debajo de montón de tubos de escape, que amontonados y apilados formaban una especie de arco. Al salir por el otro lado, giró a la izquierda y encontró una verja que cercaba un cuadro eléctrico.

<<iZzzzzzhhhuuuumm!>>

—iAaaarrgghh! —Una barra de hierro cayó sobre el costado del matón. Dolorido se dio la vuelta e intentó apuntar. Otro salvaje golpe le alcanzó. Los huesos de la mano crujieron y el arma cayó.

<<iBang-bang!>>

—i¿De dónde ha venido ese disparo?! —se preguntó Ramón alterado. Se separó del contenedor verde que debía custodiar y apuntó con su arma a la oscuridad—. ¡Álvaro, cabronazo, estás muerto!

Giró sobre sí mismo y vio un camino que serpenteaba entre la chatarra. Había varios bidones llenos de aceite en un lado, frente a la cabina de un viejo camión. Y en el opuesto los restos de un coche deportivo con las lunas tintadas de negro. En ellas vio reflejarse las estrellas, que colgaban solitarias en la noche.

<<Zzzzhhhmmm.>>

Ramón percibió una sombra moverse por el rabillo del ojo y dio media vuelta de golpe. Nada. Agarró el arma con las dos manos y caminó hacia el chasis oxidado de un Hyudain.

—¡Te voy a meter dos tiros en todo el cabolo! ¿Te enteras, mamonazo?

Algo frío y duro le tocó la nuca.

—Ni se te ocurra moverte.

Ramón, tragó saliva y respiró profundamente. El movimiento de su cabeza fue leve, casi imperceptible.

<<¡Bang!>>

Ramón cayó al suelo de bruces con un agujero en la cabeza.

—Te avisé.

Álvaro caminó hacia el contenedor verde y agarró el candado que cerraba la puerta. Sacó la llave que había cogido en el despacho de Luís y la metió en la cerradura. Tras girarla, el candado cayó al suelo. Álvaro tiró de la puerta, sacó el móvil y encendió el flash. En el interior del contenedor, vislumbró una gran caja de madera, con una cadena y un candado alrededor.

—Va siendo hora de ajustar cuentas —dijo Álvaro.

—Estoy de acuerdo.

Álvaro miró atrás y vio a Juan apuntándole. Las llaves se le resbalaron de las manos y estas cayeron. Instintivamente, agarró la puerta del contenedor y se cubrió tras esta. Un par de balas impactaron contra el metal. Álvaro asomó un brazo y disparó a ciegas contra Juan. Esperó un momento y al no oír cómo le devolvían los disparos, Álvaro asomó la cabeza. Echó un vistazo al suelo pero no encontró las llaves.

<<¿Dónde coño están?>>

Vio a Juan, agazapado tras una pila de cajas, cambiando de cargador. Comprobó el suyo y se dio cuenta de que estaba vacío.

—¡Joder!

Desesperado, Álvaro salió de detrás de la puerta del contenedor y corrió hacia Juan. Este levantó la vista y vio como se abalanzaba contra él. Álvaro le golpeó con la culata de la pistola y Juan soltó su cargador.

Rodó por el suelo y le lanzó una patada a Álvaro que le hizo tropezar y caer. Juan se incorporó rápidamente, dio un salto para atrás y sacó una navaja.

—¿Sin balas? —preguntó Juan—. ¿Por eso lo de golpearme con la culata?

—Sí, por eso mismo —afirmó Álvaro, con la pistola descargada todavía en la mano y levantándose poco a poco.

—¡Je, je, je! ¡Siempre tan desastre! Mira que volver al desguace a recuperar tu famoso alijo de la policía. Muy predecible.

—Sí, así soy yo... ¿Desde cuándo llevas metido en el ajo? —Álvaro dio un paso atrás y mantuvo las distancias.

—¿Desde cuándo hace que trabajo para Carmelo? Mmmmm... desde que me metiste en la organización, más o menos. Querían tenerte bien vigilado, ¿sabes? —Juan, con la navaja en la mano, dio un paso hacia Álvaro.

—¿Y quién mejor que tú para llevar a cabo dicha tarea, verdad?

—¿Sabes que no es nada personal, eh? —Juan apretó la mano que agarraba la navaja y la movió hacia atrás.

—Lo sé, lo sé.

—Va siendo hora de acabar

—Estoy de acuerdo —Álvaro lanzó su pistola contra Juan y esta impactó en su frente. Se dio media vuelta y huyó por un camino que se internaba entre columnas de coches desguazados.

—¡Hijo de puta! —Juan corrió tras Álvaro sin dejar de masajearse la frente con la mano libre—. ¡Cuando te pille te voy a cortar los huevos, cabronazo!

Corrió en paralelo a montañas de parachoques usados, tubos de escape retorcidos y pilas de neumáticos de camiones robados. Al llegar a un cruce, se detuvo un instante y tomó aliento. El vaho que expulsaba por la boca se deshacía en el frío de la noche. Jadeaba violentamente y la garganta le ardía.

—¿Dónde coño se ha metido? —se preguntó Juan.

Al final del camino vio la compactadora; a la derecha, la verja que cercaba el cuadro eléctrico; y a la izquierda, un camino que serpenteaba y

rodeado de contenedores cubiertos por lonas y cajones con repuestos robados.

—Maldito hijo de... —Juan, cansado, se apoyó sobre un viejo Alfa Romeo. Sintió algo pringoso en la mano. Sangre. Se separó del vehículo y se fijó que esta se dirigía a la izquierda—. Te tengo.

Juan agarró fuertemente la navaja y caminó hacia los contenedores cubiertos. Las partes que estaban al descubierto, exhibían grandes manchas de oxido, como si fuera una enredadera podrida y marchita.

—Sal cabrón, sal —murmuró Juan.

<<i>Puuufff!>>

—¿Pero qué...? —Juan, al oír el ruido, se dio la vuelta. Un intenso y abrasador fulgor lo cegó por completo. El soplete que Álvaro agarraba le quemó los ojos—. ¡¡Aaaaarrrrgghh!!

—¡No es nada personal! —gritó Álvaro.

Juan, preso de furia, lanzó varios navajazos al aire. Uno alcanzó al Álvaro en el costado, que dio un brinco para atrás y se llevó una mano al lateral. Se agarró a la parte trasera de un viejo Mercedes y se alejó con dificultad. Juan, con las cuencas de los ojos completamente calcinadas, siguió lanzando frenéticos navajazos al aire. Álvaro, mareado y sin fuerzas, caminó por el sendero que serpenteaba hasta al contenedor verde. Vio la puerta de metal abierta y poco segundos antes de alcanzarla, tropezó y cayó. Sintió como algo se le clavaba en el estómago. Rodó sobre el suelo y descubrió la pistola de Juan.

—¡Hijo de puta, cabronazo! —gritó Juan desde el laberinto de chatarra—. ¡Te voy a matar!

Álvaro recogió el arma y revisó el cargador. Estaba vacío.

<<¿Dónde está el maldito cargador?>> pensó Álvaro.

—¡Te voy a desangrar como un cerdo! —la voz de Juan sonaba más cerca.

Álvaro miró de izquierda a derecha. Vio algo brillante, semienterrado bajo un montón de arena. Estiró la mano y rezó como nunca lo había hecho antes.

—¡Álvaro, hijo de puta, te...!

Tres balas alcanzaron a Juan en el pecho y las cuencas vacías de los ojos se abrieron sorprendidas. La navaja cayó al suelo y Juan segundos después.

—Adiós, amigo —dijo Álvaro, tumbado sobre el suelo y con la pistola de Juan apuntando todavía al aire. Con lentitud, se levantó y caminó hacia el contenedor verde. Recogió el móvil del suelo, encendió la linterna y levantó la pistola. Disparó dos veces a la cerradura y esta saltó. El dolor del costado se intensificó. La mancha de sangre que le bajaba por el costado se había extendido.

—Va siendo plan... de visitar un médico —dijo Álvaro somnoliento.

Capítulo 17

—¡Vale niños, hora de chapar! —gritó Eusebio a los pocos rezagados que deambulaban por el Standbye—. Venga, apurar las copas, pagar y pal sobre.

Los clientes que habían aguantado hasta tan tarde en el pub, refunfuñaron de mala gana y acudieron a la barra para saldar cuentas: una grupo de chicos que se habían pasado toda la noche jugando a Ciudadela; un par de amigos que discutían como mejorar las cosas en la política española; y un grupo de chicas que esperaban a que el amigo de un conocido acudiera con medio gramo de speed.

Miguel entró por la puerta y dirigiéndose a Eusebio, preguntó.

—¿Bajo ya la persiana?

—¡No, no, no! ¡Tenemos que esperar a que la gente salga por la puerta!

—¡Vaya, cierto! No sé, pensaba que saldrían por la puerta trasera.

—No, no, esa es solo para los trabajadores del pub.

—Es verdad.

—¡Menuda cabeza tienes, chaval! ¡El día que te mueras vas a tener el cerebro por estrenar! —sentenció Eusebio irónicamente.

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué va!

Tras un buen rato deliberando con los clientes quién se había tomado qué y porqué, Susana terminó de cobrar las bebidas y las copas de la noche.

—¿Todo bien? —preguntó Eusebio a la camarera.

—Sí, sí, todo bien. Bueno, la mesa de Jordi, Alex y Sergio siempre con historias. Que si no recordaban quién había pedido qué; que si eso ya está pagado; que si te lo pago mañana... la mierda de siempre.

—Bueno, por lo menos consumen. Los de la mesa de los raritos, los del juego de mesa, se pasan toda la noche con una sola cerveza —razonó Eusebio.

—Ahí tiene razón Eusebio —dijo Miguel.

Eusebio bajó la vista y miró su reloj.

—Oye, mi mujer me pidió que la levantara para poder irse a currar y tengo que salir ya. ¿Os ocupáis de esto?

—Sí, sí, nosotros limpiamos, no te preocupes —dijo Susana.

—¡Gracias! ¡Buen finde! —Eusebio se despidió y salió del local.

Cansada, Susana salió tras la barra y, ayudada por Miguel, limpiaron el local. Tras fregar el suelo, enjuagar los vasos, asear los baños, limpiar las mesas y colocar las sillas sobre estas, concluyeron la tarea.

Susana fue tras la barra y entró en el almacén. Anudó una enorme bolsa de basura negra y la arrastró.

—¿Quieres que te ayude a tirarla? —preguntó Miguel.

—No, no hace falta, puedo con ella. Vete ya, yo me hago cargo de tirarla y cerrar el local.

—¿Tienes las llaves?

Susana se metió la mano en el ceñido pantalón y sacó un manojito de llaves cobrizas.

—¡Oki! ¡Nos vemos la semana que viene! —dijo Miguel—. ¡Buen finde!

—¡Igualmente!

Miguel caminó hasta la puerta y salió del local.

Susana arrastró la bolsa hasta la puerta trasera y tras darle un empujón salió al callejón. Al llegar al contenedor, levantó la bolsa con dificultad y la tiró a su interior. Al bajar la tapa, sintió algo pegajoso en la base. Regresó junto a la puerta trasera, y bajo una solitario foco que había sobre esta, contempló la mancha que cubría sus dedos.

—Parece... sangre.

Susana cruzó la puerta trasera y regresó al Standbye.

Una figura familiar esperaba sentada en una de las mesas.

—Susana... necesito que me hagas un apaño...

—¡Álvaro! ¿Qué haces aquí? —Susana se acercó despacio, mirando al ex-portero del Standbye con inquietud. El traje que llevaba estaba roto y cubierto de polvo. Vio manchas oscuras que lo salpicaban por todos lados. Una herida en el hombro y una gran mancha carmesí que se expandía por el costado—. ¿Qué te ha pasado?

—¿Te has traído esta noche... el kit de prácticas de enfermería? —preguntó Álvaro con los ojos vidriosos—. Me haría mucha falta, ¿sabes?

Susana se mordió el labio y corrió hacia el almacén. Apartó su abrigo de una taquilla, la abrió y sacó su mochila. Volvió junto a Álvaro y la dejó encima de la mesa. Sacó varias agujas, desinfectante, un tubo de esparadrapo, hilo de coser y gasas.

—¿Me sirves algo para el dolor? —preguntó Álvaro.

—Ya hemos cerrado la barra, lo siento —dijo Susana con malicia.

—Menuda lastima... ¿No tendrás un poco de coca? O speed... sí eso... me apaño con el speed...

—Tu sabes que yo no me hago.

—Cierto, no lo recordaba.

—Y bien, ¿qué es de tu vida? —Susana cogió unas gasas y las bañó en desinfectante. Le señaló la chaqueta y Álvaro se levantó y comenzó a quitársela.

—Bien... bien... bueno, ha habido algunas problemillas en el curro que he estado —Álvaro se desabrochó la camisa y la dejó sobre una silla. La camisa de tirantes tenía un tajo en un lateral. Y a su alrededor una enorme mancha oscura— Han habido... discrepancias...

—Ya se ve, ya —Susana agarró la mochila y de su interior sacó unas tijeras quirúrgicas. Mientras, Álvaro se quitó lentamente la camisa de tirantes y se dejó caer en la silla— ¿Y esas discrepancias provocan estas... heridas?

—¡Ja, ja, ja! Sí, más o menos —Susana se inclinó sobre Álvaro e inspeccionó la herida del costado. Reconoció un corte producido por un arma blanca que había entrado y salido limpiamente. No le pareció ver órganos internos dañados, por lo que suspiró aliviada. Cogió la gasa empapada y limpió la herida. Álvaro se estremeció de dolor—. Luis me

presento un tipo, don Héctor, que necesitaba a alguien que se encargara de determinados asuntos.

—¿Asuntos, fuera de lo común? —Susana cogió el desinfectante y lo aplicó sobre la herida. Álvaro volvió a temblar.

—Sí, así es... las cosas marcharon bien y me gané la confianza de don Héctor —Susana cogió hilo de coser y lo colocó en la aguja. Agarró la tijera quirúrgica con la otra mano y estiró la piel que había alrededor del corte—. Y de Lydia, su chica.

—¡Vaya, tenía que haber una mujer! —Susana clavó el alfiler en la piel y la cosió al otro lado. Pasó el hilo de regreso al lado inicial y de nuevo lo volvió a coser—. ¿Hubo lio?

—¿Preguntas si nos acostamos?

—¿Os acostasteis?

—Sí, sí que nos acostamos.

—¿Y por eso todo esto?

—No. Tras un trabajito para don Héctor, Lydia me convenció para traicionarlo y quedarnos con el botín.

—¿Traicionarlo, cómo? —Susana terminó de dar una última puntada. Cogió un extremo del hilo con una mano y con la otra hizo un nudo.

—Dejémoslo en que lo traicione... —dijo Álvaro secamente—. Lo que no sabía es que Lydia también se estaba acostando con la mano derecha de don Héctor, y que todo aquello fue una trampa para hacerles el trabajo sucio y endosarme a mí el muerto.

—Tú y tú mala pata con el amor —se burló Susana. Empapó otra gasa de desinfectante y limpió los restos de sangre que quedaban en la herida—. ¡De cuantos problemas te hubieras librado si te hubieras quedado aquí, conmigo!

—¡Je! Cierto —Susana le indicó que levantara los brazos y Álvaro obedeció. Colocó la gasa sobre la herida y con un apósito que sacó de la mochila, vendó la zona. Cogió el esparadrapo y pegó unas tiras sobre las puntas sueltas. Le hizo otro gesto y Álvaro bajó los brazos—. La herida ya está desinfectada y cerrada. Mientras no hagas movimientos bruscos las cosas se mantendrán en su sitio.

—Gracias, muy buen trabajo.

—Aparte de eso, ¿te encuentras?

Álvaro comenzó a vestirse de nuevo, poco a poco y lentamente, intentando no forzar los puntos.

—Me duele un poco la cabeza, por haber atravesado la luna del coche. Y luego está el dolor en el hombro... por bala que me alcanzó...

—¡Dios mío! Vamos siéntate de nuevo —Susana le hizo un gesto para que dejara de vestirse y le señaló el asiento. Álvaro obedeció y se sentó con cuidado. La camarera cogió las tijeras quirúrgicas y las limpió con desinfectante—. No debiste haberle hecho caso a Luis e irte con ese tal Héctor.

—Ya, bueno, ahora ya...

—Ni haberte acostado con su chica...

—No, tampoco.

—Ni haberle traicionado...

—Tienes toda la razón.

Susana limpió con otra gasa empapada la herida del hombro y después roció la zona con un poco más de desinfectante.

—Que poca cabeza la tuya, ains...

—Sí, Susana, tienes razón. Qué poca cabeza la mía.

Susana metió las tijeras quirúrgicas en la herida y hurgó en su interior. Notó algo duro y redondo. Cerró las tijeras y sintió que lo agarraba. Con cuidado, sacó las tijeras y una pequeña bala combada y deformada.

—Y bien, cuanto termine contigo esta noche, ¿qué piensas hacer?

—Haré una visita a alguien muy especial.

Capítulo 18

Cansado, dolorido y roto, Álvaro se ocultó un par de días en casa de Susana. La camarera del Standbye intentó convencerle de acudir a la policía y denunciara todo lo que había sucedido. O, en caso de no hacerlo, que se marchara de la ciudad. Pero Álvaro negó tozudamente. Cosido, parchado y atiborrado de analgésicos, Álvaro cargó su Ford Orion con el alijo de armas que había escondido en el desguace, y condujo hacia Valencia. Cuando llegó a la calle Colón, el sol rojizo del atardecer se reflejaba en los cristales de los edificios comerciales.

Al llegar al Muvim, aparcó en un parking subterráneo. Comprobó que no había nadie cerca, salió del vehículo y abrió el maletero. Se puso un chaleco de kevlar y se equipó con dos cartucheras debajo del sobaco. Cogió dos pistolas, un par de cargadores y, tras enfundarlos, los escondió bajo una chaqueta de cuero. Por último, guardó una mp5 en una mochila y se la echó a la espalda.

Al salir a la calle, se movió rápido y sin llamar la atención entre los transeúntes que deambulaban cerca del mercado central. Llegó a una manzana que hacía esquina y que daba a la plaza del ayuntamiento. Pasó junto a una pizzería y esperó frente a un portal. Al cabo de un rato, una pareja de ancianos salió por la puerta y Álvaro aprovechó para entrar. Llamó al ascensor, subió y marcó el último piso. Al llegar arriba, Álvaro caminó hacia la puerta que daba a la azotea y salió al exterior. Las farolas y los carteles lumínicos dieron la bienvenida a la noche. Caminó entre claraboyas, respiraderos y dispositivos de aire acondicionado, hasta llegar al edificio anexo. Alzó la vista y vio un ático con el balcón abierto. Y debajo de este, una cañería que descendía.

—Tendría gracia que ahora me partiera la crisma —dijo Álvaro con amargura.

Caminó hacia la cañería, comprobó que no se movía y la escaló. Arriba, al llegar al balcón, desenfundó las pistolas y oteó en su interior. No parecía haber nadie en el dormitorio. Entró con cuidado y silenciosamente revisó el comedor, la cocina y el salón.

<<Vacio>>.

Al acercarse al baño, oyó el agua de la ducha caer.

Álvaro empujó la puerta y una nube de vapor le dio la bienvenida. Tras la mampara de la ducha distinguió un cuerpo pequeño. Sin hacer ruido, hizo a un lado el cristal y levantó el arma.

—¿Dónde está...? —Álvaro no completó la pregunta. Lydia estaba acurrucada, hecha un ovillo y con los brazos alrededor de las piernas. El agua de la alcachofa caía sobre ella sin que pareciera notarlo. Álvaro vio un moratón bajo el pómulo de Lydia y los labios hinchados. A Álvaro le vino a la mente las fotos de mujeres maltratadas que vio cuando estaba en el cuerpo.

—¿Has venido a matarme? —preguntó Lydia.

—¿Qué-qué te ha pasado? —preguntó Álvaro sin bajar el arma.

—Carmelo ya no me necesita —dijo Lydia sin mirarle—. Y al parecer, tú tampoco.

—Tú te deshiciste antes de mí —dijo Álvaro.

Lydia alzó la vista y dijo.

—No debí haber jugado contigo. Lo siento, lo siento de veras.

—Lo sientes... ya.

—De nuevo, no soy más que una chica florero. Una chica de usar y tirar. ¡Soy una puta!

Lydia escondió la cabeza entre las piernas y se rompió a llorar. Álvaro, incómodo, tardó en reaccionar. Finalmente, enfundó el arma, se inclinó dentro de la ducha y cerró el grifo. Cogió una toalla de un armarito, cubrió a Lydia y la ayudó a salir.

—Vamos, ven conmigo —Álvaro la guió hasta el dormitorio y los dos se sentaron a los pies de la cama—. ¿Te has visto la herida?

—No, no todavía. Es solo, un arañazo.

—¿Un arañazo? Pues más bien parece un chichón. ¿Y la herida de la boca?

—Cuando me abofeteó me golpeó en el labio. De ahí el hinchazón, supongo.

—Vaya, vaya... menudo está hecho Carmelo. ¿Hay alguien vigilando el piso?

—No, nadie.

—Bien —Álvaro se levantó de la cama y fue a la cocina. Cogió una lata de cerveza de la nevera, la abrió y le dio un trago. Regreso al

dormitorio.

—Siento lo que te hice, siento haberte utilizado —dijo Lydia.

—Ya, supongo.

—Siempre sola, siempre menospreciada y reducida a un mero cuerpo bonito. Nadie me ha querido de verdad, todos me veían como un objeto. No supe ver que lo que sentías hacia mí era sincero, que era de verdad.

—Sí que lo era, sí.

—¡Ese cabrón de Carmelo me utilizó..!

—¿Como me utilizaste tú a mí? ¿Es eso lo que ibas a decir?

—Si —murmuró Lydia.

—¿Y qué paso? ¿Decidió darte la patada cuando vio que tenía que dividir las ganancias del cuadro contigo?

Lydia asintió con la cabeza.

—¿Y dónde está ahora?

—Está en el Imperial. A sellado el edificio. Esta noche va a cerrar el trato con D´Angelo. Le llevará el lienzo y después desaparecerá. Se esfumará, se marchará lejos de aquí.

—No si yo lo cojo antes —Álvaro se bebió la cerveza y lanzó el bote vacío por la ventana del dormitorio. Se dio la vuelta y caminó hacia el salón. Lydia se incorporó y fue tras él.

—¡No vas a poder llegar hasta él! ¡Está fuertemente protegido!

—Ya veremos.

—Álvaro, Álvaro, escúchame —Lydia cogió a Álvaro de la mano e hizo que se volviera hacia ella. Le cogió de la barbilla y, mirándole a los ojos, dijo—. Lo siento mucho, lo siento de corazón. No debí haberte utilizado. No debí haberme, obcecado con el dinero y con las cosas materiales que no aportan nada.

—Bueno, esas cosas no siempre están mal. Hacen la vida más llevadera.

—Sí, pero solo de forma pasajera. Solo ahora, después de que la vida me haya dado este tortazo, me he dado cuenta de lo sola que estoy y que no debí haber hecho daño a la persona que me quería de verdad, que me quería por lo que soy. Perdóname Álvaro.

Álvaro, incomodo, desvió la mirada por unos segundos antes de contestar.

—No sé si...

Lydia se inclinó y le besó en los labios. Álvaro sintió como el corazón se le aceleraba y la sangre le subió hasta las mejillas. Por un instante, notó como su pene flácido se endurecía. Álvaro suspiró porque ese momento fuera eterno.

—¿Me perdonas ahora? —preguntó Lydia.

—Mmmm... me lo estoy pensando —dijo Álvaro intentando hacerse el duro.

—Es un buen comienzo —Lydia sonrió.

—Tengo que irme —Álvaro besó la mano de Lydia—. Quédate aquí y no salgas.

—Álvaro, ten cuidado. No sabes cómo de peligroso es Carmelo.

—Ya lo veremos.

Capítulo 19

Había una calma tensa en la sala VIP del Imperial. Carmelo sabía que Juan y sus hombres no habían acabado con Álvaro y que las posibilidades de que este regresara para vengarse eran altas. Esto motivó que redoblara la seguridad en la torre de Francia, para que el encuentro con D'Angelo fuera lo más seguro posible. Había guardias custodiando la entrada principal, la entrada del garaje subterráneo, en la recepción del edificio, custodiando el ascensor del garaje, en el recibidor del Imperial, en la sala VIP... todos armados con pistolas y fusiles automáticos y conectados por comunicador. Sin embargo, Carmelo no estaba tranquilo.

—¿Cuál es la situación? —preguntó Carmelo. En la sala VIP, media docena de hombres miraban atentos al jefe de seguridad, esperando su respuesta. El hombre, fibroso, de pelo corto y de rostro cuadrado, comprobó un mensaje del móvil y contestó.

—Por ahora, todo tranquilo.

—¿Qué dicen los que custodian la entrada principal y la del garaje, Adolfo? ¿Han visto...?

—Nada, también está tranquilo.

—Bien, bien. Que estén alerta —dijo Carmelo—. Y que avisen en cuanto D'Angelo llegue al edificio. Podría ser un objetivo de Álvaro. Es posible que tenga en mente secuestrarlo y chantajearnos como forma de presión... quién sabe.

—Sí, señor.

Adolfo inclinó la cabeza ligeramente y salió de la sala VIP. Caminó entre las mesas del Imperial y salió a la recepción del restaurante. Apoyados sobre los ventanales, un grupo de hombres contemplaban la ciudad de las Artes y las Ciencias, mientras fumaban distraídos.

—¡Vale chavales, prestadme atención! —anunció Adolfo—. Sabemos que el cabronazo de Álvaro tiene ganas de mambo y hará lo que sea para llegar hasta aquí. Quiero que estéis alerta. Es prioritario que el edificio sea protegido y que en caso de que llegue ese tal D'Angelo sea escoltado y subido aquí arriba.

—¿Subido? —preguntó un hombre de cejas gruesas y que vestía con un polo oscuro.

—D'Angelo comprobará el cuadro antes de cerrar el trato. Cuando el intercambio esté hecho lo escoltaremos hasta su coche.

—¿Se sabe dónde va a aparcar? —preguntó otro, este bajo, de cuello grueso y ojeras profundas.

—No lo sabemos todavía. Cuando llegue, ya nos enteraremos —Adolfo sacó un comunicador del bolsillo, se lo acercó a la boca y apretó un botón lateral—. Antón, ¿habéis visto algo sospechoso ahí abajo, en las puertas principales?

El comunicador escupió un sonido eléctrico y a continuación una voz contestó.

—Negativo. Aquí todo está tranquilo.

—Bien. Mantener la posición —Adolfo movió un dial con el pulgar y volvió a pulsar el botón lateral—. Claudio, ¿habéis visto algo raro en la entrada del garaje subterráneo?

—Nada. Bueno, sí. Un par de chavales nos preguntaron dónde podían pillar farlopa —dijo una voz a través del comunicador.

—Pero poco más —intervino otra voz más gruesa—. Ni rastro de Álvaro.

—¡Joder, como está la juventud! —dijo el hombre de las cejas gruesas—. ¡No se cortan en nada!

Adolfo no prestó atención al comentario de su subordinado y cambió otra vez de dial.

—Cesar, ¿me escuchas?

—Sí, te escucho —contestó una voz cascada.

—Claudio me ha dicho que la entrada del garaje subterráneo está tranquila. Sin embargo, no os confiéis. Quiero que estéis alerta y preparados para proteger los accesos a los ascensores del garaje subterráneo.

—Sí, señor. No se preocupe. Todo está bajo control.

—No debe haber errores, ¿comprendido?

—Sí, señor. No habrá...

Adolfo escuchó una explosión de estática a través del comunicador. Miró a sus hombre preocupado y apretó el comunicador.

—¡Claudio, Claudio! ¿Me escuchas?

—Si... -Pshhh- ...lo oigo, sí... -Pshhh- ... más o menos...

—¿Qué ha sido ese ruido?

—Ha habido una... -Pshhh-... alguien se ha... -Pshhh-... los chicos que custodian la puerta del... -Pshhh- ... están comprobando...

—¿Que ha habido una qué?

—Un coche se ha... -Pshhh-... contra las puertas del garaje —dijo Claudio por el comunicador, libre de estática—. No sé que ha podido pasar. Los chicos que vigilan... -Pshhh-... ahora nos informarán.

—¿Un coche se ha empotrado? ¿Qué clase de coche?

—Uno viejo... -Pshhh-... un Ford. Un Ford Orion.

<<¡BANG-BANG-BANG!>>

—¿Quién está disparando?! ¡Claudio, habla!

—¡Es el hijo de puta de Álvaro! -Pshhh- ¡El muy cabrón se ha cargado a los de la puerta del garaje y ha entrado!

—¡No permitáis que llegue al ascensor! ¡¿Me oyes?!>

—¡No se preocupe, señor, no llegará! Ese cabrón será fiambre antes de que... -Pshhh-... ¡Mierda, una grana...!

<<¡BRRRROOOMM!>>

—¡Claudio, Claudio! ¡¿Me oyes?! ¡Claudio! ¡Joder!

—¿Ese cabrón tiene granadas? —preguntó el hombre grueso y de ojeras profundas.

Adolfo cambió de dial, apretó el botón lateral y gritó al comunicador.

—¡Antón! ¿Me oyes, Antón?

—¡Sí, sí, le oigo! ¿Qué sucede?

—¡Álvaro ha entrado por las puertas del garaje subterráneo!
¡Quiero que vayáis a por él, ahora!

—¿Que ha entrado? ¿Qué ha pasado con Claudio y los...?

—¡Están muertos, muertos! ¡Baja ahí...!

Una explosión de estática sorprendió a Adolfo. Escuchó un estruendo seguido del sonido de las balas volando. Unos pocos gritos y gemidos precedieron a un silencio funesto. Adolfo, incrédulo, miró a sus hombre antes de gritar al comunicador.

—¿Antón, me recibes? ¿Antón, estás ahí?

—¡Esto es increíble! —dijo uno de los hombres de Adolfo, uno alto y musculoso, con un tatuaje en el cuello.

—¡Tenemos que bajar y acabar con él! —sentenció el hombre de las cejas gruesas.

—No va a ser necesario —dijo otro, delgado y con la cara picada de viruela—. Mirar.

El indicador que había encima del ascensor de la recepción se iluminó y un símbolo, que señalaba que el ascensor estaba subiendo, parpadeó.

—Ha llamado al ascensor —dijo un hombre de barba canosa y que vestía con una cazadora de cuero.

—¡Mierda! ¡Vamos, deprisa! ¡Tomad posiciones! —ordenó Adolfo. Un par de hombre cogieron un sofá de cuero que había en un lado del recibidor y lo pusieron frente a las puertas del ascensor. Varias macetas fueron movidas y el atril que era usado por el metre del Imperial también fue usado como cobertura. Desenfundaron sus armas, comprobaron que los cargadores estaban llenos y se agazaparon tras el mobiliario.

El indicador luminoso del ascensor señaló que el ascensor estaba a diez plantas de llegar al ático.

—¡En cuanto la puerta se abra, vaciar los cargadores! —gritó Adolfo—. ¿Me habéis oído?

—¡Ese gilipollas no saldrá de esta!

El indicador señaló que el ascensor estaba a cinco plantas.

—¿De verdad cree que va salir con vida de esta? —se preguntó el hombre de las cejas gruesas mientras sujetaba su arma.

—¡Lo único que está claro es que a ese idiota no le llega riego al cerebro! —sentenció el hombre de las ojeras profundas.

El ascensor estaba justo debajo.

—¡Venga, preparaos, cabrones! —dijo Adolfo—. ¡A la de una, a la de dos, a la de...!

La campana electrónica sonó y las puertas del ascensor se abrieron.

En su interior, no había nadie.

—Pero... —dijo Adolfo confundido. Al volverse hacia sus subordinados, vio caras de asombro e incredulidad. Varios se asomaron por encima de su parapetos, intentando ver mejor el interior del ascensor. Otros, se encogieron de hombros y miraron a sus compañeros extrañados—. Torres, acércate y échale un vistazo.

—¿Por qué siempre yo?

—¡Caya y hazlo!

El hombre de las ojeras profundas salió de detrás de la maceta a regañadientes y caminó hacia el ascensor. Al asomarse, vio una habitación cuadrada, con las paredes cubiertas por espejos y un panel metálico reluciente.

—Nada —dijo Torres.

—¿Cómo que nada? —preguntó Adolfo.

—Pues eso, nada.

Los hombres se miraron los unos a los otros, extrañados y confundidos.

La trampilla que había en la parte superior del ascensor se movió y Álvaro irrumpió en el recibidor. Con una pistola en cada mano, apretó el gatillo a la velocidad del rayo. Las balas danzaron por el recibidor del Imperial con ofrendas de muerte. Los hombres de Adolfo, desprevenidos, cayeron como moscas. Cuando los cargadores se vaciaron, nadie quedó

en pie, y el olor a pólvora impregnó el recibidor.

Álvaro caminó entre los cuerpos caídos, comprobando que todos estaban muertos. Tras una maceta vio a alguien moverse lastimeramente. Álvaro fue hacia el hombre, le puso una bota en la espalda y le inmovilizó. Cambió los cargadores, apuntó con una de las pistolas a la cabeza del hombre y preguntó.

—¿Dónde está Carmelo?

—Jo... jódete.

—Idiota —Álvaro apretó el gatillo y una bala atravesó la cabeza de Adolfo. Caminó hacia las puertas del Imperial y se cubrió tras un lateral, esperando que viniesen más hombres de Carmelo.

Nervioso, Álvaro miró su reloj, al ver que nadie salía.

—Qué raro...

Enfundó el arma, acercó la cabeza a la puerta y pegó la oreja sobre su superficie.

No escuchó ruido alguno.

—Mmmm...

Álvaro sacó una granada de gas del cinto que le cruzaba el pecho y una máscara de gas que le colgaba del pantalón. Se la colocó sobre el rostro y tomó el pomo de una de las puertas. Con los dientes, quitó la anilla de la granada, y rápidamente la lanzó dentro del restaurante.

La granada explotó y Álvaro escuchó un fuerte siseo, el del gas expandiéndose por la habitación. Agarró el fusil que tenía a la espalda, se pasó el cinto de este alrededor del cuello, le dio una patada a una de las puertas y entró en el restaurante.

Sus ojos se movieron, de un lado para otro, buscando posibles lugares que usar como cobertura y a objetivos a los que abatir. Sin embargo, en cuanto el humo comenzó a disiparse, descubrió que el restaurante estaba vacío y que no había nadie.

—¿Dónde coño se han metido? —murmuró Álvaro.

Pasó junto a un par de mesas y caminó hacia una barra de bar. Vio botellas medio llenas y vasos con restos del alcohol.

—Raro.

Álvaro se alejó de la barra y caminó hacia la sala VIP. Una ráfaga de balas atravesaron las puertas de la sala y Álvaro buscó protección tras una mesa. Las puertas, agujereadas por los disparos, se abrieron de golpe y media docena de guardaespaldas irrumpieron en el restaurante.

—Buscar a ese cabrón y acabar con él —dijo el que lideraba el grupo.

—Ni de coña —Álvaro se asomó por encima de la mesa y apretó el gatillo. El disparo alcanzó a uno de los guardaespaldas en el abdomen y cayó muerto. La sangre se extendió y empapó el suelo del restaurante.

—¡A por él! —gritó el líder de los guardaespaldas. Las balas volaron sobre Álvaro mientras los hombres de Carmelo le dispersaban e intentaban rodearlo. Este levantó el fusil por encima de la mesa y disparó a ciegas.

—¡Me cago en la puta! —Álvaro sacó otra granada de uno de los bolsillos y le quitó la anilla con los dientes. En ese momento, uno de los guardaespaldas apareció por un lateral de la mesa y le apuntó con su pistola. Álvaro tiró la granada, que rodó por el suelo y pasó entre las piernas del guardaespaldas.

—¡Una grana...!

La explosión hizo que el hombre volara por los aires y se empotrara contra la pared que había al otro lado. Álvaro, aturdido, salió de detrás de los restos de mesa que quedaban con el fusil en la mano. Un disparo le alcanzó en el hombro e hizo que perdiera el equilibrio. Sin molestarse en apuntar, disparó hacia la derecha y un guardaespaldas cayó al suelo muerto.

—¿Donde coño estáis, cabrones?! —preguntó Álvaro. Los guardaespaldas le respondieron disparando sobre él y Álvaro saltó tras un carrito donde descansaban cubiertos, platos y vasos sucios. Se asomó por encima de este y disparó de nuevo. Otro de los guardaespaldas cayó al suelo, retorciéndose de dolor por el disparo que le había atravesado la tráquea. Más balas volaron sobre Álvaro, por lo que se volvió a agachar y cubrirse. Aprovechó su situación y empujó el carrito para acercarse a los dos guardaespaldas que le hacían frente. Una bala pasó entre los cubiertos de la balda inferior del carrito y le alcanzó en un costado. El chaleco antibalas que llevaba le protegió del daño, pero no del dolor. Álvaro dio un respingón y cayó de lado sobre el suelo. Vio los pies de unos de los guardaespaldas y vació el cargador sobre este.

—iAaarrggghh! —gritó el hombre dolorido, que cayó al suelo incapaz de mantenerse en pie.

Álvaro volvió a cubrirse tras el carrito y cambió de cargador.

—iAguanta, tío, aguanta! —dijo su compañero, oculto tras una mesa volcada.

En ese momento, se oyó un cargador golpeando contra el suelo.

<<i>Ahora o nunca!>>

Álvaro se incorporó, corrió hacia el guardaespaldas caído y disparó contra su pecho. Al darse la vuelta, vio al jefe de los guardaespaldas, tras la mesa volcada, metiendo un cargador llenó en la pistola. Alzó la vista y gritó.

—iVas a palmarla! —levantó el arma para apuntarle, pero Álvaro le dio un golpe con la culata de su fusil y desvió el disparo. El arma se le resbaló de las manos y cayó al suelo. El jefe de los guardaespaldas apartó el fusil de un manotazo, sacó un cuchillo y se lo clavó donde la bala había impactado contra el chaleco. La hoja rompió el tejido de Kevlar y le atravesó el costado.

—iDios! —Álvaro, ciego de dolor, levantó la pierna y le dio un rodillazo al jefe de los guardaespaldas. Este soltó el cuchillo y retrocedió. Álvaro apuntó el fusil y apretó el gatillo. El hombre cayó con las tripas convertidas en una papilla rojiza. Mareado, Álvaro se dejó caer sobre una silla y se pasó la mano por la herida. El cuchillo todavía colgaba del costado. Álvaro cogió una servilleta de tela de una mesa cercana y, sin pensárselo dos veces, se sacó el cuchillo—. ¡Me cago en la...!
—Rápidamente, dobló la servilleta, se levantó el chaleco de Kevlar y se puso la servilleta sobre la herida. Volvió a bajarse el chaleco y la servilleta de tela bloqueó malamente la herida.

Álvaro se levantó de la silla, y sintió que el suelo desaparecía bajo sus pies. Volvió a sentarse y respiró profundamente. Cuando el mundo dejó de moverse, agarró fuertemente el fusil y se incorporó. Caminó hacia la sala VIP, que tenía las agujereadas puertas abiertas, y entró. A su izquierda había un balcón abierto, por la que se veía las luces del Palau de les Arts recortándose en la noche y por la que entraba una fría brisa. En el lado opuesto, una barra de bar portátil, con varios vasos, botellas y una cubitera. Y en el centro una larga mesa de madera.

Sobre esta, vio el tubo hermético.

—Por fin —dijo Álvaro aliviado.

Se acercó a la mesa, cogió el tubo, lo abrió y lo volcó. La tela del cuadro cayó sobre su mano. Satisfecho, Álvaro metió la tela de vuelta al tubo, lo cerró y se dio la vuelta para salir de la sala VIP. Entonces, un puño impactó contra su rostro.

—¿Creías que te iba a dejar que te lo llevaras así como así?
—preguntó Carmelo. Su rostro se había convertido en una máscara de rabia. Sin darle tiempo a Álvaro para reaccionar, Carmelo agarró el fusil que le colgaba del pecho por el cinto y le golpeó de nuevo, en la barbilla, boca y nariz.

Los labios le reventaron y la sangre le bajó por el cuello.

—¡Yo robé este puto cuadro! —gritó Álvaro escupiendo sangre.

—¡Y yo me voy a llevar la pasta! —Carmelo, sin soltar el fusil, tiró para abajo y obligó a Álvaro a inclinarse. Un rodillazo en el costado le hizo ver las estrellas

—¡Argghh!

—¡Todavía no hemos terminado! —sentenció Carmelo. Se inclinó hacia un lado y obligó a Álvaro a moverse. Carmelo hizo un finta, se colocó a su espalda y retorció el cinto que sujetaba el fusil a su cuello.

—Aaahhhggg —a Álvaro se le nublo la vista. Sintió sus pulmones arder y como se le escapaba el aliento. Estiró la mano hacia la mesa alargada por puro acto reflejo. Toco algo metálico y alargado. Estiró los dedos y lo agarró con fuerza. A ciegas, golpeó con el canto del tubo hermético en el rostro de Carmelo.

—¡Mierda! —gritó Carmelo. Álvaro sintió como la presión entorno a su cuello se aflojaba, por lo que volvió a golpearle con el tubo. Carmelo levantó la mano para protegerse el rostro quedando el cinto del fusil suelto. Álvaro aprovechó el momento, y haciendo fuerza, se inclinó hacia adelante y Carmelo voló por encima suyo, cayendo de espaldas sobre la mesa de madera.

—¡Te voy a matar! —Álvaro, respirando con dificultad, agarró el fusil y disparó hacia Carmelo. Este rodó sobre la mesa y cayó por el otro lado. Álvaro la rodeó, y al llegar al otro lado, Carmelo empujó una sillón de ruedas e hizo que tropezara. Apretó el gatillo sin querer y una ráfaga impactó contra el respaldo del sillón. Una de las balas, lo atravesó y alcanzó a Carmelo en la pierna.

—¡Maldición! —Carmelo cayó al suelo y se llevó una mano a la herida. Vio como Álvaro apartaba el sillón y se aproximó hacia él. Carmelo se arrastró para atrás, intentando mantener las distancias—. Escucha, esto no tiene que acabar así...

—¡A la mierda escucharte! Todos os creías más listos que yo, que podrías traicionarme y llevaros toda la gloria, ¿verdad? ¡Pues os he jodido bien! —Álvaro dejó caer el fusil sobre su pecho y desenfundó una de las pistolas. Levantó el arma y apuntó a Carmelo—. ¡Y lo mejor de todo, es que he vuelto a recuperar a la chica, capullo, y la voy reventar a pollazos!

—¿Que has recuperado a quién? —preguntó Carmelo confundido.

—¡Mira que eres hijo de puta! Te follas a Lydia, la lías para que me seduzca y que me convenza para que me cepille a Héctor. Luego, cuando consigues el cuadro, la inflas a hostias, la traicionas y ahora vas y te olvidas de su nombre. ¡Eres un mierda!

—¿Que la inflé a hostias y la traicioné? ¡Espera, espera un momento!

—¡Basta de mierdas! —Álvaro apretó el gatillo y no paró hasta que el cargador estuvo vacío. El pecho de Carmelo quedó reventado y un charco de sangre se extendió bajo su cuerpo. Álvaro dejó caer el fusil sobre su pecho, miró la mesa de madera y allí vio el cilindro hermético. Al cogerlo, suspiró aliviado y dijo—. Puto cuadro del Palleter, menuda guerra me has dado.

Álvaro, dolorido y con la mano cubriéndose el costado, salió de la sala VIP y caminó entre las mesas volcadas del Imperial, abriéndose paso entre cadáveres y casquillos de bala. Salió a la recepción y al llegar al ascensor, pulsó el botón.

—Lo conseguí, lo he hecho, lo tengo —Álvaro bajó la mirada hacia su mano derecha y contempló el cilindro hermético—. ¡Tengo el cuadro, sí! Por fin se me acaba la racha de mala suerte. Por fin podré dar un cambio a la mierda de vida que he llevado. ¡Y además conseguí recuperar a Lydia! Nos vamos a dar la juerga padre con el dinero que consigamos por la venta de...

El timbre que anunciaba el ascensor sonó y las puertas metálicas se abrieron.

Un extraño aroma a lilas flotó por el recibidor. Álvaro miró al interior del ascensor y sorprendido, preguntó.

—¿Qué haces tú...?

Una bala le voló la cabeza. No llegó a verla. Impactó contra un lateral de la nariz y le atravesó el ojo. Se desplomó sobre el suelo del recibidor. Antes de que la oscuridad le envolviese por completo, vio una silueta caminar por su lado, agacharse y recoger el cilindro. Vio como le lanzaba un beso y despedirse con la mano.

Capítulo 20

Con su fiel lupa de montura dorada, D´Angelo revisó en completo silencio, de arriba a abajo y de izquierda a derecha, el lienzo que se extendía sobre la mesa, buscando cualquier signo que manifestase que era una burda copia. Cualquier pequeño detalle, cualquier defecto en la pintura, cualquier trazo extraño. La imagen no era la versión final de el Grito del Palleter, si no que era un boceto previo, por lo D´Angelo prestó una mayor atención.

—Mmmm....

—¿Mmmm, qué? —preguntó Lydia, que estaba sentada enfrente del marchante de arte. Tranquila y ensimismada en sus pensamientos, Lydia se maquillaba el moratón que tenía bajo el ojo. El hinchazón del labio había bajado.

Un camarero apareció junto a la mesa con una bandeja en la mano y preguntó.

—¿El capuchino y la Red Velvet?

—Sí, es aquí —dijo Lydia sonriendo. El camarero dejó el pedido y volvió tras la barra. Lydia cogió la cuchara, partió un trozo de tarta y se lo llevó a la boca—. ¡Es mi perdición!

—¿Perdón? —preguntó D´Angelo confundido.

—La Red Velvet, la tarta quiero decir. ¡Es mi perdición! —Lydia comió otro trozo y sonrió feliz—. Me encanta este sitio. Justo al lado de la playa, sintiendo la brisa marina, contemplando el atardecer en verano, y disfrutando de estos dulces. ¡Es que me comería todas las tartas del expositor!

—¡Algo tan bueno no puede ser sano! —sentenció D´Angelo, recostándose en la silla y limpiando la lupa con una servilleta—. ¡Con cada porción que te comes de esa tarta es una talla más de pantalón!

—Con lo que me vas a pagar por el cuadro me podré permitir un par de liposucciones si me paso con los dulces —Lydia cogió la taza del capuchino por el asa y le dio un sorbo—. Y bien ¿qué opinas? ¿Es autentico?

—Sí, eso parece. ¿Tendrías algún inconveniente en prestármelo para que lo comprobara un experto, antes de cerrar el trato?

—Yo pensaba que el experto eras tú.

—Es un amigo, más experto que yo.

—Claro, no hay problema.

Lydia sacó la pitillera del bolso y encendió un cigarro. Le dio una calada y expulsó el humo por la boca mientras contemplaba el paseo marítimo de la Patacona a través de los ventanales abiertos de la cafetería.

—Se te ve feliz —dijo D´Angelo.

—Sí, lo estoy. Bueno, lo estaré más cuando me pagues.

—Por supuesto —D´Angelo se volvió hacia el ventanal. Vio una pareja paseando un perro y un par de niños en patines. Al fondo, sobre las aguas del Mediterráneo, el sol brillaba radiante—. Es una lástima que Héctor acabara como acabó.

—Sí, sí que es una lástima. Y lo de Carmelo... y lo de Álvaro.

—¿Álvaro?

—Sí, Álvaro. La única persona que me quiso de verdad.